

HENNING MANKELL

EL SECRETO DEL FUEGO



«Este libro trata de una persona invencible llamada Sofía. Existe en la realidad y tiene 12 años. Vive en uno de los países más pobres del mundo, Mozambique, que está situado en la costa este de África. [...] Este libro trata de ella y de algo que ocurrió. Algo que cambió toda su vida.»

Henning Mankell

Sofía corre a través de la noche. Está oscuro y tiene mucho miedo. Corre siguiendo un camino que serpentea entre arbustos y zarzales. ¿Qué es lo que la persigue en la oscuridad? ¿Un monstruo sin ojos? Piensa que tiene que esconderse, hacerse pequeña entre la maleza. Da un salto como ha visto hacer a los antílopes y se separa del suelo. Y entonces se da cuenta... Sofía ha pisado una mina antipersona. Sobrevivió. Henning Mankell la ha conocido. Ahora son amigos. Ésta es su historia.



Henning Mankell

El secreto del fuego

Sofía Alace Fumo 1

ePub r1.0
leandro 31.10.13

Título original: *Eldens hemlighet*

Henning Mankell, 1995

Traducción: Mayte Giménez & Pontus Sánchez

Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

A la memoria de María Alface.

*Una chica africana
que murió cuando era muy joven.*

*El libro trata de su hermana Sofía.
Que sobrevivió.*

*Ésta es mi historia,
que quiero que permanezca viva
en vuestra memoria.*

*El corazón africano
es como el sol,
grande, rojo,
una tela de seda de color sangre.*

*El amanecer africano baila.
Con el sol naciente
se alzan los primeros sonidos,
primero susurrantes, rumorosos,
y luego, al final, más y más fuertes.*

*Pero todavía es de noche.
Y Sofía sueña...*

Unas palabras antes de que leas este libro...

Hay muchas palabras en la lengua sueca que son expresivas y hermosas.

Una es la palabra *invencible*.

Cuando te la dices en voz alta puedes oír lo que significa.

Que no te dejas pisar.

Que no te rindes.

Este libro trata de una persona invencible llamada Sofía. Existe en la realidad y tiene 12 años. Vive en uno de los países más pobres del mundo, Mozambique, que está situado en la costa este de África.

En realidad es una tierra rica. Pero se ha vuelto pobre debido a una guerra que duró casi veinte años. Hasta 1975 Mozambique había sido colonia portuguesa. Cuando el país obtuvo la independencia y quiso ir por su propio camino hubo muchos que trataron de impedirlo. En particular los portugueses acomodados que veían desaparecer su antiguo poder. Muchos de ellos se mudaron a Sudáfrica. Tampoco los racistas de Sudáfrica veían con buenos ojos lo que ocurría en el país vecino, en Mozambique. Dieron dinero y armas a los mozambiqueños pobres e insatisfechos y les animaron a empezar una guerra civil. Y, como en todas las guerras, la peor parte se la llevó el pueblo. Murieron muchas personas, y otras muchas huyeron. Sofía fue una de ellas. Pero sobrevivió.

Este libro trata de ella y de algo que ocurrió. Algo que cambió toda su vida.

Sofía corre a través de la noche.

Está oscuro y tiene mucho miedo.

No sabe por qué corre, ni por qué tiene miedo, ni adónde se dirige.

Pero hay algo ahí, detrás de ella, algo en lo profundo de la noche que la asusta. Sabe que tiene que ir más deprisa, que tiene que correr más rápido: porque eso que hay ahí detrás, que ella no logra ver, está más y más cerca.

Tiene mucho miedo y está muy sola, y lo único que puede hacer es correr.

Corre siguiendo un camino que serpentea entre arbustos y zarzales. No ve el camino pero se lo sabe de memoria, sus pies saben dónde tuerce y dónde sigue recto. Es el camino por el que pasa cada mañana con su hermana María hasta llegar al pequeño campo en el que cultivan maíz, lechuga y cebolla. Cada mañana al amanecer va allí, y cada tarde, poco antes de que se ponga el sol, vuelven ella y María, acompañadas entonces también por su madre Lydia, a la pequeña choza en la que viven.

Pero ¿por qué corre ahora por ahí, cuando es de noche y está oscuro? ¿Qué es lo que la persigue en la oscuridad? ¿Un monstruo sin ojos? Puede sentir su respiración en la nuca, así que intenta ir más deprisa todavía. Pero no tiene fuerzas. Piensa que tiene que esconderse, salirse del camino y acurrucarse, hacerse pequeña entre la maleza. Da un salto como ha visto hacer a los antílopes y se separa del suelo.

Y entonces se da cuenta.

Eso era precisamente lo que el monstruo de la oscuridad quería que hiciera.

Dejar el camino. Lo más peligroso de todo.

Cada mañana su madre Lydia decía:

—No te apartes nunca del camino. Ni tan siquiera un metro. Nunca cojas atajos. Prométemelo.

Sabe que hay algo peligroso en la tierra. Soldados armados que nadie puede ver. Enterrados, invisibles. Que esperan y esperan a que un pie los pise. Intenta desesperadamente mantenerse en el aire. Sabe que no puede poner los pies sobre el suelo. Pero no logra sostenerse en el aire, no tiene alas como los pájaros, así que cae hacia el suelo, las plantas de los pies ya acarician la tierra seca.

Entonces se despierta.

Está empapada en sudor, el corazón le late con fuerza en el pecho y al principio no sabe dónde está. Pero luego oye la respiración de sus hermanos dormidos y de su madre. Están pegados unos a otros en el suelo de la pequeña choza. Con cuidado alarga su mano y la pasa por encima de la espalda de su madre. Se mueve pero sin despertarse.

Sofía está tumbada con los ojos abiertos en el silencio de la noche.

La respiración de su madre Lydia es suave e irregular, como si ya estuviera despierta y preparando la papilla que comerían por la mañana. A su izquierda están Alfredo y Faustino, que es tan pequeño que aún no

ha aprendido a andar.

Sofía piensa que pronto habrá uno más durmiendo sobre el suelo de la choza. Su madre Lydia parirá dentro de poco tiempo. Sofía la ha visto gorda varias veces antes. Sabe que no pueden faltar muchos días.

Piensa en el sueño. Ahora que se ha despertado se siente relajada y contenta, pero también triste.

Piensa sobre el asunto del sueño. Sobre lo que ocurrió aquella mañana de hacía un año.

Piensa en María, cuya respiración ya no puede oír más en la oscuridad.

En María, que ya no está.

Se queda tumbada en el suelo en medio de la oscuridad durante un rato. Un búho ulula en algún lugar ahí fuera, se oye una rata que rasca con cuidado la cara exterior de la pared de paja de la choza.

Piensa en lo que ocurrió aquella mañana, cuando todo era como de costumbre, y ella y María se fueron a ayudar a Lydia a limpiar de malas hierbas el campo, que está donde el poblado acaba.

Y piensa en todo lo que ocurrió antes.

Fue la vieja Muazena quien les habló del secreto del fuego.

Cada llama guarda un secreto. Si te sientas a la distancia oportuna de las llamas puedes ver en lo profundo de su danza lo que ocurrirá en la vida, en el futuro, en todos los días que reposan como en una línea y por estrenar delante de una persona. Muazena señalaba con el dedo de su mano arrugada y temblorosa hacia un campo donde había diferentes plantas en fila.

—Así es la vida —dijo Muazena—. Cada día es una planta. Que debéis cuidar y regar, limpiar de malas hierbas y cosechar alguna vez. Cada planta es un día de vuestra vida que aún no habéis vivido.

En el fuego están incluso todos los recuerdos.

También de eso les había hablado Muazena a Sofía y María cuando todavía eran muy pequeñas. Mirando el fuego atentamente uno puede recuperar recuerdos que quizá un día creará haber olvidado para siempre.

Sofía pensaba a menudo en Muazena. Pero Muazena ya no estaba. Igual que María. Cuando Sofía recordaba a Muazena pensaba en aquel tiempo en que todavía no se habían visto obligados a huir. Eso era antes del largo viaje, antes de haberse asentado aquí junto al río. Eran los buenos tiempos, cuando apenas sabía lo que era el dolor. O la tristeza. O el hambre. O lo peor de todo: la soledad.

Por aquel entonces vivían donde siempre lo habían hecho. Lo que Sofía recordaba mejor era el poblado con sus chozas, todas redondas y con los

techos de hoja de palmera trenzada con maestría. Allí fue donde ella nació, igual que María y Alfredo. Su padre, Hapakatanda, la había levantado hacia el cielo para dejar que saludara al sol. Había estado atada a la espalda de su madre Lydia, que por entonces era la mujer más bella y más fuerte de todo el poblado. Sofía había estado sentada en su espalda mientras ella picaba en la tierra seca inclinada hacia delante. Siempre oía música en su interior cuando pensaba en esos tiempos. Los tambores y la monótona melodía de un *timbila*^[1]. Sofía guardaba en su cuerpo el eco del vaivén de su madre cuando bailaba con las demás mujeres. No recordaba haber pasado nunca hambre en aquellos días. Ni haber tenido miedo. Habían sido los tiempos felices.

También eso lo había explicado Muazena.

Había hablado del paraíso. Y había dicho que *la felicidad sólo está allí donde sabemos que hemos estado, una vez la hemos perdido*.

Luego ocurrió aquello que más tarde trataría siempre de olvidar. Pero el recuerdo era como una cicatriz en la piel que nunca se iba.

Era de noche.

Sin luna, sin estrellas.

De repente toda su vida explotó. Una luz blanca y acerada iluminó la choza, seguida de una serie de ruidos muy fuertes. En su recuerdo, que era lo que más deseaba olvidar de toda su vida, veía caras de personas desencajadas en el resplandor del fuego. Eran personas pero parecían monstruos, y enseguida comprendió que estaban allí para matarla a ella y a todos los del poblado.

Eran los bandidos.

Se habían acercado con sigilo hasta el poblado, protegidos por la oscuridad de la noche, y habían quemado las chozas y matado a las personas. En algún momento de ese horrible caos de fuego y muerte, de cuerpos ensangrentados, de gritos y llantos, su padre Hapakatanda había intentado esconderla junto con María.

Luego hubo un gran silencio. Entonces pudo comprender lo que se quería decir con el Silencio de la Muerte. Aunque su padre había logrado, a cambio de su vida, lo que se había propuesto: protegerlas a ella y a María de los cuchillos, las hachas y los rifles.

Por la mañana, cuando el sol hubo vuelto, se atrevieron a salir del escondite. Su padre estaba muerto y habían llorado mucho. Muazena también estaba muerta, estaba boca abajo sobre el fuego apagado. Pero Lydia no estaba allí, y tampoco Alfredo. Sofía y María no se atrevían a gritar y lloraban en silencio mientras salían a gatas de la choza. Vagaron por el poblado, por todas partes había personas muertas, todas a las que conocían y de las que eran parientes, personas con las que habían jugado, trabajado, reído. Los monstruos que habían aparecido por la noche se habían traído consigo el Silencio de la Muerte, habían transformado el poblado en un cementerio. Por todas partes había personas muertas que se habían quedado en posturas retorcidas; incluso habían matado a los perros. Varios tenían las piernas y los brazos amputados, alguno incluso la cabeza. Caminaron por el poblado muerto a través del Silencio de la Muerte hasta que llegaron a la última choza quemada. Sofía había pensado que Lydia tenía que estar en alguna parte, igual que Alfredo. No podían estar todos muertos. No podía ser que sólo quedaran ella y María.

Era lo que había contado Muazena, que lo primero que podía atemorizar a una persona era ser la última sobre la Tierra.

«No quiero ser la última persona», había pensado tras su silencioso llanto. «Si le pasa algo a María me quedo sola.»

Lydia estaba allí. Los habían encontrado en las afueras del poblado, escondidos entre la maleza. Alfredo también estaba vivo. Eran Lydia, Alfredo y dos mujeres y tres niños. Sofía y María no podían gritar de alegría, los bandidos podían estar cerca y oírlos. Sólo se agarraron entre sí y siguieron escondidos todo el día entre la maleza, sin agua, sin comida, esperando a que volviese a oscurecer.

Luego huyeron. La primera noche caminaron por la rasgadora maleza todo lo que pudieron aguantar. Después de eso se atrevieron también a caminar durante el día. Como no sabían adónde dirigirse simplemente caminaron en línea recta por el paisaje tórrido, hacia las lejanas montañas que se asomaban en el horizonte. Sofía podía recordar el hambre que sentía. Pero la sed la había afectado mucho más.

El tercer día Lydia discutió con las otras mujeres sobre la dirección que debían tomar. Se separaron y Lydia, Sofía, María y Alfredo siguieron hacia las montañas, mientras las otras mujeres torcieron en otra dirección.

Siguieron caminando y nunca se dieron la vuelta.

En algún lugar del camino hacia lo desconocido se encontraron con una mujer mayor. Era muy pobre, su ropa colgaba hecha trizas y tenía las

piernas hinchadas y con heridas. Sofía pensaba que era igual de mayor que Muazena. De repente estaba delante de ellos y cuando su madre Lydia habló con ella se pudieron entender, ya que sus lenguas eran muy parecidas. Lydia explicó lo que había ocurrido.

—Fueron los bandidos —dijo—. Llegaron de noche y mataron a mi marido.

—¿A quién más? —preguntó la anciana—. Los bandidos son bestias y nunca matan a una sola persona. Matan a cuantas pueden.

—Mataron a todos los del poblado —contestó Lydia.

—Y a los perros —dijo Sofía—. También mataron a todos los perros.

La mujer comenzó a mecerse, a sacudir la cabeza y a soltar lamentos. Lydia hizo lo mismo, y también Sofía, María y Alfredo. Mecían sus cuerpos y se atrevían a llorar y a gritar por la tristeza y el dolor sin miedo ya a ser descubiertos.

Luego siguieron caminando hacia las montañas. La anciana los acompañó y compartió con ellos la carne de un pájaro muerto. En un cauce de agua casi seco encontraron algo de beber.

Por las noches dormían junto al fuego bajo los baobab. Y fue entonces cuando Sofía despertó a María al oír el rugido del león en la oscuridad.

La anciana no había dicho su nombre. Pero tenía una sonrisa amable a pesar de que le faltaban dientes.

En los sueños de Sofía los monstruos habían vuelto. Cuando una de las bestias volvía a alzar un hacha sobre su padre, se despertó. Lydia dormía acurrucada, con Alfredo junto a su cuerpo. La mujer mayor dormía junto al fuego, que ahora no eran más que tenues brasas; María estaba a su lado. Sofía pensaba que quizá el alma de Muazena se había posado en la anciana que nunca dijo su nombre.

Temprano al amanecer continuaron su caminata hacia las montañas que todavía parecían seguir igual de lejos. De pronto a Sofía le pareció oír que su madre Lydia le preguntaba a la anciana acerca de la ciudad.

—Nunca he estado allí —contestó la mujer.

—¿Queda lejos? —preguntó Lydia.

—La ciudad está lejos para que gente como tú y yo y tus hijos puedan llegar. Mis piernas son viejas y están heridas, las de tus hijos son demasiado cortas y jóvenes. Ninguno de nosotros tiene las piernas hechas para ir hasta la ciudad.

Lydia no preguntó nada más. Siguieron en silencio. El calor era muy intenso. Intentaron protegerse del sol enrollando partes de sus *capulanas*^[2] alrededor de la cabeza. La anciana aún tenía un poco de agua en un sucio recipiente de plástico. Pero bien entrada la madrugada todavía no habían visto ni rastro de árboles ni bosquecillos, ni indicio de agua cercana.

En el crepúsculo de la tarde la anciana se detuvo de repente y se sentó fatigada en la tierra seca.

—Hasta aquí he llegado —dijo después de un momento de silencio—. Ya he caminado bastante.

Lydia les dijo a Sofía y a María que recogieran leña para hacer fuego.

—Pero aquí no hay ningún árbol —dijo Sofía—. ¿Dónde vamos a dormir?

—Haced lo que os digo —contestó Lydia, y su voz sonó cansada—. Nos quedamos aquí esta noche.

Sofía quería preguntar más cosas. ¿Quién les protegería de los

depredadores? ¿Qué pasaría si se apagaba el fuego y no había el espíritu de ningún árbol para velar por ellos? Pero no se atrevía a preguntar nada más. Había oído en la voz de su madre Lydia que por ahora no tenía más respuestas. Junto con María y Alfredo recogió hierba seca y palitos de madera. Sofía se mantenía todo el rato cerca de Alfredo. Podía haber serpientes y él era tan pequeño que todavía no sentía miedo cuando debía hacerlo.

Encendieron el fuego y Sofía vio que la anciana permanecía sentada sin moverse, con los ojos abiertos.

—¿No va a comer nada? —preguntó Sofía cuando comieron el último trozo de carne seca.

—No tiene hambre —contestó Lydia.

—¿No va a dormir? —preguntó Sofía en voz baja cuando se hubieron acurrucado junto al fuego.

—Ya está durmiendo —respondió Lydia—. No preguntes más. Duerme.

Al día siguiente, al amanecer, cuando Sofía se despertó, la mujer seguía sentada en la misma posición.

Su cuerpo estaba totalmente rígido. Sofía comprendió que ahora también ella estaba muerta.

Tocó a Lydia, quien se despertó al instante.

—Está muerta —dijo Sofía.

Lydia se incorporó y se acercó a la anciana. La miró sin decir nada. Luego despertó a María y a Alfredo y le dijo a Sofía que cogiera el recipiente de plástico de la mujer.

Cuando ya habían caminado un buen rato Sofía se giró. Como si fuera una sombra lejana vislumbró a la anciana. Quizá se hubiera transformado ya en una de las raíces muertas y retorcidas que se extendían sobre la tierra roja y seca.

Sofía tenía muchas preguntas. Se preguntaba por qué la habían obligado a pertenecer a este mundo compuesto sólo de muertos.

«Mientras logre llegar a las montañas altas...», pensó. «Allí deben de estar las personas vivas.»

Caminaron mucho tiempo, muchos días. Más tarde Sofía pensaría que había sido como un sueño. A lo mejor uno podía viajar en sueños. A lo mejor se podían escalar montañas y vadear cauces de agua medio secos sin despertarse.

Pero por las noches las caras desencajadas reaparecían. Los monstruos se inclinaban sobre ella, que se despertaba con un sobresalto. Entonces los monstruos desaparecían. Pero estaban todo el tiempo cerca de ella, lo sabía. La veían sin que ella los viera a ellos.

Caminaron mucho tiempo, muchos días.

Sofía le preguntó a Lydia adónde iban.

—Lejos —contestó Lydia—. Lejos de los que mataron a Hapakatanda y a tu familia.

Sofía trató de imaginar que aquello que Lydia llamaba Lejos era un lugar, quizá un pueblo, que ya existía en alguna parte y que les estaba esperando. Pero también podía pensar que al no ir colgada ya de la espalda de su madre no tenía derecho a ser infantil. Lejos era lejos, no un lugar.

Un día Sofía vio el mar por primera vez.

Habían subido a un monte, era bien entrada la tarde y los pies de

Sofía estaban hinchados y tenían heridas.

Entonces vio el mar por primera vez. Un río sin playa al otro lado. Un agua brillante de color turquesa que ningún puente podía cruzar.

Aun sin haber visto nunca antes el mar, Sofía tuvo enseguida la sensación de haber llegado a casa. Era como si, a pesar de todo, hubiese algo familiar incluso en lo desconocido. Quizá era que acababa de descubrir uno de los secretos de los que le hablara Muazena, uno de los secretos del fuego. Quizá era que todas las personas que tenían que huir de sus hogares por culpa de bandidos o de monstruos tienen otra tierra esperándolas. Sólo se trataba de no sentarse como había hecho la anciana. Justo antes de que las últimas fuerzas dejaran a una persona, ésta llegaba al hogar que no sabía que tenía.

Continuaron hasta que llegaron al mar. La arena era diferente, más blanda bajo los pies. Lydia se hundió en la sombra de un árbol que había en la orilla. Sofía y María corrieron juntas hasta el agua. Cuando la probaron estaba salada. Caminaron mar adentro hasta que oyeron a Lydia gritarles que fueran con cuidado.

Luego Sofía preguntó si habían llegado a donde se dirigían.

Lydia sacudió la cabeza.

—¿Cómo íbamos a poder vivir aquí? —preguntó—. ¿Cómo íbamos a hacer crecer algo en la arena? ¿Cómo íbamos a plantar nada en el agua? Tenemos que seguir.

Sofía no se olvidó nunca del mar. Cuando al día siguiente reanudaron su camino y volvieron a adentrarse en tierra firme a menudo se giraba para ver aquel agua destellante que no parecía tener fin.

Después de mucho tiempo llegaron a un poblado en el que vivían unos parientes lejanos de Hapakatanda, el marido de Lydia. El jefe del poblado, un hombre viejo que estaba casi ciego, les dio permiso para quedarse. Con paja y barro construyeron una pequeña choza en las afueras del poblado y por las mañanas Lydia, Sofía y María iban con las demás mujeres a trabajar en los campos. Pero un día llegó un hombre corriendo y contó que un poblado vecino había sido arrasado la noche anterior por los bandidos. Esa misma tarde huyeron todos del poblado llevándose sólo sus cabras. Durante más de un mes estuvieron escondidos temiendo constantemente que los bandidos los encontraran. Apenas tenían con que alimentarse y sobrevivían a base de raíces, lagartos y ratas que lograban cazar.

Mientras tanto Alfredo se puso muy enfermo. Sofía creía que también él iba a morir. Cuando un niño empezaba a temblar de frío a pesar de que el sol luciera con fuerza, ella sabía que la muerte le había echado su peligroso aliento a través de sus fosas nasales. Pero Alfredo sanó. Cuando los aldeanos decidieron volver al viejo poblado Lydia dijo que no se iban con ellos, que iban a continuar su viaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sofía.

—Allí donde los bandidos no están.

—¿Dónde está eso?

—No lo sé. No preguntes tanto.

Durante todo ese tiempo a Sofía le dio miedo que su madre hiciera lo mismo que había hecho la anciana: sentarse en el suelo y endurecer como la raíz de un árbol. Entonces Sofía se quedaría sola con María y Alfredo y

no sabía dónde encontrar un hogar. Cada noche, cuando acampaban, Sofía miraba a hurtadillas a su madre. ¿Se sentaría y se quedaría dura?

Sofía pensaba que estaba rodeada de miedo. Los bandidos estaban lo mismo detrás que delante de ella. Para Sofía, que Lydia no se hubiese sentado y quedado dura como una roca esa tarde sólo suponía temer que fuera a pasar al día siguiente.

Pero nunca ocurrió.

Un día la larga caminata también finalizó.

Llegaron a un poblado en el que sólo había personas que habían huido de los bandidos. Hablaban diferentes lenguas. Un hombre blanco que era sacerdote las miró con cara de tristeza. Con ayuda de un hombre del poblado que hablaba su lengua, Lydia pudo explicar de dónde habían huido. Les contó la noche en que los bandidos habían aparecido para saquear, quemar y matar.

—También a los perros —dijo Sofía—. También mataron a nuestros perros.

Construyeron por segunda vez una choza de paja y barro en una pequeña cuesta. Por abajo corría un río. La primera noche que pudieron dormir de nuevo bajo techo, Sofía se quedó tumbada contemplando la oscuridad exterior. Se dio cuenta de que María, que estaba a su lado, tampoco se había dormido.

—Aquí vamos a vivir —susurró Sofía.

—¿Por qué no vienen los bandidos aquí? —preguntó María.

—A lo mejor no encuentran este sitio —contestó Sofía—. Piensa en todos los días que hemos caminado. Nuestros pies están hinchados y llenos de heridas.

—Puede que los bandidos tengan zapatos —dijo María, y Sofía pudo

notar que tenía miedo.

—No creo que los monstruos lleven zapatos —dijo Sofía—. Vamos a vivir aquí. No va a pasar nada.

María se acurrucó más cerca de Sofía, que notaba el calor del cuerpo de María, cómo la iba llenando.

«Aquí viviremos», pensó. «Pero a mi padre Hapakatanda no lo volveré a ver nunca más. Ni a todos los demás que eran amigos míos, mi familia. Tampoco volveré a ver a los perros.»

De pronto se dio cuenta de que estaba llorando. Era como si ahora se atreviera por primera vez a sentir toda la tristeza que llevaba dentro. Si toda la pena que sentía se pusiera en una cesta colocada en la cabeza, se derrumbaría sin remedio. Era demasiado pequeña para llevar una cesta tan pesada.

Aun así sabía que estaba obligada a llevarla. Siempre estaría ahí, la cesta de la tristeza. Toda su vida.

Al final se durmió y soñó con Muazena y con los secretos del fuego.

—Hemos llegado —le susurró a Muazena en el sueño—. Hemos llegado y seguimos vivos. Y he visto el mar.

Al día siguiente Sofía se despertó muy temprano. Pero Lydia ya se había levantado, por supuesto. Cuando Sofía salió de la choza y se frotó el sueño de los ojos, Lydia estaba sentada en cuclillas haciendo fuego. Miró a Sofía y sonrió. Sofía pensó que hacía mucho tiempo que no veía sonreír a Lydia. Aquello la llenó de una gran alegría. Ahora sabía que la gran caminata había terminado.

Por fin habían llegado.

Aquí empezarían a vivir otra vez.

Un día en que Sofía estaba barriendo alrededor de la choza y María había ido a buscar agua al río, Lydia la llamó. Estaba machacando maíz con un tronco grueso y necesitaba estirar la espalda.

—Tú y María os parecéis tanto... —dijo, y rió—. Ni siquiera yo que soy vuestra madre os puedo distinguir siempre. Pero tampoco sois gemelas.

—¿Quién está barriendo? —preguntó Sofía.

—Ahora veo que tú eres Sofía —dijo Lydia—. Pero a veces no estoy segura de quién es quién. Aun así os lleváis un año de diferencia. María siempre será un año mayor que tú.

Luego siguió machacando el maíz con el tronco grueso y pesado. Sofía continuó barriendo y pensó en lo que Lydia había dicho. Pensó que era curioso que nadie pudiera sobrepasar a otro en edad. Todo lo demás que conocía en el mundo lo hacía. Las plantas de maíz se hacían igual de altas tarde o temprano, los tomates igual de rojos, los pollos igual de grandes. Pero las personas no. Ella y María, no.

Al mismo tiempo vio a María acercarse por el caminito que llevaba al río con el pesado barreño metálico lleno de agua sobre la cabeza. Dejó la escoba a un lado con la esperanza de que Lydia no viese que dejaba la tarea a medias. A Lydia no le gustaba que se interrumpiera una labor sin haberla acabado. «María no lo habría hecho nunca», pensó. «Habría acabado de barrer. Ésa es al menos una diferencia entre ella y yo.»

María hacía muecas por culpa del pesado barreño que llevaba sobre la cabeza. Sofía la ayudó a bajarlo. Luego, entre las dos llevaron el barreño hacia la choza. Por el camino, Sofía le contaba a María lo que Lydia le había dicho.

—Cuando tengamos hijos quizá ellos también se parezcan —dijo María.

—Eso dependerá de quién sea su padre —contestó Sofía—. Que nosotras nos parezcamos es porque las dos nos parecemos a Hapakatanda.

Enseguida se mordió la lengua. Espantada pensó que acababa de hacer algo que no se debía hacer. Había nombrado a su padre fallecido.

María indicó con un gesto que quería dejar el barreño en el suelo. Se sentó en el suelo y Sofía hizo lo mismo.

—Sueño con papá cada noche —dijo María—. Sueño que es por la mañana y que él está sentado delante de la choza.

—Sabes que está muerto —respondió Sofía—. Los bandidos lo mataron de un hachazo.

—Entonces, ¿por qué sueño que está vivo?

Sofía no tenía respuesta para eso. Lo habitual era que María preguntara y Sofía contestara. En realidad tendría que haber sido al revés, puesto que María era la mayor y debería saber más que Sofía.

Pero ahora no tenía ninguna respuesta.

—¿Vamos a vivir siempre aquí? —preguntó María, y Sofía notó que de repente se había puesto triste. Se encogió como si sintiera un dolor en alguna parte del cuerpo.

—No lo sé —dijo Sofía—. Pero un día, cuando seamos mayores, quizá podamos volver a casa. Aunque Lydia se quede aquí.

—¿Cómo encontraríamos el camino hasta allí?

—Seguro que podemos. Con que lo deseemos con la fuerza suficiente seguro que encontramos la manera de volver.

Se quedaron sentadas durante un rato junto al barreño, hablando. Se prometieron que, pasara lo que pasase, un día volverían a casa, al poblado

que los bandidos habían quemado.

Cuando llegaron cargando con el barreño Lydia estaba enfadada. Hablaba rápido y alto y señalaba la escoba y le decía a Sofía que las mujeres de verdad acababan de barrer antes de dejar la escoba a un lado. Sofía no dijo nada. Sabía que Lydia no solía estar mucho rato enfadada.

Pero ni Sofía ni María olvidaron lo que habían hablado junto al barreño.

Un día volverían a casa. Ninguna de las dos tenía permiso para romper esa promesa.

Habían construido su choza y habían formado un nuevo hogar. Pero durante mucho tiempo todo les resultó ajeno y desconocido. Sofía pensaba que era difícil vivir en un poblado en el que no todo el mundo se conocía desde siempre. Ni hablaba la misma lengua. Al principio tanto ella como María se mostraban tímidas con los demás niños. Pero tuvieron suerte, porque enseguida hicieron un amigo, un chico que se llamaba Lino y que era unos años mayor. Vivía en una choza que estaba cerca de la suya, junto al camino polvoriento que llevaba a la casa en la que vivían el sacerdote blanco y las dos monjas. Lino hablaba la misma lengua que María y Sofía. Era alto y delgado. Pero lo que le hacía peculiar era que se le cruzaban los ojos. Podía mirar a María y a Sofía al mismo tiempo.

Le habían visto una vez delante de su choza, un domingo, el día en que no iban a trabajar al gran campo donde cultivaban maíz y verduras. Tenía la ropa igual de rota que todos los demás. En un pie llevaba un zapato. Como sólo tenía un zapato se había dibujado uno en el otro pie. Lydia había ido a ver si podía cambiar un cesto que había trenzado por

las noches por un trozo de jabón. María y Sofía estaban solas en casa cuidando de Alfredo.

—¿Cómo os podéis parecer tanto? —preguntó Lino—. Os podéis usar de espejo la una a la otra.

Sofía pensó que debía responder algo. Pero no sabía qué decir.

—¿Cómo se puede mirar en dos direcciones a la vez? —dijo al final.

—Es mi secreto —contestó Lino.

Luego les contó que había llegado al poblado junto con una tía y un tío maternos. Sus padres habían sido secuestrados por los bandidos durante un ataque de hacía mucho, mucho tiempo. Ni siquiera sabía si seguían vivos. María le contó lo que había pasado en su poblado.

—Vimos el mar —dijo Sofía—. ¿Tú has visto el mar?

Lino negó con la cabeza.

—Un día viajaré por todo el mundo —dijo—. Y veré el doble que todos los demás.

Luego les habló de la escuela. El sacerdote blanco y las dos monjas daban clase a los niños del poblado. Querían que todos los niños fueran cada día para aprender a leer, a escribir y a contar.

—No tenemos dinero —dijo Sofía, quien de verdad quería ir a la escuela.

—Tenemos que trabajar con nuestra madre —dijo María.

—No cuesta dinero —dijo Lino—. ¿Creéis que yo lo tengo? ¿Por qué iba a ir con un zapato si tuviese dinero?

—De todas formas no podemos —dijo María—. Tenemos que trabajar. Si no, ¿cómo íbamos a comer?

—La escuela es sólo por las tardes —dijo Lino—. Tres horas cada día. Yo ya casi puedo leer.

Después, cuando Lino se hubo marchado, se sentaron detrás de la casa donde había sombra.

—Creo que no ha dicho la verdad —dijo María—. Una escuela no puede ser gratis. Además, sólo tenemos ropa rasgada. Creo que no puedes ir a la escuela si no tienes ropa entera.

—Lo más importante será que no vayas sucia —dijo Sofía—. Yo no creo que haya mentido. ¿Por qué iba a hacerlo?

—De todos modos no puede ser —dijo María—. Tenemos que ayudar a Lydia. ¿Quién se ocupará de Alfredo si nosotras estamos en la escuela? No podemos ir allí con él.

—Quizá podamos ir un día sí y uno no —dijo Sofía dubitativa.

—Y aprendernos una letra sí, otra no —dijo María—. ¿Lo mismo con los números?

Siguieron discutiendo largo rato. Se olvidaron completamente de Alfredo. Ninguna de las dos podría haber soñado jamás con ir a la escuela. En el poblado en el que habían vivido antes, con Hapakatanda y Muazena y todos sus familiares y amigos, no había escuela alguna. Sólo el secretario del poblado, que había ido a una escuela de misioneros, sabía leer y escribir. Era él quien escribía todas las cartas que la gente del poblado necesitaba escribir, era él quien leía los diferentes comunicados del gobernador o de otra persona importante.

¿De verdad era posible que pudieran ir a la escuela? En tal caso, pensaba Sofía, el haber tenido que huir no implicaba sólo cosas malas. Había algo que era bueno.

Había visto el mar.

A lo mejor podía empezar a ir a una escuela.

No podía compensar que Hapakatanda y Muazena y sus familiares

estuvieran muertos. Ni siquiera podía compensar que los bandidos hubieran matado a sus perros.

Pero, aun así, era algo.

—Alfredo —dijo María de repente, poniéndose de pie de un brinco. Lydia tenía miedo de que se ahogara en el río o de que lo engullera un cocodrilo. También tenía miedo de que le picase una serpiente. Se precipitaron hacia el exterior de la casa. Enseguida pudieron respirar tranquilas. Alfredo se había dormido junto a la pared. El viento le soplaba polvo del suelo a la cara. Dormido espantaba una mosca que se le intentaba colar por la nariz.

Aquella noche hablarían con Lydia acerca de lo que Lino les había dicho. Llegó a casa muy tarde y con un trozo de jabón en una mano. Primero bajaron al río a lavarse. Mientras dos de ellas vigilaban que no se acercara ningún cocodrilo, la tercera se bañaba. Así se iban turnando. Lydia estaba de buen humor, estaba medio desnuda en el agua y cantaba mientras se lavaba.

—Hablaremos con ella esta noche —dijo María—. Cuando canta está de buen humor. Pero le preguntas tú.

—¿Yo? —dijo Sofía horrorizada—. Tú eres la mayor.

—Tú hablas mejor —dijo María—. Ya que soy la mayor, mando yo. Te toca preguntárselo a mamá.

Al anochecer estaban sentadas alrededor de los cazos con gachas de maíz y hojas de lechuga; cogían pequeñas porciones con los dedos y comían en

silencio. María miraba a Sofía y arrugaba la frente. Eso quería decir que debía hablar de una vez. Mamá Lydia nunca estaba ociosa. Después de la cena enseguida se pondría a preparar las cosas para dormir, a estirar las finas mantas sobre las que dormían y a estirar las *capulanas* con las que se tapaban.

—Aquí hay una escuela —dijo Sofía—. Es gratis. Enseñan a leer, a escribir y a contar. Es sólo por las tardes.

Lydia la miró sorprendida.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó.

Sofía cerró los ojos y tomó carrerilla.

Preguntar algo difícil era para ella como intentar dar un gran salto.

—A María y a mí nos gustaría mucho empezar en la escuela —dijo.

Lydia acabó de masticar lo que tenía en la boca y se limpió los dedos antes de contestar.

—No tenéis por qué molestaros en ir a la escuela —dijo—. Ya trabajáis mucho en los campos de maíz. No quiero obligaros a hacer algo que no necesitáis.

—Pero somos nosotras las que queremos.

Lydia la miró sorprendida y luego miró igual de sorprendida a María antes de contestar.

—No hace falta saber leer y escribir para arrancar malas hierbas —dijo—. No hace falta saber contar para cavar y sembrar la tierra.

De repente Sofía no sabía qué decir. ¿Cómo iba a hacer ver a su madre que era otra cosa lo que querían? Poder leer lo que estaba escrito en un cartel, poder escribir su propio nombre.

—El sacerdote blanco quiere que todos los niños vayan a la escuela —dijo al final—. Quizá debamos hacerle caso.

Sofía sabía que Lydia tenía mucho respeto por las personas blancas. De hecho, se lo tenían todos los que vivían en su antiguo poblado.

Cuando un hombre blanco o una mujer blanca decían algo siempre había que escuchar con atención. Por qué era así era algo que Sofía desconocía. Una vez, los blancos habían mandado en su tierra. Pero ahora ya no era así. La única persona que conocía que no le había hecho caso a los blancos era Muazena. Cuando los blancos visitaban su poblado ella prefería encerrarse en su choza y no salir hasta que se hubiesen marchado.

—Si es así, por supuesto que iréis a la escuela —dijo Lydia—. Pero entonces tenemos que arreglar vuestra ropa. No quiero que mis hijas lleven la ropa más rota que la de los demás.

María y Sofía se inclinaron hacia delante y rozaron con sus manos los fuertes brazos de Lydia. Era un gesto de que sentían una gran alegría. No fue hasta más tarde, cuando Lydia hubo entrado para preparar lo de la noche, que corrieron detrás de la choza, se cogieron de las manos y empezaron a bailar al ritmo de un tambor que llegaba de algún lugar distante.

Ya se había hecho de noche, por lo que apenas podían verse.

Pero la alegría era algo que no hacía falta ver para comprenderla o compartirla con alguien.

Igual que la tristeza y el dolor.

Eso lo habían aprendido bien. No había nada que les gustara tanto como bailar. Y el mejor baile de todos era el de la alegría. Nadie les había enseñado nunca a bailar, era algo que siempre habían sabido. Sofía pensaba que había empezado cuando era tan pequeña que ni siquiera podía caminar e iba sujeta a la espalda de su madre Lydia. Cada vez que Lydia había bailado con las demás mujeres, el ritmo y el movimiento se habían colado en su cuerpo. Y desde entonces habían permanecido allí. A

María le pasaba lo mismo.

Bailaron hasta que Lydia salió de la choza y las llamó para que entraran y se fueran a dormir.

Luego, cuando Lydia y Alfredo se durmieron, estuvieron mucho rato susurrándose cosas.

—Suponte que somos demasiado tontas —dijo María—. Nosotras, que sólo estamos acostumbradas a cavar la tierra.

—No creo que seamos más tontas que cualquier otro —dijo Sofía, intentando sonar convincente.

Pero en el fondo también tenía miedo.

Temprano por la mañana del día siguiente, antes de ir a trabajar a los campos, estaban sentadas con Lydia remendando sus ropas. Lydia movía la cabeza resignada.

—No puede quedar mejor —dijo—. Tengo que hacer más cestos y venderlos. Necesitáis ropa nueva, las dos.

Al día siguiente, María y Sofía fueron a la escuela. Iban cogidas de la mano y a medida que se acercaban sus pasos se hacían cada vez más lentos.

Era una casa de cemento alargada con lagartos corriendo por entre las grietas. No tenía ventanas, sólo un techo de plancha metálica sobre aglomerado. Lino fue corriendo hacia ellas en cuanto advirtió que se habían detenido en el camino y, por lo que parecía, no se atrevían a ir más lejos.

—Tenéis que hablar con José María —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—El sacerdote —contestó Lino sorprendido—. Y tenéis que hablar con Filomena. La profesora.

Las acompañó hasta una de las esquinas del edificio alargado en la que había una oficina pequeña.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sofía.

—¿No sabéis nada? —dijo Lino—. Llamáis a la puerta y entráis cuando alguien os dé permiso.

Luego se fue corriendo. Los chicos estaban jugando al fútbol con un balón hecho con hojas de hierba anudadas.

—Vámonos a casa —dijo María.

—De ninguna manera —respondió Sofía. Luego llamó a la puerta. No hubo respuesta. Llamó otra vez. Entonces la puerta se abrió. El hombre blanco que las había mirado anteriormente con una sonrisa triste estaba de pie en la puerta. Tenía la cara sudada y llevaba las gafas subidas hasta la frente.

—Queremos empezar en la escuela —dijo Sofía.

El hombre blanco se bajó las gafas hasta la nariz.

—Os recuerdo —dijo—. Es increíble lo mucho que os parecéis. ¿Sois gemelas?

—Yo soy Sofía —dijo Sofía—. Ella es María. Nos llevamos un año de diferencia. María es la mayor.

—¿Qué más os llamáis?

—Alface^[3].

El hombre blanco las miró con sorpresa. Luego rompió a reír.

—Es un buen nombre —dijo—. Sofía y María Alface. ¿Habéis ido a la escuela antes?

Negaron con la cabeza.

—Entonces empezaréis en la clase de Filomena. Os acompañaré hasta allí.

Fueron a la clase que estaba al fondo. La lección acababa de empezar. La profesora a la que llamaban Filomena era joven. Además era negra.

—Dos alumnas más —dijo José María—. Sofía y María. ¿Cuántos tienes ahora?

—La última vez que los conté salieron noventa y dos alumnos —dijo Filomena—. Si se sientan cuatro en cada banco no habrá problema.

José María meneó la cabeza.

—Tenemos que construir una escuela más grande —dijo—. Pero ¿de dónde sacaremos el dinero?

Luego se fue. Sofía y María estaban de pie con la mirada baja. Todos los demás alumnos de la clase las miraban.

—¿Sois gemelas? —preguntó Filomena sonriéndoles.

Sofía negó con la cabeza. Tenía la boca tan seca que no le salía ni una palabra.

Filomena señaló un banco en el que había dos niñas.

—Sentaos ahí —dijo—. No tenemos libros, ni papel ni lápices. Ni siquiera tenemos tiza para la pizarra. Así que os tendréis que acordar de todo. Id a vuestro sitio.

Ése fue el día en que empezaron en la escuela.

Por la noche, cuando ya se habían acostado, Sofía no podía dormir. Salió de puntillas de la choza y sopló en las brasas del fuego hasta que las llamas surgieron de nuevo. Desde algún lugar se podían oír tambores. Unos saltamontes invisibles zumbaban a su alrededor.

Miró el fuego intensamente.

Era como si viera la cara de Muazena entre las llamas. Y a su padre, Hapakatanda. Le pareció que le sonreían.

Estaba sentada mirando el fuego y no sabía si quería reír o llorar. Quizá era posible hacer las dos cosas a la vez. ¿Un llanto de risa?

Las llamas de la hoguera danzaban en la oscuridad.

Sofía pensó que todos los días sin utilizar que tenía por delante, los que Muazena había comparado con las plantas de maíz, iban a relucir. Había algo más que monstruos engañando en la oscuridad.

La vida era mucho más.

Y se alegró.

Unos días después de que María y Sofía hubieran empezado la escuela, José María fue a su casa y les dijo que todos los recién llegados al poblado debían reunirse al atardecer. Las chicas debían decirle a Lydia que era una reunión a la que todo el mundo debía asistir.

María tuvo miedo.

—A lo mejor no nos podemos quedar aquí —dijo.

—¿Por qué no íbamos a poder? —contestó Sofía—. ¿Por qué nos iban a dejar empezar la escuela si no nos fuéramos a quedar aquí?

Recorrían el camino a casa desde la escuela.

—Puede que haya bandidos aquí también —dijo María—. Quizá se tenga que ir todo el mundo.

A veces Sofía pensaba que María tenía demasiadas preguntas. ¿Por qué tenía que contestar ella, que era la menor, a todas las preguntas?

—No lo sé —dijo—. No preguntes más.

Por la tarde, justo durante el corto anochecer, cuando el sol se hundía en el río, se reunieron junto al pozo, que estaba en medio del poblado.

José María se subió a una caja para que pudieran verlo.

Luego habló de las minas.

—Cuando bajéis a los campos o al río debéis utilizar solamente los senderos que ya están marcados —dijo—. Por ellos se puede ir seguro. Pero no cojáis ningún atajo. Hay minas enterradas. No sabemos dónde. Sólo sabemos que las hay.

—¿Qué es una mina? —preguntó María.

Sofía le chistó para que se callara.

—No lo sé —contestó—. No hables tanto. Mejor escucha.

—Las minas son bombas enterradas en la tierra —prosiguió José María—. No se ven. Si se pisa la tierra que hay encima, la mina explota. Puede arrancarte una pierna. Te puedes quedar ciego. Incluso puedes morir. Utilizad sólo los caminos. No cojáis nunca ningún atajo, por mucha prisa que tengáis.

Luego preguntó si lo habían entendido. Todos asintieron con la cabeza. Sólo irían por los caminos. Nunca cogerían ningún atajo, por mucha prisa que tuvieran.

De camino a casa Lydia siguió advirtiéndolas. Sofía pensaba que era como si hubiese monstruos enterrados en el suelo, monstruos que estaban quietos esperando y haciendo guardia.

Luego pensó que eran como cocodrilos. Cocodrilos de tierra que esperaban a poder agarrar su pierna con las fauces.

Lydia las reprendía. Luego María reprendía a Sofía. Y Sofía reprendía a Alfredo.

Siempre los caminos. Nunca un atajo.

Aquella noche, después de haber comido las gachas de maíz, Sofía vio que había luna llena. Recordó que hubo luna llena cuando llegaron al poblado. Ya habían pasado un mes allí.

No sabía muy bien qué era un mes. Era más largo que un día y que una semana. Pero más corto que un año. Cuántas lunas llenas habían pasado desde que huyeron del poblado donde Hapakatanda y Muazena y todos los perros yacían muertos, no lo sabía.

El tiempo era extraño. Existía y no existía al mismo tiempo.

Los días eran largos. María y Sofía solían dormirse al instante después de haber cenado y ayudado a Lydia a recoger los bártulos. Se levantaban con la salida del sol. Lydia ya se había ido a los campos. Vestían a Alfredo y le daban un poco de la comida que había sobrado la noche anterior. Luego Sofía barría dentro y fuera de la choza, mientras María se llevaba a Alfredo a casa de una mujer que vivía en una choza al otro extremo del poblado. Era demasiado mayor para trabajar. Pero se ocupaba de Alfredo hasta que Lydia volvía por la tarde. Después de que María hubiera dejado a Alfredo, ambas corrieron a los campos. Allí trabajaban limpiando y cavando la tierra hasta que el sol estaba arriba del todo en el cielo. Comían lo que Lydia y las demás mujeres preparaban. Después bajaban corriendo al río para lavarse y salir corriendo otra vez para no llegar tarde a la escuela. Tenían buen cuidado en seguir siempre el camino y corrían todo lo que podían. Por mucho que se esforzaran nunca llegaba una antes que la otra. Sofía era la más rápida. Pero María aguantaba más.

Los días eran largos. Pero a veces se quedaban tumbadas susurrándose cosas dentro de la choza cuando Lydia y Alfredo se habían dormido.

Una noche, que estaban con las caras casi pegadas, María le preguntó a Sofía si todavía se acordaba de su vestido blanco.

Sofía se acordaba muy bien. El vestido blanco que su padre Hapakatanda había llevado a casa un día que había ido a la ciudad situada cerca de su poblado. Sólo le había llegado para comprar un vestido. Pero le había prometido a Sofía que ella también tendría uno cuando tuviese dinero o algo para intercambiar.

El vestido se había quedado allí después de la noche que los bandidos

llegaron sin hacer ruido.

—A veces sueño que me voy a despertar y que el vestido estará aquí —susurró María.

—Probablemente se quemara —contestó Sofía—. Pero el día que tenga dinero te compraré uno nuevo.

—¿De dónde vas a sacar tú dinero, cuando Lydia no lo tiene? —dijo María—. No olvides que somos pobres.

—Quizá se me ocurra alguna manera —dijo Sofía.

—No lo creo —dijo María.

—Lo prometo —dijo Sofía.

Cuando María se hubo dormido, Sofía estuvo un rato pensando en lo que María había dicho. ¿Cómo iba a conseguir otro vestido blanco para María? Lo había prometido. María no iba a olvidar su promesa. Sabía que de algún modo la tenía que cumplir.

Al mismo tiempo se puso de mal humor.

Sabía que tenía demasiada propensión a prometerle cosas a María. Había pasado muchas veces antes.

El tiempo que tanto existía como no seguía avanzando. Una vez más hubo luna llena. Cada día hacía más y más calor. El agua del río descendió. Pero pronto empezarían a caer las lluvias.

Un día en que no tenían que ir a la escuela y María estaba en la choza con dolor de barriga, Sofía se fue a dar una vuelta de reconocimiento. Las chozas estaban diseminadas por una gran extensión. Hasta entonces sólo había visto una pequeña parte del poblado.

Cuando llegó al otro lado del poblado vio de repente a un hombre que

estaba sentado a la puerta de una choza cosiendo ropa. Tenía una máquina de coser negra y pedaleaba. Sofía ya había visto antes una máquina de coser. La de un indio que durante una breve temporada había intentado vivir de coser ropa en su antiguo poblado. Se sentaba a la sombra de un árbol y pedaleaba en su curiosa máquina. Todos los niños del poblado observaban atónitos al indio y su máquina. Aquella primera vez Sofía no tendría más de cinco o seis años. Pero todavía podía recordar la máquina de coser. Había pensado que cuando fuese mayor le encantaría aprender a coser en una máquina así.

El indio había dejado el poblado poco tiempo después. Se había llevado la máquina consigo. Los habitantes eran demasiado pobres para pagarle por coser ropa.

Sofía todavía recordaba lo triste que se puso cuando lo vio marcharse del poblado. Llevaba la máquina atada a la espalda.

Ahora volvía a ver una máquina de coser.

Era igual que la que tenía el indio.

Se quedó de pie mirando cómo pedaleaba y cosía el hombre.

Cuando levantó los ojos de su tarea y la descubrió, ella bajó la vista al suelo y pensó que sería mejor irse de allí.

Pero el hombre sonrió y la saludó con la cabeza. Poco a poco se atrevió a acercarse.

Se llamaba Antonio, pero le llamaban Totio. Era viejo y no tenía dientes. Dentro de la choza, detrás de él, estaba su mujer, que se llamaba Fernanda. Sus hijos eran mayores y tenían sus propias familias. Totio y Fernanda también habían huido de los bandidos. Lo habían dejado todo excepto la máquina de coser.

Esto se lo contaba a Sofía mientras pedaleaba sin dejar de coser. Estaba arreglando unos pantalones negros.

Fernanda salió de la choza y se sentó a la sombra sobre una alfombra

de esparto. Era gorda y resopló por el calor.

—¿Quién eres tú? —le gritó a Sofía desde la alfombra de esparto—. Si tienes dinero Totio te cose cualquier cosa. Si tienes mucho dinero te puede coser unas alas.

—Habla por hablar —dijo Totio y se rió—. Yo no puedo coser alas.

Le guiñó un ojo y se secó el sudor de la frente.

—¿Tienes algún nombre? —preguntó.

—Me llamo Sofía.

Siguió preguntándole quién era y de dónde venía. Cosía todo el rato. Sofía respondía lo mejor que podía. De vez en cuando Fernanda gritaba desde la alfombra de esparto. Luego se durmió y empezó a roncar.

—Tengo una buena esposa —dijo Totio—. A veces habla demasiado. Pero es una buena esposa.

—Me gustaría aprender a coser —dijo Sofía.

Totio sonrió.

—Me lo creo, sí —dijo.

Los pantalones estaban terminados. Los examinó y luego los colgó con cuidado del canto de la mesa.

A continuación acarició la máquina de coser.

—Lo has hecho bien, Xio.

Sofía lo miró sorprendida.

—¿Por qué no iba a poder tener nombre una máquina de coser? —dijo Totio—. ¿Por qué quieres aprender a coser?

—Quiero coserle un vestido blanco a mi hermana María —dijo.

No tenía preparada la respuesta de antemano. Simplemente le salió por sí sola.

Luego pensó que debía explicar por qué quería coser precisamente ese vestido. Le habló a Totio acerca de lo que había ocurrido la noche que murió Hapakatanda, acerca de su padre, que había vuelto de la ciudad con

el vestido para María.

Totio asintió pensativo cuando ella acabó de contárselo.

—Sí, así es, sí —dijo—. Matan y queman y saquean. Pero nadie piensa en que los bandidos también roban un vestido blanco de una niña que se llama María.

—Le he prometido el vestido —dijo Sofía.

—Ven con la tela y te enseñaré a coser —dijo Totio—. Si consigues un trozo de tela bonita y el hilo necesario yo te enseñaré a coser. Primero a mano. Y luego, si eres buena, aprenderás a hacerlo a máquina.

Sofía no podía creer que fuera cierto. ¿De verdad le dejaría pedalear en la máquina de coser?

Pero ¿cómo conseguiría un trozo de tela?

Al mismo tiempo se despertó Fernanda.

—Ahora vete —dijo Totio—. No tengo más tiempo para seguir hablando contigo. Vuelve cuando tengas la tela y el hilo.

Sofía volvió a su casa en la choza. Pero antes siguió uno de los caminos serpenteantes que bajaban al río. Allí había un montículo donde ella y María solían sentarse para observar si había cocodrilos. Estaba tan lejos del agua que no había peligro de que un cocodrilo las alcanzara. Pero ahora no le importaban los cocodrilos. ¿De dónde iba a sacar un trozo de tela para el vestido de María? Ella no tenía dinero, su madre Lydia no tenía dinero.

De repente vio en su cabeza las sábanas blancas recién lavadas que solían estar tendidas enfrente de la casa de José María. Quizá podía pedirle una de ellas. Pero enseguida desechó la idea. Nunca se atrevería a

preguntárselo. Además, seguramente José María se enfadaría al verla mendigando. A lo mejor las echaría del poblado.

Sofía se quedó junto al río tanto tiempo que ya había empezado a oscurecer cuando al final se levantó y volvió a casa. Cuando llegó a la choza vio que Lydia estaba enfadada.

—¿Y tú dónde has estado metida todo el día? —preguntó en voz alta.

Sofía bajó la mirada al responder.

—En ningún sitio —dijo.

—En ningún sitio —dijo Lydia—. Creía que te habías caído al río. O que te habías perdido. ¿Por qué no te puedes quedar en casa cuando tu hermana está enferma?

—Ya me encuentro bien, mamá —gritó María desde el interior de la choza.

—Ve a buscar agua —dijo Lydia—. Date prisa. Pronto estará oscuro.

Esa noche a Sofía le costó dormirse. Pensó en Totio. En la tela blanca que nunca podría conseguir. En la promesa que le había hecho a María.

Pero en lo que más pensaba era en las sábanas blancas.

A menudo colgaban allí al amanecer. Eso quería decir que habían estado colgadas toda la noche.

José María tenía muchas sábanas. Seguramente no lo notaría si le faltase una. Seguramente José María no pensaba en contar sus sábanas. Tenía tantas otras cosas en la cabeza.

Sofía abrió los ojos en la oscuridad.

¿Qué había pensado?

¿De verdad iba a robar una sábana? ¿Iba a hacer un vestido de una tela robada?

¿Quería que María fuese por ahí con ropa que hubiese cogido un

ladrón?

Se acurrucó en la oscuridad. Sus pensamientos la habían llenado de miedo.

«No puedo robar una de las sábanas de José María», pensó. «Tiene que haber otra manera.»

Pero Sofía no encontraba otra salida. Y por las mañanas, cuando ella y María salían a los campos, desde la lejanía podía ver las sábanas blancas meciéndose bajo el suave viento mañanero, delante de la casa de José María.

Pasó otro mes lunar. Cuando volvió a ser luna llena Sofía sintió que ya no podía esperar más. Una noche, cuando todos estaban dormidos en la choza, se levantó con mucho cuidado, apartó la alfombra de esparto que colgaba en la entrada y desapareció en la oscuridad. Aguantó la respiración y escuchó. Todo estaba en un profundo silencio. Una rata rasguñaba en algún sitio. Un bebé gimió en pleno sueño en el interior de una choza.

Luego llegó el miedo arrastrándose.

¿Qué pasaría si alguien la veía?

«Me voy a acostar otra vez», pensó. «No puedo hacerlo. Aunque sólo tome prestada una sábana. Seguirá siendo la sábana de José María, incluso cuando sea un vestido para María.»

Al mismo tiempo sabía que la promesa a María era más importante. Empezó a correr bajo la oscuridad, pasando las oscuras chozas, pasando las tenues brasas que todavía alumbraban después de los numerosos fuegos.

Allí colgaban las sábanas. Eran como espíritus blancos, intranquilos, bajo la luz de la luna. Estaba de pie, completamente quieta, escuchando.

«No me atrevo», pensó. «No me atrevo.»

Luego se acercó de puntillas y a toda prisa a la cuerda de tender, descolgó una sábana, juntó otras dos para que no se viese el hueco vacío y se fue corriendo de allí.

De repente era como si cada habitante del poblado estuviera despierto. Pensaba que la estaban espiando por entre los listones de las paredes de las chozas. La veían, a Sofía, la hija de Lydia, la hermana de María, la ladrona que había robado una de las sábanas de José María.

No se detuvo hasta que llegó a la choza. Tuvo que inclinarse hacia delante para recuperar el aliento.

Había un agujero en un árbol que estaba junto al lugar en el que habían ardido varios anillos de metal viejos y unos bloques de cemento partidos. Metió allí la sábana y tapó el agujero con tierra.

Luego corrió con cuidado la alfombra de esparto y se acostó.

—¿Qué haces? —dijo de pronto María.

Sofía creía que se le iba a parar el corazón. ¿Había estado María despierta todo el rato que ella había estado fuera?

—Sólo tenía que hacer pis —contestó.

Pero María ya se había dormido.

Sofía estuvo despierta hasta el amanecer. Varias veces estuvo a punto de salir corriendo con la sábana y colgarla otra vez en su sitio. Pero cuando llegó el amanecer y Lydia desapareció de la choza la sábana seguía dentro del árbol. Esperó hasta que Lydia se hubiese marchado, luego se apresuró a salir antes de que María se despertara y se enrolló la sábana alrededor del cuerpo, debajo de la *capulana* normal que llevaba.

Unas semanas más tarde tenían vacaciones en la escuela. José María no se había quejado de que le faltara ninguna sábana. Sofía sentía miedo cada vez que se lo encontraba. Tenía remordimientos de conciencia y sentía haberla cogido.

«Siempre será su sábana», se dijo a sí misma. «Aunque sea un vestido que lleve María.»

Cuando fue a Totio con la sábana tenía miedo de que le fuese a preguntar de dónde la había sacado. Pero él no dijo nada, simplemente le echó un vistazo y asintió satisfecho con la cabeza.

—No tengo hilo —dijo Sofía.

—Yo te lo doy —dijo Totio. A pesar de todo, la tela era lo más importante.

Aquella semana Sofía cosió un vestido para María con la ayuda de Totio. Sofía nunca tuvo permiso para pedalear en la máquina. Pero Totio le dijo que podría aprender a coser.

—He hablado con Xio —dijo Totio y señaló con la mirada la máquina de coser—. Me parece que cree que un día podrás llegar a un acuerdo con él.

—¿La máquina de coser es un «él»? —dijo Sofía.

—Creo que sí —dijo Totio sorprendido. Parecía como si nunca hubiese pensado que la máquina de coser pudiese ser una «ella»—. Por lo menos nunca ha protestado por su nombre —dijo—. Y Xio no es un nombre de mujer.

Cuando María quería saber lo que hacía Sofía por las tardes ésta se limitaba a decir que era un secreto.

—Es algo para ti —dijo—. No preguntes más.

El vestido estaba acabado. Era muy bonito. Sofía apenas podía esperar a vérselo puesto a María.

Pero todavía había un grave problema por resolver. ¿Cómo podría explicar de dónde lo había sacado? ¿Cómo lograría que Lydia creyese que decía la verdad?

Cuando tuvo el vestido en la mano pensó que lo único que podía hacer era pedirle ayuda a Totio.

—Mi madre Lydia probablemente preguntará de dónde he sacado la tela —dijo—. Encontré un billete en el suelo. En lugar de dárselo a ella compré la tela. Puede que se enfade conmigo.

Totio sonrió. Ella se puso triste otra vez por lo fácil que era mentir.

—Le diré que te la he dado yo, tú no te preocupes.

Esa tarde Sofía le dio el vestido a María. No quería que Lydia lo viese. No hasta que María se lo pusiese. Se lo dio a María cuando estaban en el montículo junto al río.

María no podía creer lo que veía. Pero cuando se lo puso, le iba bien. Sofía había tomado sus propias medidas y lo había hecho un poco más grande.

—Lo he cosido yo —dijo Sofía—. Era el secreto. Y la tela me la dio un hombre viejo que tiene una máquina de coser. Se llama Totio. ¿Te

acuerdas del indio que se sentaba debajo del árbol y cosía con una máquina? Totio tiene una que es igual que aquélla.

Sofía vio lo contenta que se puso María. María quería correr enseguida a casa y enseñárselo a Lydia.

—Espérate hasta mañana —dijo Sofía—. Es domingo. Será una sorpresa para ella también.

Lydia se sorprendió por lo menos tanto como María. Pero, para tranquilidad de Sofía, se creyó su explicación. Al día siguiente fue a donde Totio y le dio las gracias por haber ayudado a Sofía a coser.

Sofía estaba preocupada esperando a que Lydia volviera. Y sólo sonreía.

—Totio ha dicho que eres muy buena —dijo.

—Me gustaría mucho aprender a coser —dijo Sofía.

Sofía pensaba cada vez menos en que era la sábana de José María. María siempre quería llevar el vestido. Incluso cuando estaba en el campo. Entonces se lo doblaba hasta por encima de las rodillas y se envolvía con la *capulana*.

Pasaron varias lunas llenas más.

Cada mañana Sofía y María iban corriendo hasta las mujeres que estaban en los campos. Pronto sería la época de recoger el maíz. Las plantas ya estaban altas.

Jugaban mientras corrían. Saltaban con el mismo pie a la vez, trataban de evitar tocar las piedras que salían del suelo. Siempre se lo

pasaban bien.

Una mañana después de una noche de lluvia y cuando la tierra roja todavía estaba húmeda, a Sofía se le ocurrió que podían cerrar los ojos una vez cada una mientras corrían. Para ver si era posible hacerlo, lo probó. Corrió unos metros con los ojos cerrados. María estaba justo detrás de ella.

No era difícil. Probó de nuevo. Quería intentarlo una última vez. Después, María también podría jugar.

Quizá fue porque la tierra estaba húmeda, pero se tropezó y dio unos pasos fuera del camino. María estaba junto a ella. Abrió los ojos y vio que estaba fuera del camino. Puede que fuera más difícil de lo que creía.

—¿Qué haces? —dijo María, que estaba en el camino, justo a su lado.

—Nada —dijo Sofía—. Juego.

Saltó con el pie izquierdo.

Luego bajó el pie derecho para dar un paso hasta el camino otra vez.

Entonces el suelo explotó en pedazos.

Después todo se quedó en silencio.

A Sofía le parecía estar en un hormiguero con miles de hormigas enfurecidas mordiéndole y pellizcándole el cuerpo. También era como si tuviera hormigas en el estómago, en la cabeza, en las piernas. Estaba tumbada de lado, le costaba ver y el dolor era tan fuerte que ni siquiera podía gritar. María estaba unos metros más allá, echada hacia delante, medio metida en unos matorrales. Sofía pensó que su vestido blanco ya no estaba, ese que tanto la había alegrado. Ahora sólo le quedaban unos pocos trozos de tela colgando alrededor de la cintura. Y ya no eran de color blanco. Eran rojos. Sofía comprendió que era sangre.

Intentó gritar otra vez, llamar a María, a su madre Lydia. Sintió que se caía, las hormigas mordían y estiraban su carne, y luego se sumió en una oscuridad sin fin.

José María estaba con una taza de café en la mano y se la estaba llevando a la boca cuando oyó la violenta explosión. Al instante entendió lo que había pasado. Alguien había pisado una mina. La cara se le desencajó de miedo. Ni siquiera se demoró en poner la taza de café sobre la mesa, sino que la lanzó a un lado. Luego abrió la puerta y salió corriendo hacia la zona del estruendo. Era en algún lugar cerca del río, en los campos más alejados. Mientras corría le gritaba a todo aquel que veía que fuera a buscar a una monja llamada Rut y a la enfermera. Corrió lo más rápido que pudo. Ya hacía calor, a pesar de que el reloj no marcaba más de las seis. El corazón le latía fuerte en el pecho y en su interior temía lo que se iba a encontrar.

No fue el primero en llegar. Las mujeres habían ido corriendo desde los campos y podía oír las gritar.

«Es una de ellas», pensó. «Pero ¿por qué ha tenido que salirse del camino? Saben que hay minas.»

Se dio cuenta de que estaba a punto de enfadarse.

Cuando llegó, varias mujeres le cogieron de la ropa y trataron de explicarle lo que había ocurrido. Pero no entendía lo que decían, se abrió paso entre ellas y se detuvo de golpe.

Lo que vio hizo que rompiera a llorar. Eran las dos niñas que curiosamente se parecían tanto y que se llamaban Sofía y María. Se agachó sobre la que estaba tumbada en medio del camino, creía que era Sofía, pero no estaba seguro. Cayó de rodillas y abrió los brazos.

Lo que tenía delante era un bulto ensangrentado. Apenas se podía decir que aquello fuese una niña; era sangre, miembros desgarrados y ropa rasgada.

Pero notó que respiraba. Les gritó a las mujeres que se callaran, les ordenó que fueran a buscar a la madre de las niñas. Ahora también habían llegado algunos hombres.

—¿Dónde está la hermana Rut? —gritó—. Quitaos las camisas, buscad ramas de árbol, enrollad las camisas para que las podamos usar de camillas.

Luego fue agachado hasta la otra niña, que estaba caída hacia delante. Se puso a buscarle el pulso.

«Está muerta», pensó. «Dios mío, no puedo con esto.»

Luego le encontró el pulso. Era muy débil.

En ese momento oyó la voz de la hermana Rut. Llegaba corriendo.

—¡Están vivas! —gritó José María.

Se puso de pie con las piernas temblorosas mientras Rut se ocupaba primero de una niña y luego de la otra. Llevaba un maletín y rápidamente empezó a hacerles diferentes vendajes a Sofía y María. Otra mujer la ayudaba.

Uno de los hombres le tocó el hombro a José María y señaló con el dedo.

Era la madre de las niñas que llegaba corriendo. Sin haber visto nada aún, gritaba de tal manera que el sacerdote notaba cómo le hería por dentro.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. ¿Tiene marido?

—Lydia —contestó uno de los hombres—. Su marido fue asesinado por los bandidos.

—No puede ver esto —dijo José María.

Luego fue hacia las mujeres que se acercaban corriendo.

Intentó detener a Lydia, pero ella logró soltarse. No lograron pararla hasta que varios de los hombres que estaban allí la cogieron a la vez.

Pero era demasiado tarde.

Ya había visto a sus dos hijas tiradas en el camino.

Dejó de gritar.

Un aullido comenzó a salirle desde dentro.

José María no lo olvidaría nunca.

Los lamentos de Lydia le acompañarían el resto de su vida.

Las camillas estaban preparadas. Rut ya no podía hacer nada más, así que levantaron primero a María con mucho cuidado. Un ligero gimoteo era todo lo que se oía. Alguien le puso cuidadosamente una *capulana* por

encima y la fueron llevando hacia el camino grande, donde esperaba un camión.

Luego pusieron a Sofía en la otra camilla.

Cuando la levantaron se le desprendió el pie izquierdo y se quedó en el camino. Rut lo cogió con cuidado entre sus manos y lo dejó en la camilla. José María se dio la vuelta y vomitó.

Cuando llegaron al hospital en la ciudad José María creía que ya era demasiado tarde.

—Están muertas —dijo.

La hermana Rut negó con la cabeza.

—Están vivas —contestó—. Todavía respiran.

—¿Se salvarán? —preguntó José María.

—Debemos creer en que lo harán —respondió Rut.

José María asintió. Pensó en la madre de las niñas, Lydia, que se había quedado con las demás mujeres.

Sintió una mezcla de preocupación y rabia desconocida para él.

Pensó en que era sacerdote. Creía en Dios. Creía en un Dios que había creado el mundo y a los animales y a las personas, el mar y el sol, la luna y las estrellas. Un Dios que era bueno.

Entonces, ¿cómo podía ser eso posible? Dos niñas pobres, desgarradas, tendidas en un camino a primera hora de una mañana cualquiera.

Era como si Rut pudiera leerle el pensamiento. Lo cogió de la mano y sacudió la cabeza.

Sofía y María fueron trasladadas a otras dos camillas. El hospital era

pobre, José María lo sabía. Faltaba casi todo, en muchas de las camas ni siquiera había sábanas. Pero las enfermeras y los médicos eran buenos.

Una de las enfermeras se llamaba Celeste, otra, Marta. Muchas veces antes habían visto llegar al hospital a personas por culpa de la explosión de una mina.

Ahora miraban a Sofía y a María.

—Ya sé que no hay que pensar así —dijo Marta—, pero ¿no habría sido mejor que estas dos niñas hubiesen muerto?

—Probablemente lo hagan —contestó Celeste—. No podrán sobrevivir a estas heridas.

Justo en ese momento entró un médico que se llamaba Raúl. No había oído lo que habían dicho las dos enfermeras. Era joven y sentía la misma rabia que José María al ver lo que hacían las minas con pequeños y mayores.

Examinó a Sofía y a María concienzudamente.

A pesar de que María tuviese menos heridas, enseguida vio claro que era la que estaba más grave. La onda expansiva la había dañado de dentro hacia fuera. Sangraba por dentro, a diferencia de la otra niña, que había perdido un pie y tenía las piernas y el vientre desgarrados.

Las niñas fueron llevadas a otro sitio para que el médico pudiera operarlas enseguida. Se volvió hacia José María, que seguía allí. Rut había regresado para ocuparse de la madre de las niñas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor Raúl.

José María abrió los brazos.

—Sabían que no debían salirse del camino —dijo—. Aun así, esto pasa.

—Seguirá pasando siempre que queden minas —respondió el doctor Raúl. No intentó esconder su rabia.

—¿Sobrevivirán? —preguntó José María.

El doctor Raúl se quedó pensando un rato antes de contestar.

—No lo sé —dijo luego—. Probablemente no.

—¿Ninguna de las dos?

—Quizá la que ha perdido el pie. La otra niña tiene importantes heridas internas.

Después, el doctor Raúl estuvo operando junto con otros médicos durante varias horas.

Cuando acabaron, cansados y sudorosos, sabían que sólo les quedaba una cosa por hacer. Esperar.

María y Sofía estaban en dos camas la una muy cerca de la otra. La habitación estaba completamente en silencio. Una enfermera estaba sentada en una silla junto a la ventana. Volvía a amanecer, el sol ya había comenzado a alzarse sobre el horizonte y los tejados de la ciudad.

Dos médicos entraron en la habitación.

Sofía estaba dormida. Pero era como si de todos modos pudiera percibir lo que pasaba a su alrededor. Oía a dos hombres hablar. ¿Era su padre quien había ido? No, él estaba muerto, tenía que ser otra persona. ¿O quizá lo había soñado todo? No había llegado ningún monstruo aquella noche.

No sabía. En su sueño oía cómo hablaban los dos hombres. Hablaban en voz baja.

—Probablemente María no salga adelante —decía una de las voces—. Las heridas son demasiado graves. No logramos detener las infecciones.

—Es fuerte —decía la otra voz—. Las dos lo son.

—Tendremos que esperar. Es todo lo que podemos hacer.

Sofía oyó que las voces cesaban y luego unos pasos que desaparecían. Desde el fondo de la oscuridad intentó comprender lo que había oído. Pero las olas de dolor que iban y venían la mecían en un mar oscuro, subterráneo.

Era como si le ardiese fuego por dentro. ¿Por qué le dolía tanto? ¿Qué había pasado? Lo último que recordaba era que ella y María iban de camino al campo a trabajar. María llevaba su vestido blanco. Sofía se había enfadado con ella por eso. Lo ensuciaría en el campo. Habían corrido y se habían empujado, lo podía recordar. Empujado y reído y corrido.

Después todo había desaparecido.

Se mecía en el mar oscuro y el fuego seguía ardiendo en su interior.

De pronto le pareció oír que María la llamaba. Pero no podía ver. Escuchó mientras se balanceaba. Ahora lo oía con seguridad. Era María quien llamaba.

De un empujón salió a la superficie. Los fuegos le seguían ardiendo por dentro. Le hacía tanto daño. Pero abrió los ojos. No tenía ni idea de dónde estaba. La habitación era extraña. No era la choza. Paredes lisas, altas, blancas. Desde una puerta entraba una luz tenue que iluminaba la habitación. Cuando giró la cabeza, con cuidado, porque cualquier movimiento le causaba un gran dolor, vio a una mujer vestida de blanco sentada en una silla junto a la ventana y con la barbilla apoyada en el pecho. Podía ver que era una enfermera por la cofia blanca que llevaba en la cabeza. Estaba dormida. Sofía giró la cabeza otra vez. Al lado de la suya había otra cama y ahí estaba María. La luz de la puerta iluminaba su

cara pálida.

De repente María abrió los ojos y la miró.

—Quiero irme a casa, Sofía —dijo—. Me duele tanto.

Sofía alargó el brazo a pesar de que los dolores la traspasaban. Pero sabía que debía hacerlo. Si no, María se levantaría de la cama y se iría. Se quedaría allí sola. Sin contar a la mujer dormida junto a la ventana, sería la última persona sobre la Tierra.

Su mano alcanzó a María. Sofía la agarró.

—Me duele tanto —dijo María—. Me quiero ir a casa.

—Es de noche —dijo Sofía—. Mañana nos iremos a casa.

Pero María se incorporó en la cama.

—Yo me voy ahora —dijo.

Luego se tumbó. Miró a Sofía.

Después cerró los ojos.

En ese mismo instante Sofía supo que María había muerto. Su mano se estremeció. Y entonces se fue.

Sofía gritó.

La mujer de la ventana se despertó y se puso de pie. Encendió la luz y miró a Sofía. Luego miró a María.

Intentó separar la mano de Sofía. Pero ella no soltaba a María.

Luego desapareció de nuevo absorbida por la oscuridad. Allí, en alguna parte, estaba María, lo sabía.

Pronto sería por la mañana otra vez.

Entonces todo sería como siempre. Irían corriendo al campo donde su madre Lydia ya estaría de rodillas con su pico.

Luego sería por la tarde e irían a la escuela.

Todo sería igual que siempre.

Sólo se tenían que apagar los fuegos que tenía dentro.

No llegó a ver que entraban unas personas vestidas de blanco en la habitación. No llegó a ver al doctor Raúl quieto junto a la cama de María y negando con la cabeza.

No llegó a ver cómo ponían a María en una camilla y se la llevaban.

No llegó a ver que la habían tapado con una sábana limpia y sin usar.

Una sábana que el doctor Raúl había cogido de su propia casa. No quería que María fuese cubierta con telas sucias y destrozadas.

La siguiente vez que Sofía se despertó ya era de día. El sol entraba resplandeciente por la ventana. Podía oír coches en el exterior.

Inmediatamente advirtió que María no estaba. Su cama estaba vacía.

Recordaba vagamente lo que había ocurrido la noche anterior.

«María se ha ido a casa», pensó. «Me ha dejado aquí. Sola. ¿Por qué lo habré hecho?»

Una enfermera entró en la habitación.

—¿Dónde está María? —preguntó Sofía.

—María está muerta —dijo la enfermera.

Sofía meneó la cabeza.

—Se ha ido a casa —dijo Sofía—. No está muerta.

En ese mismo momento entró el doctor Raúl. Sofía no sabía su nombre. Parecía amable. Pero su cara reflejaba cansancio.

—¿Dónde está María? —preguntó Sofía.

El doctor Raúl se agachó con cuidado junto a su cama.

—Tu hermana estaba muy cansada —dijo—. Tenía heridas tan graves que al final sólo quería dormir. Ahora lo está haciendo. Ya no le duele más. Creo que debemos alegrarnos por eso. A pesar de que estemos tristes porque se haya ido. Tenía tanto dolor, Sofía. Por eso ha muerto María.

Sofía le miró profundamente a los ojos.

Él le pasó con suavidad la mano por la frente.

—Tu madre Lydia está ahí fuera —dijo—. Voy a buscarla.

El doctor Raúl dejó la habitación y cerró la puerta. Fuera, en el pasillo, Lydia estaba sentada en el suelo, encogida, destrozada. A su lado estaba José María. El doctor Raúl se sentó en cuclillas delante de Lydia.

—Ahora debes pensar en Sofía —dijo—. Ve con ella. Pero no llores, ni grites. Piensa que Sofía está muy enferma.

Lydia asintió. José María tuvo que levantarla del suelo. Luego la sujetó hasta entrar en la habitación donde estaba tumbada Sofía.

Apenas se dijeron nada. José María se mantuvo aparte. Veía cómo Lydia acariciaba a Sofía. Y Sofía seguía su cara con los ojos.

Después, Lydia se fue. En el pasillo se desmayó.

Dos días más tarde los doctores le amputaron a Sofía la pierna derecha justo por encima de la rodilla. No la habían podido salvar. Todavía creían que podría mantener la otra pierna, a pesar de estar también gravemente herida.

Cuatro días más tarde, el doctor Raúl comprendió que la otra pierna tampoco se podría salvar. Al día siguiente la amputó por debajo de la rodilla.

Sofía todavía no sabía que ya no tenía piernas.

La noche siguiente a la segunda operación estaba tumbada meciéndose en la mar subterránea. Los fuegos comenzaron a arderle por dentro. Dos enfermeras entraron en su habitación. Oyó los pasos, notó cómo levantaban la sábana y tocaban su cuerpo.

Luego oyó que hablaban entre ellas.

—Quizá lo mejor para ella habría sido morir, como su hermana —dijo una de las voces.

—¿Qué vida le espera de ahora en adelante? —contestó la otra voz.

Luego se hizo el silencio en la habitación. Los pasos se desvanecieron, la puerta se cerró.

Sofía abrió los ojos.

¿Era de ella de quien habían estado hablando? ¿Por qué sería mejor que ella también muriese? ¿Por qué no bastaba con María?

Notó que pasaba algo raro con su cuerpo. No eran sólo los fuegos lo que quemaba. Lenta y cuidadosamente deslizó su mano por el pecho y la barriga, por encima de todas las vendas, y siguió bajando por una pierna.

A la altura de la rodilla se acababa. Su pierna no estaba.

«La han cortado», pensó aterrorizada.

«Me han quitado una de mis piernas.»

Sofía estaba otra vez sentada mirando la entraña del fuego.

Lo hacía en el sueño. Pero todo era tan real que incluso le pareció notar el olor de madera quemada, hierba y tierra.

Esta vez no buscó el secreto del fuego. Ahora buscaba la cara de Muazena entre las llamas. Le quería preguntar acerca de la pierna que había desaparecido, la pierna que alguien le había quitado.

Pero la cara de Muazena no estaba. Estuvo mirando el fuego hasta que sólo quedaron las brasas. Y luego, oscuridad.

Cuando se despertó era un nuevo día. El dolor iba y venía en oleadas. De nuevo palpó con la mano debajo de la sábana. La pierna no estaba. En la rodilla sólo había un muñón, tapado con vendas.

Estaba muy cansada. El dolor latía y golpeaba. Estaba demasiado cansada como para pensar en lo que había ocurrido realmente con su pierna. Era como si hubiese corrido muchísimo y necesitase recuperar el aliento. Quizá había corrido tan deprisa que la pierna se había quedado atrás. Quizá pronto volvería a estar en su sitio debajo de la rodilla otra vez.

El doctor Raúl entró en su habitación. Esta vez lo reconoció, aunque no sabía quién era. Siempre se agachaba junto a su cama de manera que su cara quedaba cerca de la suya. Sonreía. Sofía pensó que parecía muy cansado. ¿No había ninguna cama en la que se pudiera estirar y descansar?

—¿Cómo te encuentras, Sofía? —preguntó.

—Alguien se ha llevado mi pierna —contestó ella.

Hablaba tan bajito que apenas pudo oír lo que había dicho. Se inclinó hacia ella y le pidió que volviera a decirlo.

—Me falta una pierna —dijo Sofía.

Él miró en los ojos cansados de la niña. Le miró la cara, llena de heridas por la explosión. De nuevo sintió rabia en su corazón. «Una niña a quien se le ha privado de la capacidad de correr», pensó. «Una niña africana que nunca más volverá a bailar.»

Comprendió que ella creía que sólo era una pierna la que le faltaba. Todavía no se había dado cuenta de que también le habían tenido que quitar la otra.

La miró y pensó que debía decírselo. Era mejor que dejarla descubrirlo por sí misma en soledad.

Anhelaba no tener que hacerlo. Anhelaba no tener que volver a ver nunca a una niña como Sofía en una cama de hospital, desgarrada por una mina.

De todos modos, ya había empezado a creer que esa niña sobreviviría. Todavía había riesgo de sufrir alguna infección, pero, aun así, creía que se podría salvar. Había una fuerza asombrosa en aquella niña. Probablemente ni él mismo podría haber llegado a comprender del todo el sufrimiento que ella estaba padeciendo. Pero era fuerte.

Pensó que la fuerza no era un hombre capaz de levantar cien kilos por encima de su cabeza.

La fuerza era una niña que sobrevivía tras pisar una mina.

Había oído de las enfermeras que Sofía gritaba muy pocas veces. Soportaba lo que debía de hacer muchísimo daño.

El doctor Raúl se inclinó junto a ella.

—No es sólo una de tus piernas la que no está —dijo—. Tuvimos que amputarte la otra. Si no, nunca habrías podido sanar. Pero te puedo asegurar que tendrás dos bonitas piernas ortopédicas. Y podrás caminar otra vez, Sofía. Te lo prometo. Vas a tener dos piernas nuevas. Serán tus mejores amigas para el resto de tu vida.

Observó su cara.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —le preguntó.

Sofía no dejó de mirarle. Con la otra mano se tocó el cuerpo. Su otra pierna tampoco estaba. Miró al doctor Raúl.

—Quiero tener mis piernas otra vez —dijo.

—Tendrás unas piernas nuevas —contestó el doctor Raúl.

—No quiero unas nuevas —dijo—. Quiero las mismas que tenía antes.

Luego no tuvo fuerzas para decir nada más. El dolor se hizo demasiado intenso. Una enfermera le dio algo de beber. Pronto se quedó dormida otra vez.

En sus agitados sueños María seguía viva. Pero las imágenes estaban entrecortadas y desordenadas. El vestido blanco colgaba de la cuerda de tender de José María. Había muchos vestidos blancos pero ninguna sábana. Totio pedaleaba en su máquina de coser, Lydia machacaba grano. Sofía buscaba todo el rato a María. Siempre estaba desaparecida, siempre era invisible. Sabía que María estaba allí pero no podía verla.

A veces cuando se despertaba, los dolores se habían ido casi del todo. Si se quedaba tumbada sin moverse en absoluto se sentía casi bien.

Fue entonces, cuando el dolor se hubo detenido por un momento, cuando pensó que tenía que hablar con José María. Le explicaría que

había sido ella quien había cogido la sábana. Si confesaba, seguramente él la ayudaría a recuperar sus dos piernas.

Solía ir al hospital un par de veces a la semana junto con Lydia. Normalmente entraba él solo en su habitación antes de ir a buscar a Lydia, que se quedaba esperando en el pasillo.

La siguiente vez que fue a visitarla, ella le contó las cosas tal como habían sucedido.

Al principio él creyó que deliraba. ¿De qué sábana hablaba? ¿Un vestido blanco para María?

Luego comprendió que había cogido una sábana de su tendedero. Con la que había hecho un vestido blanco para María, que ahora estaba muerta.

José María podía recordar los restos de tela blanca en el cuerpo de María cuando la encontró caída hacia delante en el camino después de que la mina hubiese explotado. Pero nunca se había dado cuenta de que hubiese desaparecido una sábana.

Pudo ver que Sofía tenía miedo, por eso era importante que él se tomase sus palabras en serio.

—No pasa nada —dijo—. No debes pensar en eso ahora.

—Entonces, a lo mejor puedo recuperar mis piernas —dijo Sofía.

José María se conmovió. Era una niña curiosa la que tenía allí delante, en la cama, pequeña y pálida. Pensó que incluso las personas negras pueden palidecer de tristeza y dolor.

—Vas a tener unas piernas nuevas —dijo—. Las que tenías antes no podían aguantar más.

Luego salió al pasillo y fue a buscar a Lydia.

—Sabe que le faltan las dos piernas —le dijo—. Es importante que

recuerdes que tendrá unas piernas nuevas.

Lydia estaba sentada en el pasillo lleno de gente.

—¿Cómo se las va a arreglar? —se quejó—. Nosotras que somos tan pobres.

—Primero se va a poner bien —dijo José María—. Luego pensaremos en el futuro. Ahora, ve con ella. No llores. No grites. Cuéntale que todo el poblado está esperando a que vuelva.

Para Lydia siempre era igual de difícil visitar a Sofía. Ver su cara de sufrimiento, pensar que debajo de las sábanas no estaban sus piernas. Y que ella no podía hacer nada. ¿Y cómo sería la vida después, con Sofía sin piernas en casa, en el poblado? Podía pensar que lo había perdido todo en la vida. Una vez había sido joven, igual de joven que Sofía. Había conocido a Hapakatanda, habían vivido una buena vida juntos. Luego los bandidos habían salido de la noche y todo había cambiado. Después de aquello habían estado huyendo. Cuando por fin creía que podría empezar una nueva vida con sus hijos, la desgracia les había golpeado de nuevo.

¿Acaso no se iba a acabar nunca? ¿El resto de su vida no iba a ser otra cosa que temor y sufrimiento?

Sofía siempre se alegraba cuando su madre Lydia iba a verla. Ella hubiera deseado no tener que estar nunca sola en su habitación. Tampoco tenía fuerzas para hablar demasiado. Pero escuchaba a Lydia, a quien no le importaba hablar mucho y seguido. Le hablaba de Alfredo, le contaba que el maíz ya estaba listo para la recolección. Pero no decía nada de María. Al final, cuando ya no tenía más palabras, se hacía el silencio en la habitación. Una mosca solitaria zumbaba por encima de la cara de

Sofía. Lydia, que había estado sentada en el suelo a su lado, se levantaba y le acariciaba suavemente una mejilla.

—Volveré pronto —dijo.

Sofía asintió. Cuando movía la cabeza volvían los dolores. Tuvo que armarse de valor para no gimotear. No quería que Lydia la oyese.

La misma noche en que Sofía estaba tumbada sola y se mecía en las marejadas subterráneas, y Lydia se acurrucaba con Alfredo en el suelo de la choza, José María estaba sentado en la cama de su habitación con un pequeño crucifijo en la mano. Una lámpara solitaria ardía en el cuarto.

José María era sacerdote. Creía en Dios. Había crecido en Brasil, hacía mucho tiempo. Fue entonces cuando decidió hacerse sacerdote. Muchos años más tarde fue enviado como misionero a la lejana África, a la tierra en la que había una guerra civil y muchas personas estaban expuestas a un gran sufrimiento.

Habían pasado muchos años desde entonces. José María pensaba a veces que tenía problemas con su Dios. Le costaba entender todo lo que ocurría con las personas.

¿O acaso era al revés? ¿Era Dios quien tenía problemas con José María?

A veces se quedaba sentado con el crucifijo en la mano intentando hablar con Dios.

Precisamente esa noche le habló de Sofía. Trataba de comprender por qué una niña tan pequeña tenía que padecer como ella estaba padeciendo. ¿Por qué tenía que haber muerto su hermana?

Le pareció oír una voz cansada en su interior. Era como si fuera él mismo quien hablaba, pero como un hombre muy mayor. La voz era vieja y rota, las palabras incomprensibles como un murmullo desvanecido.

«Dios es un misterio», pensó. «El silencio que me encuentro es la propia duda de Dios.»

José María estuvo sentado con el crucifijo en su mano hasta muy entrada la noche.

Después apagó la lámpara.

Pasaron unas pocas semanas. Sofía se mecía cada vez menos en las marejadas subterráneas. El dolor se hizo más soportable. A veces podía sentir hambre y ya empezaba a incorporarse en la cama para comer. Un día en que estaba sola en la habitación, apartó la sábana y comprobó con sus propios ojos que sus piernas no estaban. Las rodillas estaban envueltas en unas vendas grandes.

Había algo peculiar con esas piernas que ya no seguían allí. Era como si de todos modos pudiese sentir las, bajando hasta los pies.

«Me están llamando», pensó.

«Están igual de solas que yo.»

Ese mismo día le preguntó al doctor Raúl qué había pasado con sus piernas.

Él se sorprendió con su pregunta. Al mismo tiempo, con Sofía había aprendido que siempre era mejor decir las cosas tal como eran.

—Tus piernas estaban muertas —dijo—. Ellas estaban muertas, pero tú sigues viva. Las quemamos. Luego las enterramos.

Sofía pensó largo rato en lo que le había dicho.

—Espero que las enterrarais al lado de María —dijo.

El doctor Raúl asintió lentamente con la cabeza.

—Sí —dijo—. Las enterramos al lado de María.

Al día siguiente Sofía se pudo levantar por primera vez. No sabía cuánto tiempo había estado tumbada en la cama. Esperaba que hubiese pasado mucho tiempo. Le era más fácil pensar en María si el tiempo se le había alejado después de un largo recorrido. Una de las enfermeras la levantó y la puso en una vieja silla de ruedas, oxidada y torcida. Luego atravesó la puerta con Sofía. El pasillo estaba lleno de personas enfermas. Olía a moho por el sudor y las heridas.

—Necesitas aire —dijo la enfermera, que se llamaba Mariza.

Salieron a la acera delante del hospital. Sofía miraba sorprendida todos los coches que pasaban por la calle, las casas altas, toda la gente que se apresuraba en todas direcciones. Mariza dejó la silla de ruedas junto a la pared del edificio.

—Aquí puedes estar sentada y mirar —dijo sonriendo—. Vendré después a buscarte.

Le envolvió las piernas con una manta sucia. Sofía pensaba que ahora nadie podía ver que no tenía piernas.

Luego se quedó sola.

No recordaba haber llegado a la ciudad. Lo último de lo que se acordaba era que ella y María habían ido corriendo por el camino hacia los campos.

De repente se dio cuenta de que no tenía la menor idea de lo que había pasado. ¿Por qué estaba muerta María? ¿Por qué ya no tenía piernas? ¿Por qué nadie le había explicado lo que había ocurrido?

¿Habían vuelto los bandidos?

Los pensamientos iban y venían mientras estaba sentada en la silla de

ruedas junto al hospital. A su alrededor había mujeres sentadas sobre la acera con sus productos esparcidos. Algunas de ellas se habían hecho mesitas de cartón. Vendían naranjas y manzanas, cebollas y guisantes, trozos de chocolate y mazorcas. Algunas también tenían latas de cerveza. De vez en cuando había alguien que se paraba y compraba. Hablaban entre ellas todo el tiempo, daban de mamar a sus hijos y ordenaban sus productos.

De pronto se percató de que alguien estaba hablando con ella, en su propia lengua. Era una mujer que estaba sentada a su lado. Le alcanzó media naranja. Sofía negó con la cabeza, no tenía dinero con que pagar. Luego comprendió que le regalaba la naranja. La cogió.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la mujer, que era joven y tenía una sonrisa brillante.

—No lo sé —respondió Sofía—. Algo le pasó a mis piernas. Y María murió.

—¿Era tu madre?

—Mi hermana.

—*Yo Mammanó, inó* —se quejó la mujer—. La guerra mata a todo el mundo. ¿Cómo te llamas?

—Sofía Alface.

—Yo me llamo Miranda —dijo la mujer—. Voy a ser amiga tuya.

La naranja supo mejor que todo lo que Sofía había probado en su vida. Miró a la mujer y de repente no pudo dejar de reír.

Pero sonaba extraño.

Parecía que casi se hubiese olvidado de lo que era reír.

Aquella semana Mariza la dejó fuera una vez por la mañana y otra por la tarde. Miranda estaba allí cada día. A veces el doctor Raúl salía a la calle

a fumar un cigarrillo. Un día le dio unos billetes a Miranda.

Como seguía dándole naranjas a Sofía, comprendió que era el doctor Raúl quien las pagaba.

Pronto Sofía conoció a todas las mujeres que estaban a su alrededor en la calle. La llamaban cuando Mariza salía con la silla de ruedas y a veces, cuando tenían un cliente que atender, la dejaban sostener a alguno de sus bebés sobre las rodillas. También estaba en la calle cada vez que su madre Lydia y José María iban a visitarla.

Un día Mariza fue a buscarla más temprano de lo habitual.

—Ahora vas a conocer a Mestre Emilio —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—Es quien te está haciendo tus piernas nuevas —dijo Mariza.

Mestre Emilio estaba en una habitación repleta de brazos, piernas, pies y manos. Al principio a Sofía le pareció horrible estar allí dentro, pero Mestre Emilio era un hombre risueño, le recordaba a Totio, que, cogiéndola de la mano, le dijo que todo saldría bien. Iba a hacer un par de piernas bien bonitas para Sofía, de plástico iban a ser, y con zapatos negros.

Luego, con la ayuda de Mariza, le fueron quitando las vendas con cuidado. Sofía vio por primera vez las heridas de las rodillas. Todavía no estaban curadas. Se mareó y apartó la mirada. Mestre Emilio tomaba medidas con una cinta y apuntaba cifras en una libreta. Después le pusieron las vendas otra vez.

—Pronto probarás a caminar otra vez —dijo Mestre Emilio—. Será pesado y molesto. Pero lo conseguirás.

Sofía asintió.

—Porque quieres volver a caminar, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Sofía.

Pero en lo más profundo no sabía lo que quería. Había días y noches en que sólo pensaba en María. María, que estaba muerta, que nunca más existiría. Aunque le diesen un par de piernas ortopédicas no podría volver a correr, no podría volver a bailar. Estaría obligada a llevar muletas.

Quizá era mejor que ella también muriese. Sus piernas ya estaban en la tierra esperándola.

No le dijo nada a nadie acerca de sus pensamientos. Ni a su madre Lydia, ni a José María, ni al doctor Raúl.

Un día el doctor Raúl entró en su habitación pronto por la mañana.

—Hoy te trasladaremos —dijo—. Necesitamos esta habitación para otras personas que están más enfermas que tú.

Como de costumbre, se había agachado junto a su cama.

—Te vas a poner muy bien —dijo—. Nadie puede hacer piernas tan bonitas como las que hace Mestre Emilio. Ahora intentarás caminar otra vez.

—¿Me voy a casa? —preguntó Sofía.

El doctor Raúl negó con la cabeza.

—Está demasiado lejos —contestó—. Tienes que seguir aquí en la ciudad durante un tiempo, hasta que tus piernas estén listas y puedas caminar bien. Está demasiado lejos para ir a buscarte cada día.

Bien entrada la tarde, Mariza fue a buscarla. La sacó en la silla de ruedas oxidada. Un coche la estaba esperando. La metieron dentro.

—Mañana te veo otra vez —dijo Mariza.

El coche avanzaba por la ciudad. Sofía tenía miedo. No sabía adónde se dirigía. ¿Y si simplemente desaparecían entre toda la gente, ella y la silla de ruedas? Nadie la encontraría. Intentó memorizar el camino que llevaban. Pero la infinidad de calles de la ciudad la atontaban. Al final ya no sabía en qué dirección estaba el hospital.

Por fin el coche cruzó entre las verjas que daban a un patio donde había varias casas grandes. El coche se detuvo. El conductor las sacó a ella y a su silla de ruedas.

—Aquí vivirás —dijo—. Cada mañana vendrá un coche y te llevará al hospital. Allí aprenderás a caminar.

El coche se fue. Sofía estaba sentada en la silla. En las rodillas tenía una naranja que Miranda le había dado.

Miró a su alrededor.

No se veía a nadie por ningún lado.

Estaba sola. El sol ya se estaba poniendo.

Pronto sería de noche.

Estaba abandonada.

Sofía estuvo sentada en su silla de ruedas toda la noche.

Sobre su cabeza brillaba y chisporroteaba el cielo estrellado. De vez en cuando dormía un poco. Se había pasado la manta por la cabeza. Cada vez que se despertaba de su intranquilo sueño se preguntaba dónde estaba.

«Olvidada», pensó. «Rechazada. Necesitaban mi cama en el hospital. Lydia no volverá a encontrarme nunca. La silla se hundirá en la tierra.»

Sofía no le tenía miedo a la oscuridad. Pero tenía miedo de no poder moverse. Cuando la oscuridad cayó intentó desplazar la silla de ruedas. Pero las ruedas estaban tan torcidas que no se movieron ni un milímetro. En el fondo pensaba que alguien aparecería. Pero cuando se hizo de noche y los sonidos de la ciudad fueron poco a poco desapareciendo comprendió que se quedaría donde estaba durante toda la noche.

Pensó que se podía bajar de la silla y arrastrarse hasta debajo de alguno de los árboles que estaban junto a la casa. Pero se quedó en el sitio. Sentía picores en las rodillas debajo de las vendas.

Para sentirse acompañada estuvo cantando durante toda la noche. Pensaba que si cantaba muy fuerte María la podría oír desde donde estaba, abajo en la tierra. Cantó todas las canciones que se le ocurrieron. Cantó alto y bajo, rápido y despacio, una y otra vez. Atenuaba su miedo a estar sola. Hacía también que dejara de pensar en lo que ocurriría cuando la noche hubiese pasado.

Se acordó de cuando era muy pequeña. Algunas veces por la noche Hapakatanda les había enseñado las estrellas a ella y María. Les había enseñado cómo se podían ver diferentes formaciones que parecían animales. También les había dicho que escogieran una estrella cada una.

—Hay una estrella para cada persona —les había dicho—. Brillará mientras estéis vivas. Cuando un día muráis y vayáis con vuestros antepasados la estrella desaparecerá.

Sofía recordaba que le había preguntado si también se enterraban las estrellas que caían. Hapakatanda se había sorprendido por su pregunta.

—Nunca he pensado en eso —dijo—. Pero seguramente sí se hace.

Tras la larga noche al fin llegó el amanecer como una tenue línea de color rojo claro justo por encima del horizonte. Y de repente era pleno día. La ciudad había vuelto a la vida otra vez. A lo lejos oía autobuses y coches, una radio encendida en una casa.

Finalmente llegó una persona. Era una mujer grande y gorda. Se detuvo delante de Sofía, allí donde estaba, en su silla de ruedas.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí sentada?

—Me llamo Sofía. Llegué ayer.

La mujer meneó la cabeza.

—No tenías que venir hasta hoy —dijo—. ¿Has estado aquí toda la noche?

Sofía asintió.

La mujer unió las manos de golpe. Estaba enfadada.

—No hay ningún orden en el hospital —dijo—. ¿Cómo pueden venir y dejarte aquí un día antes de lo previsto, sin más?

—No lo sé —dijo Sofía.

—¿Y has estado aquí fuera toda la noche?

—Sí —dijo Sofía.

—Pobre criatura —dijo la mujer—. Voy a enseñarte dónde vivirás. Y después te daré comida. Me llamo Verónica y trabajo aquí.

Cogió la silla con fuerza y empezó a moverla. Las ruedas torcidas avanzaban por el terreno irregular del jardín. Cruzaron otra verja y pasaron a otro jardín. Allí había una casa alargada con un porche abierto bajo un techo saliente. Había una larga hilera de puertas abiertas. Verónica empujaba la silla de ruedas. Delante de cada puerta había una persona sentada. Sofía vio que todos eran muy mayores y estaban enfermos. Muchos tenían vendas sucias en diferentes partes del cuerpo, otros no tenían piernas, ni manos, ni dedos. Olía mal y Sofía se preguntaba qué iba a hacer allí. Verónica se detuvo al final del porche, delante de una puerta que estaba cerrada.

—Aquí vas a vivir —dijo abriendo la puerta.

Sofía miró dentro, una habitación oscura. Había dos camas de hierro, sin colchones.

—¿Voy a vivir aquí sola? —preguntó Sofía.

—Cuando hayas aprendido a caminar podrás ir a casa con tu madre —dijo Verónica—. Enseguida podrás comer algo.

Sofía se bajó de la silla. Pensó que se había vuelto pequeña otra vez, antes de aprender a caminar. Se arrastró tras el umbral. Estaba allí sentada en el suelo mirando a su alrededor. En la habitación no había nada más aparte de las camas. Una plancha de madera tapaba un hueco en la pared donde anteriormente había habido una ventana. De repente una rata brincó en una de las esquinas y salió corriendo por la puerta. Sofía se

deslizó hasta la cama. Nada más entrar en la habitación comprendió que no podía gatear. Si lo hacía se romperían las vendas. La única manera que tenía de avanzar era deslizándose de lado. Logró subirse a la cama y se tumbó sobre los muelles oxidados. Le picaban la espalda y la nuca. Pero estaba cansada por la larga noche en la silla de ruedas. Estaba demasiado cansada para pensar. Se durmió al instante.

Cuando se despertó tenía todo el cuerpo dolorido. En el suelo junto a la cama había un plato con gachas de maíz frías y un trozo de corteza de tocino. Se bajó de la cama y se llevó el plato hasta la entrada. Un hombre viejo sin ojos se deslizó por delante de su puerta. Lo siguió con la mirada. Desapareció por una puerta al fondo de la casa alargada. Sofía supuso que era allí adonde se debería dirigir para hacer sus necesidades.

Tenía hambre y empezó a comer. Pero la comida sabía tan mal que tuvo que obligarse a tragarla. Pensó que a lo mejor estaba prohibido no comérsela. Quizá la dejarían otra noche sentada en la silla como castigo.

Cuando hubo acabado la comida dejó el plato a un lado y se quedó sentada en la puerta. Se miró las vendas sucias y se sintió muy triste.

No quería vivir en la habitación oscura. Aunque no pudiese caminar quería ir a casa con su madre Lydia y Alfredo. ¿Por qué iba a vivir ahí, entre un montón de gente mayor y enferma que no conocía?

«Aquí ni siquiera hay un fuego», pensó. «No hay llamas a las que pueda mirar.»

«No sólo me han quitado las piernas.»

«También se han llevado todos los secretos del fuego.»

Cuánto tiempo pasó sentada en la puerta, no lo sabía. Cuando Verónica llegó meciendo su gran cuerpo para recoger el plato vio que Sofía estaba triste. A pesar de tener muchas cosas que hacer —era ella quien preparaba la comida para viejos, pobres y enfermos—, se sentó, acurrucó a Sofía junto a ella y la abrazó contra su cuerpo.

—Ahora estás triste —dijo—. No tienes piernas, no puedes caminar. Tu hermana se ha ido y aquí no conoces a nadie. Te preguntas qué va a ocurrir. Y tuviste que pasar una noche a solas en la silla de ruedas. La comida tampoco sabe bien, a pesar de que procuro hacerlo lo mejor que puedo con lo poco que tengo. Estás triste y no tienes ni idea de lo que va a suceder. ¿No es así?

Sofía se sentía como en un tornillo de sujeción entre sus grandes brazos. Asintió suavemente con la cabeza en señal de afirmación. Era agradable al mismo tiempo. Podía notar el corazón de Verónica.

—Será más fácil dentro de unos días —dijo—. Y tienes que aprender a caminar otra vez. Debes quedarte aquí para que te den unas piernas nuevas.

Cuando Verónica se hubo marchado, Sofía se sintió mejor. No mucho, pero sí algo, al menos.

A la mañana siguiente Verónica la despertó temprano. Sofía tenía el cuerpo débil por haber dormido sobre los muelles de hierro. Durante la noche se había despertado una vez con una rata corriéndole por encima.

—Si al menos tuvieras un colchón en el que dormir —dijo Verónica—. Pero aquí no tenemos nada. Debemos estar contentos de tener comida.

Sofía se deslizó hasta la bomba de agua que había en el jardín y se lavó. Luego subió a la silla de ruedas. Verónica la llevó al jardín de fuera,

donde un coche la recogió.

Cuando Sofía llegó al hospital la llevaron a una sala con espejos a lo largo de una pared. Sobre el suelo había diferentes barandillas de madera. Allí había personas de todas las edades deambulando y aprendiendo a caminar por segunda vez en su vida. La mayoría tenía sólo una pierna ortopédica, unos pocos tenían dos. Sofía estaba en la silla de ruedas y los miraba. ¿Podría llegar a aprender?

De pronto alguien le tocó en el hombro. Cuando giró la cabeza vio a Mestre Emilio que le sonreía.

—Ya es la hora —dijo y alzó dos palos de madera delante de ella. En la parte de arriba había unas correas. En la de abajo, dos zapatos enganchados.

—Empezarás con éstas —dijo—. Primero tus rodillas tienen que acostumbrarse a ser tus nuevas piernas. Al principio te dolerá. Te saldrán heridas. Pero dentro de unos meses estarán curadas.

Mientras Mestre Emilio hablaba, otro hombre con una bata blanca se había acercado a la silla de ruedas. Era mucho más joven que Mestre Emilio.

—Éste es Benthino —dijo Mestre Emilio—. Él es quien te va a ayudar hasta que puedas caminar otra vez.

Benthino le sonrió.

—Sofía —dijo—. Será mejor que nos hagamos amigos. Nos vamos a ver cada día durante mucho tiempo.

—Sí —dijo Sofía.

Le sujetaron los dos palos a sus rodillas. Luego la levantaron de la silla. Sintió que le dolían las rodillas. Pero aun así era como si hubiese querido cantar. Volvía a estar de pie. Benthino le dio dos muletas.

—Intenta dar un paso —dijo—. No te vas a caer. Tienes las muletas. Y yo estoy aquí. Te sujeto si te caes.

—¿Cómo lo hago? —dijo Sofía.

—Como de costumbre —dijo Benthino—. No pienses en que son un par de piernas de madera. Sólo camina como hacías antes.

Dio un paso. Se notaba tensa y rara. Era como cuando intentó ir en zancos. Las rodillas le dolían y las correas alrededor de los muslos le tiraban y le rozaban. Benthino la soltó. Él y Emilio se pusieron en la pared contraria.

—Ven hasta aquí —gritó—. Camina despacio. No te caerás.

—No puedo —contestó Sofía.

—Sí puedes —dijo Benthino.

Intentó dar un paso. Era como si levantara algo pesado que colgaba de su cuerpo. Primero una pierna, luego la otra. *Por dentro podía verse a sí misma y a María corriendo por el camino.* Siguiente pierna. Levantarla, ponerla delante de la otra. *Ahora corren. Juegan. Un juego nuevo que Sofía se ha inventado.* La otra pierna. Un paso adelante, apoyarse en las muletas, encontrar el equilibrio. *Tienen que correr y cerrar los ojos. Hace lo habitual cuando se inventa un juego nuevo. Lo prueba ella primero. Luego le cuenta a María lo que hay que hacer.* Otro paso. El palo de madera con el zapato negro arriba en el aire y hacia delante, las muletas en el suelo. *Cierra los ojos y corre. Pero el camino está mojado. Se resbala y tropieza, no puede parar.* Siguiente pierna. La muleta avanza, luego el pie, levantar el cuerpo, no perder el equilibrio. *Abre los ojos, se ha salido del camino. Está a la pata coja, se da la vuelta y ve a María. Sabe que no debe bajar el pie. Pero ya es demasiado tarde.*

Sofía se cayó.

Benthino reía. Él y Emilio la levantaron, recogieron las muletas, ataron una sujeción que se había soltado. De pronto vieron que Sofía tenía lágrimas en los ojos.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Benthino.

—Sólo estábamos jugando. Me tropecé.

Benthino no entendía lo que quería decir. Quería que lo volviese a intentar. Pero Mestre Emilio le puso la mano sobre el brazo y dijo que Sofía necesitaba descansar. Ya había visto aquello antes. Comprendió que Sofía acababa de darse cuenta de lo que realmente había pasado cuando explotó la mina.

—Hoy no caminamos más —dijo—. El doctor Raúl dijo que te gustaba estar sentada en la calle.

Sofía asintió. Sólo oyó a lo lejos lo que le había dicho. Pensaba en lo que había ocurrido, lo que podía comprender ahora por primera vez. Fue la explosión de una mina. Había estado jugando, había cerrado los ojos mientras corría.

Era ella quien había pisado la mina.

Era culpa suya que María hubiese muerto.

Estaba completamente fría por dentro. Sólo eran monstruos los que mataban a otras personas.

Mestre Emilio la llevó a la calle.

—Benthino vendrá a buscarte cuando sea hora de irse a casa —dijo—. Quédate aquí al sol y caliéntate.

Miranda estaba allí. Y todas las demás mujeres. Pero Sofía no quería hablar con nadie. Se pasó la manta sobre la cabeza. Quería ser invisible.

Así estaba cuando Benthino fue a buscarla. No contestó cuando le preguntó qué hacía debajo de la manta. Después de que el coche la hubiera llevado hasta el hogar de los viejos y Verónica la hubiera empujado hasta su habitación ella todavía seguía con la manta por encima de la cabeza. No quería comer nada. No se quitó la manta hasta que hubo entrado en su habitación y cerrado la puerta. Estaba

completamente vacía por dentro, igual de vacía que la oscura habitación en la que estaba, sentada en el suelo. Lo único en lo que podía pensar era que ya no quería seguir viva. Era culpa suya que María estuviese muerta.

«No saldré nunca de aquí», pensó. «Me quedaré aquí en el suelo hasta que me haga vieja.»

Se hizo de noche. Verónica entró con un plato de comida. Pero Sofía se pasó la manta por encima de la cabeza y no contestó cuando Verónica le preguntó si no tenía hambre. Verónica se fue y cerró la puerta tras de sí. Sofía no se molestó en quitarse la manta. Estaba inmóvil esperando a hacerse vieja.

La puerta se abrió otra vez. Pensó que era Verónica que volvía de nuevo.

Pero había algo diferente. No sonaba como los pasos de Verónica. Sofía permanecía debajo de la manta intentando descubrir quién era. Oyó que quien acababa de entrar en la habitación se había sentado sobre la otra cama. También oyó cómo se encendía una vela y notó el olor a humo y estearina traspasar la manta. Al final Sofía no pudo controlar su curiosidad y se quitó la manta.

En la otra cama había una niña de su misma edad. Sofía vio que le faltaba una de las piernas, la izquierda.

Se miraron.

—Me llamo Hortensia —dijo la niña—. ¿Tú cómo te llamas?

—Sofía.

—¿Tú también has perdido una pierna?

—Las dos.

Se hizo el silencio otra vez. Se miraron.

—¿Por qué estás debajo de la manta? —preguntó la niña.

Sofía no contestó. No sabía qué decir.

—Voy a vivir aquí —dijo Hortensia—. Mientras esté en el hospital para aprender a caminar con mi pierna nueva.

Sofía no podía creer que fuese verdad. ¿De veras no tendría que vivir más sola?

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó.

—No lo sé —respondió Hortensia—. Seguro que mucho tiempo.

Desde ese momento todo cambió para Sofía. Ya no tendría que estar sola.

Hortensia y Sofía se hicieron amigas. A veces Sofía llegaba a pensar que era como tener una nueva hermana. Nunca sería igual que con María, pero todo se hizo mucho más fácil con la llegada de Hortensia. Por las noches Sofía podía quedarse escuchando su respiración y luego saber que seguiría allí por la mañana. Iban al hospital juntas, practicaban juntas, se quedaban juntas con las mujeres que vendían naranjas. Se ayudaban a hacerse peinados, se inventaban canciones y hablaban de todo lo que las rodeaba.

Hortensia también había pisado una mina. Venía de muy lejos, tan lejos que su madre nunca podría ir a visitarla.

—Puedes tomar prestada la mía —dijo Sofía—. Lydia también tiene sitio para ti. Iba completamente en serio. Porque cuando Lydia iba de visita y veía lo contenta que estaba Sofía de que Hortensia estuviese allí, enseguida empezó a tratarla como si fuera su propia hija.

Los días pasaban deprisa. Aunque era pesado y difícil aprender a caminar

con unas piernas nuevas, ambas notaron que cada vez lo hacían mejor. Un día Sofía comprobó que se las arreglaba con una sola muleta. Mestre Emilio aparecía de vez en cuando para ver sus progresos. Y también para prometerle que sus piernas, tanto las de Sofía como la de Hortensia, pronto estarían acabadas.

Una noche Sofía le explicó a Hortensia que la muerte de María había sido culpa suya.

Hortensia negó con la cabeza.

—Tú no podías saber que había una mina justo allí —dijo—. No fue culpa tuya. Fue de la mina.

Cuando Sofía oyó lo que Hortensia le dijo decidió no taparse nunca más con la manta.

Hablaban de todo. Pero había un tema que nunca tocaban. Sabían que un día tendrían que separarse. Hortensia se iría a su casa y Sofía a la suya. Para Sofía la idea era inimaginable. No quería perder a Hortensia como perdió a María. Aunque Hortensia siguiese viva sería lo mismo. No se podrían ver nunca.

Todo fue más fácil para Hortensia, que sólo necesitaba una pierna nueva. Para Sofía era mucho más difícil. A veces llegaba a sentirse celosa de Hortensia, que sólo había perdido una de sus piernas. Pero se lo guardaba para sí. Nunca le dijo nada a nadie acerca de lo que sentía.

Un día, cuando ya habían vuelto al hogar para viejos y enfermos y estaban sentadas en la puerta esperando la comida, llegó un hombre y

dijo que Hortensia no necesitaba practicar más. Tenía que recoger sus cosas y marcharse al momento. La iba a conducir hasta un autobús que la llevaría a casa.

Apenas tuvieron tiempo de despedirse. Todo pasó tan deprisa. Sólo pudieron rozarse las manos. Después Hortensia ya no estaba.

Sofía estaba sentada en la puerta y la vio marchar. Dobló la esquina y desapareció.

Sofía cerró la puerta tras de sí.

Se había quedado sola otra vez.

Sofía no olvidó nunca a Hortensia.

Pero tampoco la volvió a ver.

Cada mañana cuando se despertaba se acordaba de que Hortensia no estaba allí. La cama estaba vacía. Le preguntó a Verónica si por casualidad iba a llegar otra niña. Pero Verónica no lo sabía.

La cama permaneció vacía.

Los días pasaban, lenta y pesadamente. A veces Sofía pensaba que el tiempo era tan curioso, unas veces existía y otras no; era como los hipopótamos tranquilos que había visto flotar en el río cuando ella y María lavaban la ropa.

A pesar de que Sofía quería aprender a caminar a cualquier precio y lo más rápidamente posible para poder volver a casa, se preguntaba a menudo cómo sería el futuro. No podría volver a correr ni bailar. Y pensaba que ningún hombre la querría cuando fuese mayor y quisiera tener hijos.

Los pensamientos le habían pesado menos cuando tenía alguien con quien compartirlos.

Un día sus piernas nuevas estaban listas. El doctor Raúl fue a buscarla a la sala donde practicaba con la ayuda de Benthino. Juntos fueron a ver a Mestre Emilio, que le sonrió señalando dos piernas que estaban apoyadas

contra una mesa.

—Déjame presentarte a tus dos nuevas amigas —dijo—. Van a estar contigo durante muchos años a partir de ahora. Como todavía estás creciendo, un día necesitarás piernas nuevas y más largas. Pero hasta entonces éstas serán tus mejores amigas.

Las piernas eran de plástico marrón claro. Eran gruesas como las piernas normales y tenían zapatos negros al final. Una era más larga que la otra, ya que se sujetaban en el muslo.

Entre los dos le pusieron a Sofía sus piernas nuevas. Al levantarse se dio cuenta de que le iban bien. Sólo le rozaba un poco en la pierna izquierda por debajo de la rodilla. Sofía pensó que si dejaba que la *capulana* le llegase hasta los zapatos nadie se daría cuenta de que tenía unas piernas que en realidad no eran suyas.

El doctor Raúl le dijo que paseara un poco por la habitación.

—¿Te duele? —preguntó.

Sofía negó con la cabeza.

—¿Me puedo ir a casa ya? —preguntó.

—Aún no —dijo el doctor Raúl—. Necesitas por lo menos otro mes aquí, para practicar. Pero después te irás a casa.

Esa noche Sofía probó diferentes maneras de colocarse la *capulana* para que las piernas ortopédicas no se pudieran ver. Anduvo de una punta a otra a lo largo del exterior de la casa y era casi como si todo fuese igual que antes. Los que no lo sabían no podían adivinar que las piernas eran de plástico.

Desde ese día Sofía no volvió a utilizar la silla de ruedas. Antes no se

ponía las piernas hasta llegar al hospital. Ahora lo hacía por la mañana y no se las quitaba hasta que se iba a dormir por la noche. Se las llevaba a la cama y las guardaba debajo de la manta por miedo a que alguien se las quisiera robar.

Una noche, después de haberse acostado y teniendo las piernas a su lado, pensó que debería ponerles nombre. Si era tal y como el doctor Raúl había dicho, lo de que eran sus mejores amigas, tenían que tener un nombre. Estuvo pensando en la oscuridad. ¿Cómo se le podía llamar a un par de piernas? Después de haber barajado un montón de nombres decidió que a la pierna derecha la llamaría Kukula y a la izquierda Xitsongo^[4]. También decidió no contarle a nadie los nombres que le había puesto a sus piernas. Pensó en lo que Muazena había explicado una vez: los secretos de cada uno se guardan mejor y más seguros estando delante de un fuego y lanzando los pensamientos como combustible para las llamas. Así se quedarían siempre allí, incluso cuando el fuego se extinguiera y muriese. Revivirían cuando un nuevo fuego llameara al día siguiente.

—El fuego no te abandona —había dicho Muazena aquella vez hacía mucho tiempo—. Guarda tus secretos y no se los revela a nadie.

A estas alturas su madre Lydia y José María iban cada vez menos a visitarla. Tenían mucho que hacer y a menudo Sofía se quedaba en la puerta esperando en vano a que aparecieran. A veces añoraba tanto que le dolía. No había nada más difícil de soportar. Si no le daban comida una noche podía paliar el hambre durmiendo. Pero la añoranza era peor.

De vez en cuando el doctor Raúl le daba unos billetes. Solía comprarse una naranja con el dinero. Pero un día tuvo una idea. Si se guardaba el

dinero tendría para pagarse una plaza en alguno de los viejos camiones oxidados que transportaban a la gente de un sitio a otro entre la ciudad y los poblados de alrededor. Les daría una sorpresa a su madre y a Alfredo si iba a casa a pasar un sábado y un domingo; de todos modos, esos días no estaba en el hospital practicando con sus piernas nuevas. Sabía que vivía en Boane. Si llegaba hasta allí sabría ir a su casa. Le preguntó a Verónica dónde podría encontrar los camiones que llevaban gente a Boane. Para que Verónica no sospechara que se quería ir y evitar así tener que negárselo, intentó preguntárselo como si en realidad no le interesara la respuesta. Verónica se lo explicó y Sofía tomó buena nota de lo que oyó.

Más o menos al cabo de una semana había reunido dinero suficiente. Decidió irse el sábado a primera hora de la mañana. Para que Verónica no se preocupara le diría a uno de los viejos enfermos que se iba a casa y que volvería el domingo. También se había guardado un poco del pan que le daban y que escondía en la cama envuelto en un trozo de papel. Los días antes de irse estaba nerviosa. ¿Y si se subía al camión equivocado? Quizá acabase en un lugar del que no supiera volver. Tampoco sabía cuánto tiempo iba a tardar.

Pero se había decidido. *Tenía que* ir a casa.

La noche antes de irse durmió mal. Como no sabía qué hora era tampoco podía saber lo que tardaría en salir el sol. Cuando ya no pudo aguantar más en la cama se levantó, se colocó las piernas y se vistió. Con cuidado abrió la puerta hacia la oscuridad. Hacía calor y el aire estaba quieto. Podía oír ronquidos y toses de las habitaciones donde dormían los viejos. Se sentó en la puerta y esperó al sol. Había atado el dinero y el pan en un fleco de la *capulana*. Repasó lo que Verónica le había dicho acerca de por

dónde debía ir para encontrar un camión que fuese a Boane.

Por fin vislumbró el primer haz de luz del nuevo día. Enseguida se abrió una de las puertas que daban al porche, un poco más allá. Un hombre mayor que se llamaba Manuel y era ciego salió a rastras y se sentó en la entrada. Era hora de irse. Sofía se puso de pie con ayuda de una de las muletas, cerró la puerta y empezó a caminar. Cuando llegó a donde estaba Manuel le dio los buenos días y le pidió que le dijera a Verónica que se había ido a casa.

—Qué bien que tengas un hogar —dijo Manuel—. Yo lo tengo aquí. Ni familia, ni nada.

Sofía sintió lástima por el viejo Manuel. Se preguntaba qué era peor, si estar obligado a vivir sin piernas o no poder ver.

Caminó lo más rápido que pudo, ya que quería estar fuera del jardín cuando llegase Verónica. También existía el riesgo de encontrársela, porque no sabía por dónde aparecería.

Ya era de día. Cuando cruzó la última verja ya había mucha gente de camino al trabajo. Tomó el polvoriento camino que Verónica le había indicado.

La chapa^[5] hacia Boane sale de la plaza frente a la catedral. Primero, tuerce a la izquierda, luego a la derecha y simplemente sigue recto, hacia abajo por la cuesta larga.

Sofía torció a la izquierda y luego a la derecha. Cuando iba a cruzar una calle varios coches le pitaron. Pero ella caminaba lo más rápido que podía. Enfadada le dijo a Xitsongo y a Kukula que se dieran prisa. De vez en cuando tenía que parar para recuperar el aliento. ¿Y si estaba tan lejos que le faltasen las fuerzas para llegar? Se puso a andar otra vez, con miedo de haber tomado el camino equivocado. El sol ya estaba en lo alto

del cielo, el sudor le caía por la cara. Pero apretó los dientes y continuó. No se rendiría, tenía que ir a casa.

Al fin llegó al lugar. Una gran iglesia blanca alzaba su torre al otro lado de una plaza. A lo largo de una acera había camiones de los que bajaba y subía gente. Otros iban llegando, cargados de gente que se sujetaba como podía. Los coches avanzaban a trompicones por la cantidad de personas que había en cada plataforma de carga. Sofía se preguntaba inquieta cómo iba a subir a uno de esos camiones tan altos. Y, si lo conseguía, ¿cómo lograría después bajar cuando el camión estuviese en Boane? Pero se espantó el miedo a la fuerza. No podía rendirse ahora. Probablemente Manuel ya le había dicho a Verónica que Sofía se había ido a casa. No podía cambiar de idea. Se acercó a una mujer sentada en la acera. Delante tenía una jaula con gallinas. Sofía le preguntó de dónde salían los camiones que iban a Boane. La mujer señaló con el dedo y al mismo tiempo le preguntó por qué llevaba muletas. ¿Se había caído y hecho daño? Sofía asintió. Se fue en la dirección que le había dicho la mujer y pensó que ésta no se había dado cuenta de que tenía dos piernas ortopédicas. Eso la puso contenta, fue como si le entraran nuevas fuerzas. Le preguntó a un chico que colgaba de un camión llamando a los pasajeros si se dirigían a Boane.

—Matola y Boane —gritó por respuesta—. Dos mil.

Sofía se quedó muda. Dos mil. No llegaba a tanto. Sólo tenía mil quinientos.

—Sólo tengo mil quinientos —le gritó Sofía.

—Entonces tendrás que bajarte en Matola —contestó y empezó a cobrar de otras personas que estaban colgadas del camión. A Sofía la empujaban de un lado a otro, varias veces estuvo a punto de caerse. Intentó llamar al chico otra vez, pero no la veía, estaba ocupado con los que se subían al camión. Pronto la plataforma de carga estaría llena.

Sofía no sabía qué hacer, excepto que tenía que subir a aquel camión.

De pronto alguien la tocó. Se sobresaltó y se dio la vuelta. Allí estaba una de las enfermeras que conocía del tiempo que estuvo en la habitación blanca. Sofía todavía se acordaba de su nombre. Laurinda.

—Sofía —dijo—. ¿Adónde vas?

—Me voy a casa —dijo Sofía—. Pero me faltan quinientos.

—Yo te los doy —dijo Laurinda—. Algún día cuando tengas dinero me lo puedes devolver.

—¿Tú también vas a Boane? —preguntó Sofía.

Laurinda sonrió.

—Voy al hospital —contestó—. Acabo de llegar.

El chico que colgaba de las puertas del camión empezó a gritar que el camión se iba. Laurinda gritó que Sofía también iba y les pidió a los pasajeros que se apretujaban en la caja que la ayudaran a subir. Alguien cogió sus muletas y después sintió unos brazos fuertes que la levantaban. No pudo evitar que se le subiera la *capulana*. Cuando estaba en el aire muchos pudieron ver que tenía dos piernas ortopédicas. Se apretujó entre la multitud y le devolvieron las muletas. El chico extendió la mano y ella le dio el dinero. Un último grupo de personas subió al camión con cestos, cajas y una cabra balando. Después el camión arrancó. Sofía no necesitaba apoyarse en las muletas. Estaba comprimida entre dos mujeres gordas que llevaban unos grandes cestos sobre la cabeza.

Sofía se alegró de estar rodeada de tanta gente. No quería pensar en la soledad que había sentido durante tanto tiempo.

Sentía el aire fresco en la cabeza. El camión botaba, se balanceaba y se inclinaba. Enseguida llegaron a las afueras de la ciudad y el camión aumentó la velocidad. De vez en cuando se detenía para dejar pasajeros y recoger a otros. Sofía le preguntó a una de las mujeres gordas que estaban a su lado si quedaba mucho para Boane.

—Primero hay que cruzar el puente —contestó—. Después subimos una cuesta, bajamos otra y ya estamos.

Sofía cerró los ojos y notó el viento en la cara. Pensó que en realidad debía resolver cómo encontrar el camino a casa después de bajar del camión en Boane. Y ¿cómo volvería a la ciudad si no tenía dinero para un billete? Pero eso no le preocupaba. Muazena le había contado que entre los secretos del fuego también había soluciones para muchos problemas. Sofía pensó que en algún lugar encontraría un fuego ardiendo frente al que sentarse a contemplar las llamas.

El camión frenó y se paró al borde del camino. Habían llegado. Muchos se bajaban y empujaban a Sofía hacia uno y otro lado. Luego tiró las muletas al suelo y consiguió la ayuda de unos brazos fuertes para bajar de la plataforma. Sabía qué dirección debía tomar. Como el sol pegaba muy fuerte se enrolló un trozo de tela en la cabeza. Después empezó a caminar. Las muletas se hundían en la gravilla y le costaba avanzar, pero apretó los dientes y siguió hacia delante. Sabía que el camino era largo. En la afilada bruma del sol vio el contorno de las montañas en el horizonte. Ya tenía la sensación de estar en casa. Eran las montañas que ella y María veían siempre cuando corrían hacia los campos por la mañana.

Cuando llevaba un rato sudando se sentó a la sombra de un árbol y se comió el trozo de pan. Se arrepintió de no haber cogido agua. Antes de llegar a casa tendría muchísima sed. Tenía los muslos y la rodilla izquierda resentidos. Pero no tenía tiempo de descansar a la sombra. Debía continuar. De vez en cuando pasaba un coche. Pero ninguno se paraba para preguntarle si quería que la llevaran.

Sofía no llegó al poblado hasta bien entrada la tarde. Entonces ya estaba

derrotada por el cansancio y la sed. En el borde exterior del poblado había un pozo. Lo llevaba esperando desde hacía varias horas. Cuando al fin llegó había muchas mujeres y niños con cubos de plástico esperando su turno para coger agua. Pero muchas de las mujeres reconocieron a Sofía, mujeres que creían que también había muerto y que ahora se alegraban de verla. Le dieron agua y después Sofía se sentó en el borde del pozo para descansar. Alguien le dio una fruta, y todos le preguntaron acerca de la ciudad y dijeron que querían ver sus piernas. Sin que Sofía lo supiese, alguien había ido corriendo a la choza de Lydia a comunicar que Sofía había vuelto a casa.

Se encontraron después de que Sofía hubiera dejado atrás el pozo, cuando hacía el último tramo. De repente vio llegar a Lydia junto con Alfredo. Lydia parecía casi atemorizada de verla. Le acarició los brazos y le preguntó si la habían enviado del hospital.

—Sólo quería visitaros —dijo Sofía—. Mañana tengo que volver otra vez.

—¿Has venido andando todo el camino? —preguntó Lydia—. Habrás tardado días.

—He venido en camión —dijo Sofía—. Compré un billete.

No le dijo que no tenía dinero para el billete de vuelta. Sólo la intranquilizaría. Sofía nunca había entendido por qué las personas adultas siempre se preocupaban por problemas que no aparecerían hasta más tarde, otro día.

Cuando hubieron vuelto a casa y se hubo sentado sobre la alfombra de rafia Sofía se sintió tan cansada que hubiera preferido acostarse. Pero

todo el rato llegaba gente de visita, todos la querían saludar. Una y otra vez tenía que contar su estancia en el hospital, hablar sobre la gran ciudad y enseñar las piernas. Se olvidó del cansancio y sintió la alegría de estar en casa, con la gente que conocía. Lydia había empezado a cocinar y Alfredo estaba sentado con los ojos bien abiertos al lado de Sofía, mirándola.

Sofía se percató de que Lydia había engordado. Eso quería decir que pronto tendría un hijo y Sofía otro hermano. Sofía se preguntaba cuál de los hombres que iban a visitarla era el padre del niño. No se lo quería preguntar a Lydia. Ya tendría tiempo de saberlo. La idea de tener un hermano nuevo la alegraba. Simplemente porque quería decir que todo le iba bien a su madre Lydia.

Esa noche se quedaron junto al fuego más tiempo de lo habitual. Todavía surgieron varias personas de las sombras que se acercaban a saludar. Alfredo se durmió a su lado y al final sólo quedaron Sofía y Lydia junto al fuego.

—¿Cuándo vuelves definitivamente? —preguntó Lydia.

—No lo sé —contestó Sofía—. Pronto, espero.

—No tendrías que haber cogido un camión para venir —dijo Lydia—.

¿Quién te dio dinero para el billete?

—El doctor Raúl.

—¿Y si no encuentras el camino de vuelta?

—Los camiones siguen la carretera —dijo Sofía—. Y la carretera lleva a la ciudad. No puedo equivocarme.

Cuando Lydia hubo metido a Alfredo en la choza Sofía dijo que quería quedarse un rato junto al fuego antes de irse a dormir. Lydia no le preguntó por qué, simplemente se metió en la choza.

Sofía estaba sola. Mientras estaba allí sentada mirando las llamas comprendió que había echado tanto de menos el fuego como el estar en casa. Ahora y por primera vez, sentada bajo la tibia oscuridad delante de la choza y con el sonido de los tambores resonando a lo lejos, pudo pensar seriamente en todo lo ocurrido. Ya no eran sólo las caras de Muazena y Hapakatanda las que vislumbraba entre las llamas. Ahora veía también la cara de María. María, que ahora estaba en algún lugar entre los muertos. Sofía tuvo una sensación de calma cuando pensó que María tenía a Muazena y a Hapakatanda cerca.

Era como si pudiese oír la voz de María. Decía que no era culpa de Sofía que estuviera muerta. Nadie sabía que había una mina justo donde Sofía puso el pie derecho. No era culpa suya.

Cuando finalmente Sofía fue a acostarse, el fuego se había convertido en brasas. Quizá la razón de haber tenido que ir allí fuera la de oír la voz de María entre las llamas del fuego. Si era así, había hecho bien en ir a casa. Ni siquiera Verónica podría enfadarse con ella.

Al día siguiente Sofía no tuvo que preocuparse por cómo iba a conseguir dinero para el viaje de vuelta. José María había oído que Sofía estaba de visita y apareció en el camino. Se agachó delante de ella y sonrió.

—Sabía que saldrías adelante —dijo—. Pronto podrás venir otra vez. Luego dijo lo mejor de todo.

—Voy a ir a la ciudad esta tarde. Puedes venir conmigo.

Por la tarde Lydia le dio a Sofía un cesto con verduras. José María llegó con su coche. Era la hora de irse. Sofía se despidió y miró los negros restos del fuego de la noche anterior.

—Volveré pronto, María —murmuró para sí misma.

Esa noche, tumbada de nuevo en su habitación solitaria, pensó que ahora sería más fácil, sabiendo que en poco tiempo podría volver a casa para siempre.

Además, había hablado con María. María estaba con Muazena y Hapakatanda. Allí estaría bien. Lo mejor que te puede pasar estando muerto.

Sofía pensó que lo peor ya había pasado. Todo el sufrimiento, la soledad. Acarició a Kukula y Xitsongo, que estaban a su lado en la cama.

Realmente se habían convertido en sus mejores amigas.

Y un día se acabaron las prácticas.

Sofía pensó que el tiempo, tan extraño, el que existía y no existía a la vez, la había vuelto a sorprender. En la parte final había pasado tan deprisa que ni siquiera había pensado en él.

Mestre Emilio y el doctor Raúl entraron en la sala que ella recorría de un lado a otro mientras Benthino miraba. La estuvieron observando un rato y después, cuando Sofía se sentó a descansar, le dijeron que ya no necesitaba practicar más. Ya podía irse a casa, ya no tenía que volver otra vez.

Sofía no se lo creía. ¿De veras podía ser posible? ¿Que se hubiese acabado la larga soledad?

—Tus nuevas amigas ya cuidan bien de ti —dijo el doctor Raúl, señalando a sus piernas.

—Dentro de unos años tienes que volver —dijo Mestre Emilio—. Pero no antes de que hayas crecido tanto que necesites dos piernas nuevas.

—Ya no le puedo enseñar nada más —dijo Benthino—. Ya tengo a muchos a la cola para aprender a caminar otra vez.

—Yo mismo te llevaré a casa —dijo el doctor Raúl—. Mañana iré a buscarte a la casa en la que estás viviendo.

Ese día fueron a verla varias de las enfermeras que habían cuidado de ella durante la primera y difícil época. Eran Marta y Celeste y Mariza. Sofía se sentía cortada todo el tiempo y no sabía qué decir. Por la tarde, justo antes de que llegara el coche que venía a recogerla, salió a toda prisa,

brincando sobre sus muletas, hasta donde se sentaban las mujeres que vendían sus productos en la calle. Miranda estaba allí, lo mismo que todas las demás. Cuando Sofía les contó que volvía a casa estalló un gran estruendo. Gritaban y hablaban a la vez y le deseaban buena suerte. De nuevo Sofía se sintió cortada.

Cuando hubo llegado a la casa para viejos y enfermos, le faltaba la parte más difícil. Tenía que despedirse de Verónica, que tanto la había ayudado. Verónica, que había sido como su segunda madre durante todo aquel larguísimo tiempo. Sofía la extrañaría de una manera especial, casi como extrañaría a los que se habían quedado en el poblado quemado de donde una vez tuvieron que huir. Pero Verónica parecía contenta de que Sofía volviera a casa.

—Seguro que vendrás un día a visitarnos —dijo.

Sofía asintió. Pero se preguntaba si lo podría hacer algún día. Ahora que se iba de la ciudad le costaba creer que volvería. No se había llegado a acostumbrar a los edificios altos, a todos los coches y a toda esa gente que estaba por todas partes pero que ella no conocía. Sofía quería vivir entre personas que tuviesen nombre, que aunque quizá no fueran de su familia, al menos sí eran sus amigos. Una vez, mucho tiempo atrás, cuando todavía estaban huyendo, había pensado que la ciudad era algo interesante, algo que deseaba ver, del mismo modo que deseaba ver el mar. Pero ahora sabía que había una diferencia entre el mar y la ciudad. La diferencia estaba dentro de ella. Quería dejar la ciudad. Pero el mar lo quería ver otra vez.

Recordó también a la mujer mayor que había estado con ellos cuando huyeron. La que un día se sentó y nunca más volvió a levantarse. «No tenemos las piernas hechas para llegar a la ciudad», había dicho. Aun así, Sofía había llegado. Pero lo hizo para que le dieran unas piernas nuevas.

Recogió sus pertenencias y se sentó luego en la puerta para ver

ponerse el sol. En todas las puertas a lo largo del porche veía cabezas y cuerpos encogidos. La mayoría eran hombres viejos, sin fuerzas, ciegos, con cuerpos a los que les faltaba un brazo o una pierna. Sabía que muchos de ellos tenían una enfermedad llamada lepra. Sofía pensó que ellos se quedarían siempre allí. No tenían ningún sitio a donde ir, ningún lugar al que volver.

Verónica llegó con un plato por última vez. Sofía comió y Verónica se sentó a su lado en la puerta.

—¿Quién va a vivir aquí después de mí? —preguntó Sofía.

—Siempre viene alguien —contestó Verónica.

Sofía había estado pensando en una cosa durante la mañana. Ahora le pareció oportuno decirlo.

—Si Hortensia vuelve —dijo—, salúdala de mi parte.

Parecía como si Verónica no se acordase de quién era Hortensia. Pero de repente asintió con la cabeza.

—Hortensia —dijo—. Casi la había olvidado. Claro que la saludaré si vuelve algún día.

Cayó el atardecer. Cayó la oscuridad. Aquella noche Sofía se durmió pronto. Era como si no se pudiese hacer de día lo bastante rápido para que pudiese volver a casa con el doctor Raúl.

Al día siguiente dejó la ciudad. El doctor Raúl había ido a buscarla. Era la primera vez que lo veía sin la bata blanca de médico. Su coche era pequeño y viejo. El parachoques colgaba de un alambre, le faltaba uno de los faros, y cuando Sofía se hubo sentado, se negó a arrancar. El doctor Raúl abrió los brazos resignado. Después maldijo. A pesar de que parecía

enfadado Sofía no podía parar de reír. Unos chicos les ayudaron a empujarlo hasta ponerlo en marcha. A Sofía le parecía curioso que un médico que seguro que tenía mucho dinero tuviese un coche tan malo, pero no dijo nada. El doctor Raúl iba al volante cantando. De vez en cuando le gritaba a otros coches si consideraba que habían hecho alguna maniobra incorrecta.

Cuando se detuvieron en un semáforo en rojo, se giró y la miró.

—Hoy tengo el día libre —dijo sonriendo—, por eso te puedo llevar a casa. Hoy soy tu *motorista*^[6] privado.

Salieron de la ciudad. Sofía vio que pasaban por campos en los que había mujeres agachadas sobre sus picos. Sentía cuánto echaba de menos tener tierra en las manos otra vez. En realidad también le entraban ganas de cantar cada vez que el doctor Raúl tarareaba alguna de sus melodías. Pero no se atrevía del todo, así que se limitó a cantar por dentro.

En un cambio de rasante tuvieron un pinchazo. De repente el coche empezó a temblar y el doctor Raúl se metió en el arcén. Se bajó del coche y dio una vuelta alrededor. Sofía miró por la ventanilla cómo le daba patadas a la rueda de atrás.

—¿Sabes cómo se cambia la rueda de un coche? —preguntó—. Yo no tengo ni idea.

Sofía negó con la cabeza.

A pesar de que le costaba entrar y salir del coche abrió la puerta. Se apoyó en una de las muletas y salió a la carretera sin caerse. Mientras tanto el doctor Raúl había empezado a revolver en el maletero en busca de la rueda de recambio y las herramientas que necesitaba. Su camisa blanca ya se había ensuciado.

—Sé operar a personas —dijo—, pero no sé cambiarle la rueda a un

coche.

—Yo no sé ni operar ni cambiar ruedas —dijo Sofía. Después levantó una muleta y le hizo señas a un coche que estaba a punto de rebasarlos.

—¿Qué haces? —preguntó el doctor Raúl.

—Lo que no puedes hacer sólo hay que hacerlo con la ayuda de alguien —dijo Sofía.

Volvió a menear la muleta. Un coche se metió en el arcén detrás de ellos. Un hombre se bajó y les preguntó qué había pasado. Luego cambió la rueda del coche. Sofía miraba interesada. Si alguna vez tenía que volver a ir en el viejo coche del doctor Raúl, era mejor que aprendiese a cambiar una rueda pinchada. Cuando hubo acabado, el doctor Raúl quiso pagar al hombre por su ayuda. Pero él simplemente abrió los brazos y rió con su cara negra y sudada.

—Quizá me deje operarle algún día —dijo el doctor Raúl.

—Preferiría que no —respondió el hombre asustado—. No estoy enfermo.

Sofía se sentó en el asiento trasero otra vez. El hombre ayudó a poner el coche en marcha.

Pronto llegaron a Boane y salieron de la carretera principal. Cruzaron el río Impamputo. El puente era estrecho y el doctor Raúl tuvo que esperar que cruzara un rebaño de cabras. Sofía vio cómo jugaban los niños en el agua. Más lejos había un hombre desnudo lavándose. Junto al pie del puente había unas mujeres lavando ropa. Sofía miraba todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y pensaba: «Eso lo puedo hacer. Eso lo puedo hacer. Y eso. Y eso».

En realidad sólo había dos cosas que nunca podría volver a hacer en la vida:

Bailar y correr.

Aquello la entristecía. Sobre todo el hecho de no poder bailar. Correr

no era tan importante. Pero no poder estar nunca en círculo con las demás mujeres y bailar...

Había otro pensamiento rondando en su cabeza, un pensamiento que apenas se atrevía a concebir. ¿Qué pasaría cuando se hiciera mayor? ¿Habría algún hombre que quisiera casarse con ella? ¿A pesar de que tuviese dos piernas ortopédicas? ¿A pesar de que ya no pudiese bailar? ¿Tendría hijos? ¿O viviría toda su vida sin poder sujetarse un hijo propio en la espalda?

No quería pensar en eso. Sería como atraer la fatalidad al exponer sus temores.

Habían dejado atrás el río. El camino estaba ahora lleno de hoyos y era estrecho. El doctor Raúl había subido la ventanilla para que la gran polvareda que levantaban no entrase. Sofía pensaba en que ya había ido por ese camino, en el sentido contrario, sin que lo pudiese recordar. La vez que había tenido lugar el accidente. Pensaba en que tenía muchas preguntas que quería responder. Todavía había tanto que no sabía.

Llegaron a las afueras del poblado.

—Ahora me tienes que indicar el camino —dijo el doctor Raúl—. A partir de aquí no sé llegar.

Sofía le explicó por dónde ir. Enseguida estarían en casa. Para decepción de Sofía no había nadie allí. Uno de los vecinos fue a saludarla. Ella le preguntó por Alfredo. Podía suponer que su madre Lydia estuviese en los campos trabajando.

—Hoy Alfredo está con tu madre —dijo el vecino.

El doctor Raúl estaba junto al coche y observaba pensativo la choza

donde vivía Sofía. Miraba las paredes de paja, abiertas, y pensaba que cuando llegaran las lluvias dormirían sobre tierra húmeda porque la lluvia atravesaría aquel techo en mal estado. Sofía pertenecía a una familia pobre, los más pobres entre los pobres. Aun así sabía que ella estaba contenta de estar en casa.

«Sofía es fuerte», pensó. «Saldrá adelante.»

Aun así sentía pena por la vida que ella tenía por delante. Una vida llena de penurias. La vida de los pobres.

Se despidió de Sofía.

—Espero que todo vaya bien —dijo—. Cuando tenga tiempo vendré a visitarte.

Sofía se quedó cortada y bajó la mirada. Casi le daba vergüenza haberle causado tantos problemas al doctor Raúl. Le había obligado a cuidar de ella y a operarla. Seguro que tenía otras personas más importantes a las que atender.

Le saludó con la mano cuando se fue.

Se preguntaba si lo volvería a ver.

Sofía se pasó el resto del día a la sombra del árbol que estaba junto a la choza, disfrutando de estar en casa. De vez en cuando venía alguien que se paraba en el camino y la miraba, como si no creyera lo que veía. Luego se le acercaba y ella tenía que explicar por enésima vez lo que había pasado y enseñar sus piernas nuevas. Se dio cuenta de que según se iban relevando los que querían saber su historia ella contaba cada vez menos. Hubiera preferido que no le preguntaran nada.

Sería mejor si todos lo olvidaban. Si todos lo olvidaban excepto ella misma. Porque ella no podía olvidar. Entonces María también desaparecería para ella. Y eso no podía pasar nunca.

Nunca mientras ella siguiese viva.

Era ya bien entrada la tarde cuando Sofía vio por fin a Lydia en el camino. A su lado corría Alfredo. Sofía se levantó del banco y saludó con la mano. Fue Alfredo quien la vio primero. Tiraba a Lydia del brazo y señalaba a Sofía.

En ese momento Sofía se dio cuenta de que Lydia cargaba un bebé a la espalda. Se le había olvidado completamente que Lydia iba a tener un hijo. Sintió cómo le subía un calor de alegría. Un hermano nuevo. ¿O sería una hermana?

Se abrazaron. Lydia la acarició, Alfredo se mantuvo algo apartado, cortado de ver a Sofía otra vez. Después Lydia bajó al bebé de la espalda y se lo tendió a Sofía, quien se había vuelto a sentar.

—Tu hermano —dijo Lydia sonriendo. Sofía vio que a Lydia se le habían caído algunos dientes.

Sofía tomó a su hermano. Dormía y tenía apenas un mes de edad. ¿Cuánto hacía en realidad desde la última vez que Sofía había visto a Lydia? Para ella todos los días se fundían. Cogió a su hermano en brazos y sintió una gran alegría.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Faustino —dijo Lydia—. Su padre vendrá a la hora de cenar.

Por fin le llegaría a Sofía la respuesta que tanto había esperado. Ahora sabía que pronto conocería al nuevo hombre de Lydia. Era un momento importante. Notó que se ponía nerviosa, pero contenta a la vez. Todo sería más fácil si había un hombre en la casa.

Lydia empezó a preparar la cena. Sofía estaba sentada con su hermano en brazos.

—Al final has vuelto —decía Lydia una y otra vez—. Por fin has

vuelto.

E inmediatamente Lydia se puso seria. Sofía no conocía a nadie que pudiera pasar más rápidamente de estar alegre a ponerse seria.

—Pero ¿cómo te las vas arreglar? —dijo.

Al principio Sofía no sabía lo que quería decir.

—Puedo caminar otra vez —dijo.

Lydia meneó la cabeza, pero no dijo nada más. Sofía sintió que le empezaba a doler el estómago. ¿Qué era lo que Lydia había querido decir? ¿Por qué no iba a salir adelante?

No dejó de pensar en ello.

De pronto se le acercó un hombre. Sin ser visto se había ido aproximando por entre las sombras que quedaban a su espalda.

Al instante Alfredo corrió a la choza.

Sofía comprendió en el acto que se había asustado por el hombre que acababa de llegar. Era grande y fuerte. Sofía podía notar en su aliento que había bebido *tontonto*^[7]. La miró con una mirada tan penetrante que ella tuvo que bajar la vista.

—¿Quién es ésta? —preguntó.

Sofía vio de reojo que le hacía gestos a Lydia para que se levantara de junto al fuego, donde estaba agachada preparando la comida.

—Es mi hija Sofía —contestó Lydia.

Sofía no reconoció su voz. Era diferente, más débil. Era como si alguien la hubiese pegado.

El hombre dio un paso hacia Sofía.

—Así que ésta es la que fue lo bastante torpe como para pisar una mina —dijo.

Sofía se quedó completamente rígida.

—Y ahora ha vuelto a casa —dijo el hombre—. Ahora está aquí y necesita comer. Las muletas las tendrá que llevar toda la vida.

El hombre desapareció un momento al otro lado de la choza.

—No hagas caso de lo que dice —dijo Lydia flojito—. Dice muchas cosas cuando ha bebido. Pero es buena persona.

—¿Es mi padrastro? —preguntó Sofía.

Lydia asintió. Después corrió al fuego otra vez para que no se le quemase la comida.

Alfredo sacó la cabeza con cuidado por la entrada de la choza. Sofía podía ver que le tenía miedo a su padrastro, al padre de Faustino.

A Sofía le aumentaba más y más el dolor de estómago. ¿Por qué se había buscado Lydia un hombre malo? ¿Por qué él no se había alegrado de verla? ¿Por qué le había dicho que había sido torpe al pisar la mina? Pero también intentaba pensar que lo que Lydia había dicho era cierto. Sólo era malo cuando había bebido *tontonto*. Sólo entonces era cuando Alfredo le tenía miedo.

Pero en el fondo intuía que no era así. Mucho tiempo después, muchas vueltas de luna más tarde, comprendería que ya entonces, aquella primera noche, había visto claro que no podía quedarse.

Cuando el hombre de Lydia surgió de repente de entre las sombras detrás de la choza entendió que había perdido su hogar. El nuevo hombre de Lydia quería tener a Lydia, no a sus hijos. Ya lo había oído antes, padrastros que echaban a los hijos que una mujer había tenido antes. Pero nunca había pensado que aquello le pudiera pasar a Lydia.

Al momento se avergonzó de sus pensamientos. A lo mejor, a pesar de todo, era tal y como había dicho Lydia. Sólo se volvía malo cuando había bebido *tontonto*.

Comieron en silencio. Alfredo se sentaba lo más lejos posible del fuego. Se escondía en la oscuridad al lado de Sofía. Lydia se dirigía al hombre con el nombre de Isaías. Sofía tenía la sensación de que a ella también le daba miedo. No comprendía por qué Lydia había escogido a un hombre al que no le gustaban sus hijos. Un hombre al que temía. Sofía ya no reconocía a su madre. ¿Qué le había pasado? Recordó cómo era Lydia antes. Llena de fuerza y alegría, siempre hablando, riendo, bailando, trabajando. Ahora estaba sentada acurrucada, la cara parecía haber encogido y se le habían empezado a caer los dientes.

Cuando hubieron comido, Isaías se metió en la choza sin decir una palabra. Enseguida se oyeron sus ronquidos.

—¿Va a vivir aquí? —preguntó Sofía.

—Va a cuidar de nosotros —contestó Lydia—. Tienes que obedecerle tanto como me obedeces a mí.

—¿Qué hace? —preguntó Sofía.

—No tiene trabajo —dijo Lydia—, pero está buscando algo que sepa hacer para ganar dinero.

—¿Cómo nos va a ayudar si no trabaja?

Sofía notó que no podía esconder su enfado y su tristeza. La alegría de estar por fin en casa había desaparecido otra vez. La vida sólo sería más difícil con Isaías. ¿Cómo iba a obedecer a un hombre que no mostraba que la quería?

—No quiero que viva aquí —dijo Sofía.

Lydia se enfadó.

—Tú me vas a decir lo que tengo que hacer —gritó—. He encontrado a un hombre nuevo, ya tenemos un hijo juntos y tú te opones.

Después empezó a llorar. Sofía se arrepintió de haberle hablado a

Lydia de esa manera. No podía saber cómo era para Lydia vivir tanto tiempo sin Hapakatanda. Decidió pensar que tal vez era bueno que Isaías viviera con ellos a partir de ahora.

Pero Isaías bebía cada día. En varias ocasiones pegó a Alfredo. Lydia parecía encogerse cada vez más. Sin embargo le dejaba mandar. Sofía intentaba obligarse a pensar que todo cambiaría.

Pasaron varias semanas. Sofía había dejado las muletas apoyadas en la pared de la choza y estaba barriendo el patio. Podía mantener el equilibrio con ayuda de la escoba. De repente alguien se la arrebató. Sofía se desequilibró y cayó al suelo.

Era Isaías quien se la había cogido. Sofía se dio cuenta de que no había bebido. Por lo visto creía que había hecho algo divertido, porque se estaba riendo.

Luego tiró la escoba al suelo, a su lado.

—Parece que te he dado un susto —dijo.

Sofía no contestó. Se agarró a la escoba y se puso de pie. Luego siguió barriendo.

Esa noche estuvo mucho rato junto al fuego. Había tomado la decisión de marcharse. Allí no se podía quedar. Sintió lástima por Alfredo. Pero no se lo podía llevar consigo.

Adónde iba a ir era algo que desconocía. Al final decidió regresar a la ciudad. Quizá encontrara a alguien allí que la pudiera ayudar. Si no le salía bien tendría que hacer lo mismo que muchos otros: sentarse en la

calle y mendigar. Cualquier cosa que pudiera pasar sería mejor que quedarse en casa.

Se iría muy temprano al amanecer. Como no tenía dinero tendría que ir a pie hasta la ciudad. No sabía si lo conseguiría. Lo peor era si se le saltaban las sujeciones que le aguantaban las piernas al cuerpo. Si eso pasaba no tendría más remedio que continuar a gatas.

A pesar de todo, no dudó. Se marcharía a la ciudad. Allí estaba el doctor Raúl. Él debería poder ayudarla.

Esa noche no llegó a entrar en la choza. Se quedó junto al fuego y lo vio apagarse. La noche era tibia y Sofía cabeceaba con la espalda apoyada contra la pared de la casa. Luego se fue. No se dio la vuelta cuando dejó el poblado.

Tardó tres días y tres noches en volver a la ciudad. La mayor parte del camino lo hizo dando saltos con ayuda de las muletas. De vez en cuando había algún coche que paraba y la llevaba unos pocos kilómetros. Alguien le dio un trozo de pan. El agua la bebía de los pozos que se iba encontrando en los poblados por los que pasaba.

El segundo día descubrió que su pierna izquierda tenía una brecha. Se asustó. No quería llegar al doctor Raúl sin sus piernas. Intentó apoyar el mayor peso posible sobre la pierna derecha. Eso hizo que sufriera calambres y que tuviera que parar más a menudo.

Llegó a la ciudad una noche, muy tarde. Se acurrucó debajo de un camión oxidado y despedazado para dormir hasta que llegara el amanecer. Tenía

tanta hambre que le dolía el estómago. Había grandes ratas rascando a su alrededor. De vez en cuando las espantaba con una de las muletas. Nunca había pasado una noche tan larga como aquélla. Era como si el sol hubiese decidido no alzarse nunca más por encima del horizonte. De nuevo pensó en el que Muazena había calificado como el primero de todos los temores. Quedarse solo. Ser la última persona sobre la Tierra. ¿Era ella? ¿Sofía Alface debajo de un camión oxidado en las afueras de una gran ciudad, en algún lugar de África?

A pesar de todo, el amanecer llegó. Sofía salió arrastrándose de debajo del camión y prosiguió su camino hacia el interior de la ciudad. Después de muchas horas logró llegar hasta el hospital. En el aparcamiento encontró el coche del doctor Raúl, que seguía teniendo el parachoques colgando de un alambre.

Se sentó en el suelo junto al coche y esperó.

Fue allí, al atardecer, donde el doctor Raúl la encontró, cuando se dirigía a su casa tras un largo día en el hospital.

El doctor Raúl tenía una esposa que se llamaba Dolores. Aunque la quería mucho y tenían cuatro hijos juntos, a veces también podía llegar a tenerle miedo. Dolores podía ser muy dura, estricta. Raúl sabía que la irritaba que fuera tan despistado. También temía que se enfadara cada vez que él le decía que no tenían dinero para comprarse un coche nuevo.

Ese día en concreto estaba preocupado por lo que diría Dolores cuando llegara a casa con Sofía.

Se la había encontrado durmiendo junto al coche. Al principio había creído que era alguno de los muchos niños que viven en la calle y que solían lavarle el coche con un trapo sucio, con la esperanza de que el doctor Raúl se prestara a darles un billete. Ya había empezado a rebuscar con la mano en su bolsillo cuando se dio cuenta de que era Sofía, su antigua paciente, quien estaba allí junto a una de las ruedas traseras. Era la que había llevado hasta el poblado cerca de Boane poco tiempo atrás.

Se quedó quieto con la frente arrugada, pues intuía que algo había pasado. En ese instante ella abrió los ojos como si lo hubiese oído, o como si hubiese sentido su presencia. El doctor Raúl hizo lo que tantas veces antes, mientras Sofía estaba en la cama del hospital: se quedó agachado delante de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No podía quedarme más en casa —contestó Sofía.

El doctor Raúl dejó que la respuesta le calara hondo. ¿Por qué no se había podido quedar? Sonó muy extraño a sus oídos. La familia africana nunca rechazaba a nadie, por muy pobre que ésta fuese, o por muy lejano que fuese el familiar que regresaba buscando un lugar junto al fuego.

Al final hizo lo único que podía hacer. Se sentó a su lado y apoyó la

espalda contra el coche.

—Explícamelo —dijo—. Explícame lo que ha pasado.

Las palabras de Sofía salían a trompicones, como si las empujara con gran dolor.

Habló de Isaías, de cómo había surgido de la oscuridad y de cómo un día le había arrebatado el palo de la escoba de sus manos haciéndola caer.

El doctor Raúl escuchaba y sabía que lo que ella estaba contando probablemente fuera todo cierto. Obviamente podía estar exagerando, los niños solían hacerlo. Quizá más los niños pobres, cuyo único exceso era exagerar su desgracia. Tampoco era la primera vez que oía la historia de Sofía. Su experiencia se correspondía con la de una infinidad de niños. Raúl pensaba que lo peor de la pobreza y la desgracia era que las personas se veían obligadas a hacer lo que no querían. Probablemente Lydia necesitaba un hombre que la pudiese ayudar. Pero cuando el hombre estaba, lo tenía que obedecer. Y a menudo los hombres no querían saber nada de los hijos anteriores que tuviese la mujer. Sofía no era ninguna excepción, una niña cuyas piernas habían reventado, que dependía de unas muletas para avanzar a saltitos.

Escuchó sus palabras y al final comprendió lo que había pasado.

Había regresado a la ciudad porque no se podía quedar en el poblado con su madre. Y la única persona a la que podía acudir era al doctor que la había curado.

Sofía era todavía su paciente, pensó. Y, simplemente, no la podía dejar allí en la calle. Si lo hacía, no tardaría en perecer. Otros niños la humillarían y la perseguirían, la pegarían y la maltratarían, y lo mismo los adultos que vivían en las calles. Le robarían las muletas y también las piernas, que aparecerían en algún otro lugar de la ciudad, en un mercado

donde servirían de intercambio. Pasaría hambre y enfermaría de sarna, de tos, de malaria. Un día aparecería muerta debajo de unos cartones sucios. Nadie sabría quién era. La enterrarían en alguno de los grandes agujeros que regularmente se abrían en los bordes de los cementerios, los agujeros de los pobres, donde los cuerpos eran lanzados sin ataúdes, sin sacerdote, sin nada. Más o menos como cuando se tira la basura en un contenedor enfrente de casa por la mañana.

Pensó en su esposa Dolores y en lo que diría cuando lo viese aparecer con Sofía.

Pero no había otra cosa que pudiera hacer.

—Vendrás a casa conmigo —dijo—. Después ya decidiremos qué hacemos.

Sofía se puso de pie sin decir una palabra y se sentó en el asiento de atrás.

Esta vez el coche arrancó sin que nadie tuviera que empujarlo.

El doctor Raúl vivía en una casa que tenía dos plantas. Él vivía en la planta baja. La casa tenía un pequeño jardín. Escondida tras unos árboles al fondo del jardincillo había una caseta donde vivía el vigilante Sulemane. Cuando el doctor Raúl tenía algún problema solía comentárselo a Sulemane, que era mayor y sabio. No era un buen vigilante, ya que se pasaba las noches durmiendo junto a la verja cuando en realidad debería estar despierto. Muchas veces el doctor Raúl, cuando llegaba tarde en el coche, había tenido que despertarle. Dolores se enfadaba con él porque no despedía a Sulemane y contrataba a un vigilante que al menos aguantara despierto. Pero el doctor Raúl no quería deshacerse de él. Sobre todo por los buenos consejos que le daba.

Cuando iban de camino a casa pensó en hablarle a Sulemane acerca

de Sofía. Quizá él podía decirle lo que debía hacer.

El doctor Raúl dejó a Sofía sentada en el coche mientras entraba en casa y le contaba a Dolores que traía consigo a una de sus pacientes.

—Se podría haber quedado a dormir en el hospital —dijo Dolores—. ¿Por qué te la tienes que traer a casa?

—Necesita darse un baño —dijo el doctor Raúl—. Está muy sucia. No creo que entiendas cuánto ha tenido que andar dando saltitos con las muletas.

Dolores no dijo nada más. El doctor Raúl salió a buscar a Sofía. Cuando Dolores la vio, su enfado enseguida menguó. La niña estaba realmente sucia. Y se la veía cansada y triste.

—Pobre niña —murmuró—. ¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil? Le dieron de comer. Los hijos del doctor Raúl la miraban con atención.

Sofía se sentía ruborizada y bajó la mirada. La comida sabía diferente. Pero tenía mucha hambre. No estaba acostumbrada a comer con cuchara. Normalmente comía con los dedos. Pero pensó que era mejor que hiciera igual que los que estaban a la mesa.

Después de la cena, Dolores echó agua en la bañera. Cuando Sofía entró en el baño se quedó totalmente muda. Nunca había visto un baño antes. Era más grande que toda la choza del poblado de las afueras de Boane. Brillante y blanco, con agua corriente, luz eléctrica, toallas, jabones perfumados. No vio una hoguera en ninguna parte. Y aun así el agua estaba caliente. Dolores le enseñó cómo lo debía hacer y la dejó sola. Se quitó la ropa, se desató las piernas y se deslizó por encima del canto de la bañera, dentro del agua caliente. Le pareció no haber vivido nunca antes algo tan agradable. Cerró los ojos y pensó en el mar que

había visto una vez. El agua salada no estaba tan caliente. Aun así se imaginó que era en el mar donde estaba ahora tumbada, meciéndose. Sin darse cuenta se quedó dormida. Cuando Dolores asomó la cabeza por la puerta del baño Sofía estaba durmiendo. Tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Dolores la miró. Los muñones se veían claramente en el agua. Meneó la cabeza y despertó a Sofía con cuidado.

—Te has dormido —dijo—. Lávate ahora mientras el agua está caliente.

Después, cuando Sofía se hubo secado, puesto las piernas y vestido, fue a buscarla el doctor Raúl.

—Ahora vete a dormir —dijo—. Mañana hablaremos de lo que podemos hacer.

—No puedo seguir en casa —dijo Sofía otra vez.

El doctor Raúl asintió.

—Lo hablamos mañana —dijo—. Ahora no.

Sofía estaba tumbada en una cama. Estaba en el despacho del doctor Raúl. Un cuarto lleno de libros y una mesa grande llena de papeles y revistas. Por una ventana entraba la luz de una farola. Podía oír voces en la distancia. Eran Dolores y Raúl que estaban hablando. La hacía sentirse cómoda. Aunque estuviese sola en la habitación con todos los libros, había gente cerca. Cerró los ojos y apartó todos los pensamientos. Enseguida se quedó dormida.

Dolores y Raúl tomaban café y hablaban de lo que podían hacer por Sofía.

—Tiene que volver a casa —dijo Dolores—. No podemos resolver sus

problemas.

El doctor Raúl sabía que su mujer tenía razón. Pero al mismo tiempo dudaba de que Sofía fuera a seguir ese consejo. Había hecho el larguísimo camino desde Boane, había saltado con sus muletas con un calor insoportable y no se había rendido. Raúl comprendía que la fuerza y la voluntad que Sofía tenía dentro, y que la habían hecho sobrevivir, y que ahora mostraba negándose a vivir con un padrastro que se reía cuando se caía al suelo, eran mayores que cualquier otra cosa.

El doctor Raúl dejó la taza de café.

—Voy afuera a hablar con Sulemane —dijo.

—Se puede quedar un par de días —dijo Dolores—. Pero no más.

Sulemane estaba sentado en la verja arreglándose los zapatos. Su cara negra apenas se veía en la oscuridad. El doctor Raúl llevaba consigo una silla de jardín y se sentó en ella. La noche era tibia. Le habló a Sulemane acerca de Sofía, mientras Sulemane, indiferente, seguía arreglando sus zapatos. Eran las suelas de las botas, se habían despegado. Tenía un pequeño martillo e iba clavando los clavitos uno a uno. El doctor Raúl se sorprendió de que pudiese ver algo en la oscuridad.

Después, cuando el doctor Raúl no tuvo nada más que decir, se quedaron callados. Todo lo que se oía era el martillo de Sulemane. El doctor Raúl sabía que Sulemane estaba pensando en lo que le había contado. No respondería hasta haber decidido lo que le iba a decir.

Pasó una hora. Sulemane seguía clavando las suelas. El doctor Raúl esperaba.

Cuando las suelas estuvieron acabadas, Sulemane habló.

—Su madre vendrá a buscarla tarde o temprano —dijo—. Hasta entonces no creo que haya gran cosa que podamos hacer.

—¿Cuánto puede tardar eso?

—Puede pasar una semana. O un mes.

—Pero no puede quedarse aquí tanto tiempo.

Un nuevo problema había surgido. Sulemane se quedó pensativo, el doctor Raúl esperaba la respuesta.

—Supongo que puede vivir en casa de mi hermana Hermengarda —dijo Sulemane al final—. Mi hermana tiene una casa entre la iglesia y el mercado de verduras.

El doctor Raúl pensó que era una buena propuesta. El mercado no caía muy lejos. Si Sulemane decía que Sofía podía vivir en casa de su hermana es que era cierto.

—Pagaré por ella, por supuesto —dijo el doctor Raúl.

Sulemane no contestó. El doctor Raúl sabía que ahora estaba pensando en cuánto dinero le parecía que debía recibir su hermana. Pero el doctor Raúl no necesitaba esperar hasta tener esa respuesta. Se la daría por la mañana del día siguiente. Volvió a entrar en casa y le contó a Dolores lo que Sulemane había dicho.

—A lo mejor viene a buscar a su hija —respondió—. Esperemos que Sulemane tenga razón.

—No suele equivocarse —dijo el doctor Raúl.

Se fueron a dormir. Antes de apagar las luces de la casa, el doctor Raúl entró en su despacho. La cabeza negra de Sofía resaltaba sobre la almohada blanca. Se quedó mirándola un rato mientras dormía. Después se metió en su propia cama.

—Una niña curiosa —dijo Dolores.

—Nadie que la conozca la puede olvidar —dijo el doctor Raúl—. De qué depende, no lo sé.

Sofía se instaló en casa de la hermana de Sulemane, Hermengarda. La casa era pequeña y en ella vivía mucha gente. A Hermengarda no le importaba demasiado que se añadiera otro más a la familia. Era grande y fuerte y vendía gallinas vivas en el mercado. Cada mañana Sofía se despertaba con un ruidoso cacareo enfrente de casa. Era porque Hermengarda estaba discutiendo precios con los compradores. Sofía compartía la cama con otra niña que se llamaba Louisa. En la casa de Hermengarda no había cuarto de baño. Pero aun así se sentía más a gusto aquí que en la del doctor Raúl. Ayudaba a lavar la ropa y a limpiar la casa y a cuidar de los niños más pequeños. Sin embargo, no olvidaba que debía pensar en el futuro. Sólo vivía en casa de Hermengarda de manera temporal, no podía olvidarlo. En el fondo deseaba que Lydia apareciese pronto delante de la casa de Hermengarda y dijera que Isaías se había ido y que ya podía volver. Pero se daba cuenta de que también estaba enfadada con Lydia. Era como si ella hubiese elegido apartarla en favor de un hombre que era malvado y que nunca la ayudaría. Se preocupaba por Alfredo, que estaba solo.

«Si al menos tuviera a María para poder hablar», pensó. «Ahora sólo tengo las llamas de los fogones de Hermengarda. Muazena tiene que ayudarme.»

Uno de los primeros días Hermengarda le preguntó a Sofía si había algo que le gustara hacer.

—Coser —contestó Sofía enseguida.

Hermengarda asintió con la cabeza.

—Está bien —respondió—. Veré qué puedo hacer.

Al día siguiente Hermengarda despertó a Sofía muy temprano, incluso antes de que los hombres que llevaban las gallinas cacareando aparecieran delante de casa.

—Vístete —dijo—. Date prisa. Tengo una buena amiga que tiene un pequeño taller de costura. Me ha prometido que te dejará demostrar lo que sabes hacer. Si le parece que eres buena podrás trabajar allí. No te pagará. Pero aprenderás. Es más importante que el dinero.

Sofía se ató las piernas y se vistió lo más rápido que pudo. Hermengarda, que siempre tenía muchas cosas que hacer, ya esperaba impaciente en la calle. Cuando Sofía estuvo lista salieron enseguida. Hermengarda iba tan deprisa que Sofía casi tenía que correr con las muletas. Pero no estaba lejos. Hermengarda se detuvo poco después delante de una casita que estaba escondida entre un jardín lleno de maleza. La casa estaba deteriorada, los canalones se habían caído y la escalera de piedra tenía grietas. La puerta estaba abierta y Hermengarda llamó a alguien que se llamaba Fátima. Una mujer igual de negra e igual de gorda que Hermengarda salió a la escalera.

—Aquí vengo con Sofía —dijo Hermengarda—. No tengo tiempo para quedarme.

Después se volvió hacia Sofía.

—Recordarás el camino de vuelta a casa esta tarde, ¿verdad?

Sofía pensó que sí lo haría. Hermengarda desapareció y Sofía se quedó sola con Fátima, que estaba parada en la escalera observándola detrás de unas gafas.

—Acércate para que te pueda ver.

Sofía se dirigió dando prudentes zancadas con las muletas hacia donde estaba Fátima. Al llegar a la escalera, Fátima se dio la vuelta, a la

vez que le hacía gestos a Sofía para que la siguiera adentro. Sofía subió las escaleras con ayuda de las muletas.

Entró en la casa, y fue como si se internara en un mundo completamente distinto. Toda la casa estaba llena de pájaros. Había jaulas colgadas por todas partes, grandes, pequeñas, cuadradas, redondas; jaulas de madera, de hierba, de tela. Por todas partes había pájaros de mil colores trinando, cantando y chillando. Sofía se paró enmudecida en el umbral. Por la habitación también había pájaros que volaban libres. Una paloma plateada se le posó en el hombro y empezó a picotearle el pelo. Fátima había desaparecido en un cuarto contiguo pero volvió para ver qué había sido de Sofía.

—No le tendrás miedo a los pájaros, ¿verdad? —le preguntó—. Si es así, no podrás trabajar conmigo.

Sofía negó con la cabeza. No les tenía miedo a los pájaros. Simplemente era que estaba muy sorprendida de entrar en una casa en la que vivían más pájaros que personas.

—Siempre he soñado despertarme una mañana y tener alas en la espalda —dijo Fátima—. Probablemente no ocurra nunca. Por eso me rodeo de pájaros. Mil alas que baten y revolotean hacia cielos grises y azules.

Le hizo señas a Sofía para que la siguiera a la otra habitación. Era grande y circular y tenía ventanas altas a lo largo de las paredes. Sofía nunca había estado antes en un cuarto tan grande y luminoso. En el centro había una gran mesa de costura con varias máquinas de coser. Pegadas a las paredes había estanterías con telas de distintos colores. En diferentes lugares de la habitación había unos muñecos tan grandes como personas. De los muñecos, que observaban a Sofía con su mirada fija, colgaban telas y vestidos a medio hacer.

Fátima se rió.

—Cuando cierres la boca puedes sentarte en este taburete —dijo señalándole uno—. Después nos pondremos a trabajar.

Conocer a Fátima fue para Sofía como encontrarse con una hermana de Muazena. A pesar de ser más joven y más gorda que Muazena, estaba llena de su misma fuerza misteriosa. Podía contar historias, relatos, y no dejaba de coser ni un minuto, del mismo modo que Muazena siempre había picado con tesón la tierra seca para plantar o quitar las malas hierbas. La época que Sofía pasó con Fátima, entre los pájaros y las telas que transformaban en ropa, fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Fátima era una profesora estricta. Se enfadaba cuando Sofía se descuidaba o no hacía lo que ella le había dicho. Pero Sofía reparó en que nunca alzaba la voz ni se ponía a suspirar o a quejarse sin motivo. Además, la elogiaba cuando hacía algo que estaba bien.

Pero, sobre todo, Fátima le enseñó a Sofía el secreto de la aguja de coser.

Sucedió una tarde en la que siguieron trabajando incluso después de oscurecer. Era un vestido de boda de seda blanca que tenía que estar listo para el día siguiente. Fátima le había prometido a Sofía que se podría quedar a dormir cuando hubiesen acabado. Había contratado a un chico para limpiar todas las jaulas. A él le envió a casa de Hermengarda con el recado de que Sofía no volvería hasta el día siguiente.

Atardeció. La tarde se convirtió en noche antes de que estuviera listo el vestido. Finalmente, Fátima asintió complacida y le pasó un brazo por los hombros a Sofía.

—No puede ser más bonito —dijo.

Después tomaron té en la terraza. Los pájaros estaban quietos en sus jaulas, un viento suave recorría el silencio.

Fátima y Sofía estaban sentadas una al lado de la otra en un sofá que se podía mecer.

Balanceaban las tazas dispares y resquebrajadas entre sus manos.

—Fue un hombre mayor quien me enseñó a coser —dijo Fátima de repente. Hablaba en voz baja, como si quisiera que el silencio que las rodeaba no se alterase—. Me enseñó que en la vida todo son costuras —prosiguió—. Son costuras lo que une todas las cosas. Hay costuras invisibles entre las personas. Nuestros sueños nos cosen la mente a los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos. Si uno quiere volverse inteligente y aprender a querer a las personas, debe coser. Puedes bordar tu añoranza y tu tristeza en un trozo de tela, y entonces descubres que todo resulta más fácil.

Eso le dijo Fátima a Sofía aquella noche. Y Sofía no lo olvidó nunca. Ya al día siguiente comenzó a coser dos retales sobrantes. Uno era María y el otro ella misma. Bordó un dibujo de diferentes hilos hasta crear el nombre de Lydia. Eso quería decir que la echaba de menos. Bordó un camino. Eso quería decir que cada día esperaba que Lydia apareciera y dijera que Isaías se había ido y que podía volver a casa.

Desde aquella noche supo que coser era lo que quería hacer en la vida. Y cuando Fátima empezó a elogiarla cada vez más y a darle encargos más difíciles, empezó a creer también que lo podría conseguir.

El tiempo pasaba. Lydia no iba a buscarla. Cada noche Sofía esperaba que el doctor Raúl llamara a la puerta de la casa de Hermengarda y dijera que Lydia la había ido a buscar al hospital. Pero él nunca tenía nada que contar acerca de Lydia. Ella no aparecía. El doctor Raúl se dio cuenta de que se ponía triste y para animarla le dijo que le alegraba mucho que hubiese aprendido a coser tan bien.

Sofía intentó dejar de pensar en Lydia, en Alfredo y en Faustino, aunque le resultaba muy difícil. Se había llevado a casa los dos retales que representaban a María y a ella misma. Si le costaba dormirse se levantaba sigilosamente de la cama y seguía cosiendo a la luz de la farola de la calle. Eso hacía que poco a poco todo se volviera más fácil. Pero la añoranza estaba allí todo el tiempo. ¿Por qué Lydia no aparecía? ¿Se había olvidado de que tenía una hija llamada Sofía?

La época de lluvias llegó a la ciudad. Llovió ininterrumpidamente durante días y semanas. La ciudad se llenó de tanta agua que las calles casi se dejaron de ver. Pero Sofía iba cada mañana a casa de Fátima y los pájaros. Y cada tarde volvía a la de Hermengarda.

Una tarde, cuando la lluvia estaba cayendo a mares, alguien llamó a la puerta. Era el doctor Raúl. Sofía saltó de su silla. Por fin le contaría que Lydia la había ido a buscar al hospital. Se quedó mirándolo inquieta mientras él estaba allí de pie con la lluvia goteándole por la cara y la ropa.

—Hoy ha venido un hombre al hospital preguntando por ti —dijo.

Sofía se quedó de piedra. Debía de ser Isaías. Quizá había ido para obligarla a volver a casa.

—Era un hombre mayor —dijo el doctor Raúl.

Ella lo miró asombrada. Isaías no era mayor. ¿Quién podía haber sido?

—Dijo que se llamaba Totio —continuó el doctor Raúl—. Y volverá mañana. Vendrá a verte aquí.

¿Totio? ¿El que tenía una máquina de coser? ¿Qué podía querer de

ella?

Aquella noche Sofía durmió mal. Y al día siguiente se despistaba tanto con las costuras que Fátima le preguntó si estaba enferma. Pero Sofía sólo esperaba a Totio. Apenas podía aguantarse para saber qué era lo que quería.

Y Totio llegó.

Tarde por la noche llamó a la puerta de la casa de Hermengarda.

Cuando Sofía vio al viejo Totio allí, bajo la lluvia delante de la casa de Hermengarda, se puso tan contenta que casi se asustó de sí misma. No conocía a Totio más que de pasada. Aun así él había ido a verla. Trató de leer en su arrugada cara qué era lo que quería. Hermengarda fue a pedirle que entrase en casa y no se quedara bajo la lluvia. Pero Totio dijo que no. Ya era tarde. Vivía en casa de unos parientes en un barrio de las afueras. Todavía le quedaba mucho por andar.

—Sólo quería ver si Sofía estaba aquí —dijo—. Si va bien, había pensado venir a visitarla mañana.

Hermengarda le explicó el camino a casa de Fátima. Luego, Totio levantó su viejo sombrero roto y desapareció en la oscuridad.

—¿Quién era? —preguntó Hermengarda.

—Totio —contestó Sofía—. Tiene una máquina de coser.

Sofía estuvo a punto de enfadarse con él por no haberle dicho ya el propósito de su visita. No iba a hacer aquel largo camino hasta la ciudad sólo para saber cómo se encontraba. Tampoco podía haber sido Lydia quien le hubiese enviado. Apenas se conocían.

Durmió mal y soñó que Totio se había perdido en la ciudad bajo la lluvia y que nunca más volvería.

Cuando se despertó al alba seguía lloviendo.

Pero, como de costumbre, Hermengarda tenía prisa. Regañó a Sofía por ser tan lenta. Sofía se puso una bolsa de plástico sobre el pelo, se envolvió el cuerpo en una vieja *capulana* y se marchó dando saltos por el agua que inundaba las calles. Varias veces estuvo a punto de que la

mojaran entera los conductores imprudentes.

Cuando llegó a la casa de Fátima se encontró con una sorpresa. Totio ya había llegado. Se resguardaba de la lluvia debajo de un árbol. Sofía pensó que seguramente a Fátima no le importaría que un hombre que también tenía una máquina de coser y que conocía todos los secretos de los hilos y las telas la visitara.

—El tío Totio no debe quedarse aquí bajo la lluvia —dijo—. Vamos adentro.

Sofía abrió la puerta y entraron. Los pájaros aleteaban y piaban y cantaban por todas partes. Totio se quedó igual de boquiabierto que ella la primera vez que entró en casa de Fátima. Miró asombrado a su alrededor.

—*A phsi nyenhana a ku shonga*^[8] —dijo.

—*Ina*^[9] —contestó Sofía sonriendo.

Fátima estaba recortando una tela para una blusa cuando Sofía entró con Totio. Se saludaron y enseguida empezaron a hablar. Fátima le dijo que se quitara la ropa mojada y se envolviera en una manta. Pero Totio contestó que no era necesario. Sin embargo, se secó con esmero el viejo sombrero roto y lo dejó con cuidado encima de una silla.

El resto del día lo pasó sentado en otra silla al lado del sombrero siguiendo el trabajo de Sofía. Todavía no había dicho por qué estaba allí. Sofía sabía que las personas mayores a menudo se toman su tiempo para hacer una pregunta o para dar una noticia. Ahora que Totio había llegado, ella podía esperar. Pero cuando hubo caído la tarde sin que él hubiera hecho otra cosa que seguir con la mirada su trabajo, Sofía empezó a impacientarse. ¿Por qué no decía nada?

Parecía que estaba muy interesado en verla coser en las máquinas de Fátima. Ésta estaba orgullosa de que Sofía no hubiese cometido ningún

error en todo el tiempo que Totio estuvo allí.

Ya estaban acabando la tarea del día cuando Totio empezó a hablar. Fátima había desaparecido en la cocina y estaba haciendo ruido con las ollas cuando de repente Sofía oyó su voz.

—Ahora veo que sabes coser —dijo—. Ya has aprendido a utilizar una máquina. He venido para verlo.

Sofía estaba sentada con las manos en las rodillas mientras escuchaba.

—Me he hecho mayor —prosiguió Totio—. Veo muy mal. No quiero empezar a coser tan mal las costuras que mis clientes se empiecen a quejar. Por eso he decidido dejar de coser. Fernanda y yo nos vamos a mudar a Mueda otra vez. He venido hasta aquí para preguntarte si te quieres quedar con mi máquina de coser y mi choza.

Sofía creyó que no había oído bien.

—No tengo dinero con que pagar —dijo.

—Había pensado que podrías enviarnos dinero cuando pudieras prescindir de él —dijo Totio—. Nosotros los mayores no necesitamos demasiado.

Sofía todavía se preguntaba si había algo que no entendía. ¿Quería Totio decir que ella se iba a quedar con su máquina de coser? ¿Que ocuparía su puesto de costurera y sastre en el poblado a las afueras de Boane? ¿Ella, que todavía no había cumplido los trece años?

Totio comprendió que estaba sorprendida.

—No he hecho este largo viaje para decir algo que no es cierto —continuó.

Sofía comprendió que había hablado en serio. Los pensamientos aleteaban en su cabeza como los pájaros en casa de Fátima.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no puedes?

Sofía le habló de Isaías. De por qué había regresado a la ciudad. Totio asintió lenta y prolongadamente cuando Sofía se hubo callado.

—Comprendo que puede ser difícil —dijo—. Pero piensa que puedes quedarte con nuestra choza. Trabajarás y te las arreglarás tú sola. Sólo tendrás que ver a Isaías cuando tú quieras.

—Nunca —dijo Sofía.

—Puede ser. Eso lo decides tú misma.

Se levantó con esfuerzo y se puso el viejo sombrero en la cabeza. Su pelo gris salía por debajo del ala estropeada.

—He visto que sabes coser —dijo otra vez—. Todavía tienes mucho que aprender. Pero ahora puedo volver y decirle a Fernanda que Sofía se puede hacer cargo de la máquina. Eso hará que el camino a casa sea más corto.

Se adelantó, se quedó a su lado y le puso una mano sobre el hombro.

—No te vas a quedar aquí en la ciudad —dijo—. Sólo estás aquí de paso. Perteneces al poblado. Ahora sabes que tienes un sitio al que regresar. Vuelve dentro de unas semanas. No tardes más.

Después se marchó.

Sofía se quedó junto a la ventana y lo vio desaparecer bajo la lluvia. Pensó que había sido Muazena quien le había enviado.

Apretó la frente contra el cristal empañado. En ese instante echó de menos a María más que nunca.

De pronto Fátima estaba de pie a su lado. Sofía no la había oído llegar.

—¿Te has puesto contenta o triste? —preguntó—. Por lo que ha dicho.

—No lo sé —respondió Sofía.

—No lo he oído todo —dijo Fátima—. Pero estoy de acuerdo en que eres buena cosiendo. Opino que deberías volver al poblado. Es allí donde tienes tu hogar. No aquí.

Esa noche Sofía estuvo mucho rato acurrucada en una de las esquinas de la cama en casa de Hermengarda, pensando en lo que Totio le había dicho. Ya podía verse a sí misma en el banco a la sombra del árbol, pedaleando fervorosamente en la máquina de coser negra. El hilo correría, la aguja cosería las costuras rectas e iguales, los clientes asentarían satisfechos y otros harían cola para pedirle esto y aquello. Pero la imagen desapareció en cuanto pensó en Isaías. ¿Cómo podría vivir en el mismo poblado que Lydia, cuando ella la había rechazado, a su propia hija, en favor de un hombre malvado que bebía *tontonto*? Se haría tan difícil que acabaría con la alegría que le daba la máquina de coser de Totio.

Pensó en algo que Muazena había dicho hacía mucho, mucho tiempo. *Sin tu familia no eres nada.*

Así había dicho. Y Sofía sabía que era verdad. Por muy decepcionada que estuviera con Lydia, la añoranza era mayor. La echaba de menos cada día.

Los días pasaban sin que Sofía pudiera decidir qué debía hacer. Fátima se lo preguntaba, pero ella respondía con evasivas y se volcaba en el trabajo. Cuando llegó el domingo se fue a casa del doctor Raúl y Dolores. Se alegraron de verla. Les habló de la visita de Totio. Pero cuando llegó a la parte difícil, la de explicar cómo echaba de menos a Lydia, se limitó a

murmurar y las palabras cesaron de repente.

—¿Cuándo te vas a ir a casa? —preguntó el doctor Raúl—. Si te atreves a ir conmigo una vez más te puedo llevar.

—No lo sé —contestó Sofía.

—Avisa unos días antes —dijo Dolores—. Creo que me gustaría acompañaros.

Sofía regresó a casa de Hermengarda. Estaba enfadada consigo misma por haber empezado a murmurar. Pero también estaba enfadada con el doctor Raúl y Dolores porque no comprendían lo difícil que era volver al poblado sabiendo que allí tenías a tu familia, y que no la querías ver.

«No saldrá bien», pensó. «Totio se cansará de esperarme. Le dará la máquina de coser a otra persona.»

Llegó el lunes. Sofía se despertó y oyó la lluvia repicar contra el techo de chapa. Se pasó la sábana por encima de la cabeza sin quererse levantar. Podía oír a Hermengarda en la cocina y sabía que pronto entraría para regañarla por no haberse levantado y empezado a vestirse todavía. Luego oyó que alguien llamaba a la puerta y a Hermengarda que gritaba «Adelante». Sofía supuso que era alguno de los vendedores de gallinas que querían cobrar. Se tapó los oídos para no tener que oír el cacareo de las gallinas. Cerró los ojos todo lo fuerte que pudo e intentó dormirse otra vez.

Entonces alguien cogió la sábana que tenía por encima de la cabeza. Obviamente era Hermengarda, que empezaría a regañarla.

Pero notó que esa mano no era la de Hermengarda.

Abrió los ojos y se quitó la sábana de la cara.

Miró directamente a los ojos de Lydia.

No era un sueño. Realmente era Lydia. Sonreía. Y los dientes que se le habían caído seguían desaparecidos.

—Sofía —dijo—. ¿De verdad eres tú?

Sofía asintió.

Lydia se sentó en el suelo junto a la cama. Llevaba a Faustino consigo, que gimoteaba colgado de su espalda. Le empezó a dar de mamar. Sofía se deslizó al suelo y se sujetó las piernas. Después se vistió.

Faustino se durmió otra vez. Lydia se lo alcanzó a Sofía y ésta lo cogió en brazos. Sofía opinaba que se parecía a Alfredo.

—Puedes volver a casa otra vez —dijo Lydia—. Isaías ya no está.

Sofía estaba sentada con Faustino en brazos mientras escuchaba lo que Lydia le tenía que contar.

—Isaías no era un buen hombre —dijo—. Prometía mucho. Pero nunca cuadraba con lo que hacía. La semana pasada entró en casa del señor Padre, José María, y robó una caja con dinero. Alguien le había visto, pero él lo negó cuando la policía llegó de Boane para interrogarle. Fue Alfredo quien encontró la caja con el dinero. Isaías la había enterrado detrás de la vieja jaula de las gallinas. Cuando Alfredo apareció con la caja, no pudo hacer otra cosa que confesar que había sido él quien había robado el dinero. La policía se lo llevó. Sabe que no puede volver nunca con nosotros cuando salga de la cárcel.

Lydia se lo había contado con la mirada baja, como si se sintiera avergonzada ante Sofía, aunque ella todavía sólo fuera una niña. La rabia y la pena que Sofía había llevado dentro de repente habían desaparecido. Ahora sentía lástima por Lydia, que se había convertido en una mujer muy mayor y abatida desde que se habían visto obligados a huir del poblado arrasado.

Ya no había ninguna complicación. Ahora Sofía podía volver a casa. Y podía aceptar la máquina de coser de Totio. Pensó que tenía una pregunta para Muazena, que le haría la próxima vez que viera su cara entre las llamas del fuego. Necesitaba saber por qué podían pasar largas

temporadas sin que nada ocurriera, en las que todo se hacía pesado y difícil, y luego todo acontecía al mismo tiempo. Seguramente Muazena tendría una respuesta que ofrecerle.

—Había pensado que podríamos ir a visitar la tumba de María —dijo de pronto Lydia—. Pero a lo mejor tú no puedes. Por lo que me han dicho tienes trabajo.

Sofía nunca había pensado que un día visitaría la tumba de María.

—Se lo preguntaré a Fátima —dijo—. Podemos ir juntas. Pero no sé dónde está la tumba de María.

—Si sabes llegar hasta el cementerio grande junto al río, yo recuerdo por dónde se va a la tumba de María.

Fueron andando hasta la casa de Fátima. Lydia no quería entrar con ella, se avergonzaba de su ropa tan sencilla. Sofía entró adonde los pájaros y le preguntó a Fátima si podía acompañar a su madre a visitar la tumba de su hermana. Fátima casi se enfada por preguntárselo.

—Por supuesto que irás al cementerio —dijo.

También le dio algo de dinero para que no tuvieran que atravesar a pie la ciudad hasta llegar al cementerio.

Después le indicó a Sofía dónde podía encontrar un camión que fuera en la dirección correcta.

Lydia parecía tener miedo a la ciudad. Se mantenía pegada a Sofía y se sentía intimidada ante los altos edificios, la gran cantidad de coches, aquella gente tan apresurada. Llegaron al cementerio en un viejo *jeep* reformado. Lydia meditó un buen rato antes de señalar la dirección que debían tomar.

El cementerio era muy grande. Nada más pasar la verja de hierro, que colgaba de columnas de cemento agrietadas, había pequeñas casitas con

cruces encima. Dentro había ataúdes de piedra amontonados unos sobre otros. En cada casa estaba grabado el nombre de la familia que guardaba allí a sus muertos. Con gran asombro, Lydia comprobó que personas tan pobres que no tenían ningún lugar donde vivir se habían instalado en esas tumbas. Dormían y preparaban su comida entre los ataúdes. Sintió un escalofrío al imaginarse un día tan pobre que no tuviera más remedio que establecerse en una tumba.

Siguieron caminando y llegaron a largas filas de lápidas blancas. Muchas se habían desgastado y roto. Las lagartijas corrían entre flores secas y cruces rotas. El cementerio parecía interminable. Al final las lápidas quedaron atrás y ellas llegaron a una extensa zona donde unas sencillas cruces de madera bastaban para indicar dónde estaban enterrados los muertos. Lydia se detuvo y miró a su alrededor. Después continuaron. Cuando llegaron a uno de los extremos del cementerio, estaban en el lugar correcto.

—Es aquí —dijo Lydia y se secó el sudor de la frente con el pañuelo de la cabeza.

Sofía miró a su alrededor sin poder ver ninguna tumba.

—Muchos están enterrados juntos —dijo Lydia—. Son igual de pobres que nosotros. Pero es aquí, lo sé.

Se sentaron a la sombra de un gran árbol. Sofía intentó imaginarse que María estaba en algún lugar cerca, enterrada en la tierra. Al mismo tiempo decidió que el primer dinero que ganara lo usaría en ponerle una cruz a María. No sería hasta entonces cuando sabría con certeza que era ahí donde estaba enterrada María.

Lydia empezó a mecerse lentamente. Un sonido quejumbroso y muy suave comenzó a salir de su boca. Sofía empezó a mecer su cuerpo

espacio. Sin saber cómo, un lamento comenzó también a salir de ella.

Estuvieron sentadas llorando a María durante varias horas. Cuando el sol empezó a caer en el horizonte, Sofía dijo que debían pensar en ir terminando. Tenía dinero suficiente para otro camión. Esa noche Lydia durmió en el suelo de la habitación de Sofía. Sofía habría querido dejarle la cama. Pero Lydia era tozuda. Se acurrucó sobre una alfombra de rafia y durmió con Faustino apretado contra su cuerpo. Al día siguiente partió. José María le había prometido que un camión la llevaría hasta el poblado. Sofía le explicó por dónde debía ir para llegar al mercado donde estaría el camión.

—Vuelve pronto a casa —dijo Lydia cuando se despidieron delante de la casa de Hermengarda.

Sofía no había dicho nada todavía de que Totio la había visitado para preguntarle si quería hacerse cargo de su máquina de coser. Primero debía asegurarse de que no era demasiado tarde. Después volvería al poblado en las afueras de Boane. Y era entonces cuando se lo contaría a Lydia.

Le dijo adiós a Lydia con la mano y la vio desaparecer detrás de la esquina de una calle. Después se apresuró a casa de Fátima, donde los pájaros y las telas y los hilos la estaban esperando.

Sofía nunca tuvo que preguntarle a Totio. Él mismo volvió a la ciudad para saber si había tomado una decisión.

Ocurrió más o menos una semana después de que Lydia hubiese estado de visita en casa de Sofía. Apareció en compañía de Fernanda. Cuando Sofía hubo contestado que le gustaría mucho quedarse con la máquina, Fernanda, tan grande y gorda, dio unos pasos de baile de alegría. Los pájaros de casa de Fátima volaron asustados en distintas

direcciones.

—Esto lo vamos a celebrar —dijo, y le quitó a Totio el sombrero roto que sujetaba en la mano—. Esto lo celebraremos comprándote un sombrero nuevo.

Totio no dijo nada. A Sofía le dio la impresión de que Totio habría preferido seguir llevando su viejo sombrero, por muy roto y sucio que estuviera.

Decidieron que Sofía se quedaría con Fátima durante otro mes. Luego, volvería al poblado.

La última jornada de trabajo de Sofía en casa de Fátima había terminado. En sus ratos libres, Sofía había bordado un mantelito para Fátima. En un trozo de tela azul —era un pedazo del cielo, pensaba—, había bordado los pájaros que volaban de aquí para allá en sus jaulas o sobre su cabeza. Al ir a despedirse Sofía le dio el mantelito a Fátima. Ruborizada, bajó la mirada mientras le tendía el regalo. Fátima lo miró y dio un salto de alegría.

—Qué bonito es —dijo—. Hará que siempre recuerde el tiempo que has estado trabajando aquí.

Después cogió la aguja de la máquina de coser que Sofía había estado utilizando.

—Llévatela —dijo, y se la dio a Sofía—. Así recordarás a Fátima y a todos sus pájaros.

Al día siguiente, el doctor Raúl y Dolores fueron a buscarla a casa de Hermengarda. Sofía le había prometido a Hermengarda que la iría a visitar siempre que pudiera.

Dejaron la ciudad el día en que dejó de llover. Sofía estaba en el asiento trasero, bajó la ventanilla y dejó que el aire le soplara en la cara.

Ya no tenía miedo de volver a casa.

Cuando llegaron, Lydia y Alfredo estaban delante de la choza.

Por un instante le pareció que también María iba a aparecer corriendo a su encuentro.

Enseguida pensó que María sólo existía en su interior.

Pero lo interpretó como que por fin había llegado a casa.

Sofía se levantó antes de que Lydia se hubiese despertado.

Con cuidado pasó por encima de Alfredo, cogió sus piernas, que estaban junto a la pared, y se deslizó a través de la alfombra de rafia que colgaba a modo de puerta. Fuera todavía estaba oscuro. Sofía se ató las piernas, primero la izquierda, luego la derecha. De pronto se dio cuenta de que había olvidado sacar las muletas de la choza. Se incorporó, se agarró a la puerta de la choza y apartó la alfombra de rafia. Procuró hacerlo en el silencio más absoluto, ya que quería desaparecer antes de que Lydia se despertara. Palpó tratando de encontrar las muletas en la penumbra. Después dejó la alfombra de rafia colgada en su sitio otra vez y se marchó en plena oscuridad. El alba todavía no había mostrado sus primeros rayos de luz en el cielo. Había llovido durante la noche. Aun así, el camino estaba duro, por lo que le fue fácil caminar. Pero pronto llegaría la época de las lluvias y transformaría los caminos del poblado en fango pantanoso. Sofía pensó que cuando llegase tendría problemas para avanzar. Las muletas se hundirían en el barro, perdería el equilibrio con facilidad.

Había llegado al espacio abierto enfrente de la escuela. Allí giró a la derecha. Entonces, al este, pudo ver en el cielo la primera luz rosa de la mañana. En algún lugar cantó un gallo, una cabra respondió con un balido.

Siempre olía fuerte después de llover. Aspiró el aire fresco y pensó que le recordaba al poblado en el que una vez vivió con María, Muazena y Hapakatanda.

No había olvidado la promesa que se habían hecho ella y María. Un día regresarían al poblado donde aún vivían las almas de Muazena y

Hapakatanda, que las estaban esperando.

Ahora volvería sin María.

Pero igualmente le parecería que María estaba con ella.

Totio ya se había levantado y se encontraba sentado en el banco de madera con su máquina de coser cuando Sofía llegó saltando con sus muletas. Sofía podía sentir una ligera preocupación en el cuerpo. Puede que Totio hubiera cambiado de opinión.

Cuando llegó la saludó con la cabeza y le hizo sitio en el banco para que pudiera sentarse. Ninguno de los dos dijo nada. Sofía miraba a Totio de reojo, quien parecía sumido en sus pensamientos. La máquina de coser tenía puesta su tapa de madera marrón. Se oían los ronquidos de Fernanda saliendo de la choza.

—Siempre llega un día en que la vida cambia —dijo de pronto Totio—. Sabes que ocurrirá, pero, aun así, te acaba cogiendo por sorpresa.

Se inclinó sobre la mesa y levantó la tapa de madera. Luego pasó la mano sobre la máquina negra.

—Durante treinta y cinco años he cosido con esta máquina —dijo—. Cuántas decenas de kilómetros de hilo se han deslizado por esa aguja, hacia dentro y hacia fuera, en pantalones, vestidos, camisas y gorros, no lo sé. Pero el hilo ha ido corriendo a lo largo de toda mi vida. Y ahora se ha acabado.

Sofía pudo notar que Totio estaba triste. Pensó que seguramente era difícil hacerse mayor y no tener fuerzas para seguir trabajando.

Pero no le preguntó si era así. No dijo nada. El sol ya había salido.

Totio se agachó y cogió algo que había debajo del banco. Después se

lo dio a Sofía. Era un cuadrado de cartón blanco y duro. Alguien había escrito: *Taller de costura. Propietaria: Sofía Alfaced*.

—Cuando vengas mañana, el cartel estará colgado —dijo Totio—. Cuando vengas, el mío ya no estará. Y nos habremos ido, Fernanda y yo. La choza es tuya. Y la máquina de coser. Y todos los clientes.

Sofía notó que el corazón le latía más rápido. Empezó a sudar de alegría.

Entonces, era todo verdad. Se podría hacer cargo de la máquina y de la choza. Mañana.

—Recuerda que los clientes satisfechos vuelven —dijo Totio—. Los clientes insatisfechos vienen una vez y no vuelven nunca más.

—Hay tanto que todavía debería aprender... —dijo Sofía.

—Eso va por mí también —contestó Totio—. Uno nunca llega a saberlo todo.

Los ronquidos del interior de la choza habían cesado. Al poco salió Fernanda. Bostezaba y se ataba la *capulana* a su gran cuerpo.

—Quiero que sepas que la idea fue de Fernanda —dijo Totio—. Cuando noté que mis ojos no podían ver más, decidí vender la máquina de coser. Pero a Fernanda le pareció que sería mejor que tú siguieras con el trabajo y nos enviaras dinero de vez en cuando.

Fernanda se había sentado en el banco. Sofía estaba apretujada entre ella y Totio.

—Una máquina de coser está para coser —dijo Fernanda—, no para venderla.

—No sé cómo lo puedo agradecer —dijo Sofía algo cortada.

—No tienes que agradecer nada —dijo Fernanda—. Tienes que coser.

Sofía se quedó con Totio y Fernanda todo el día. Les ayudó a hacer las

maletas. Se irían muy temprano por la mañana del día siguiente. Primero saldrían a la autopista con todos sus fardos y sus cestos. Después cogerían un autocar y viajarían durante muchos días hasta la lejana Mueda, donde habían vivido una vez. Durante el día llegaron muchas personas del poblado para decir adiós. Totio les hablaba todo el rato de lo buena costurera que era Sofía. Debían acudir a ella cuando necesitaran que les cosiera o arreglase algo.

Se despidieron bien entrada la tarde.

—He hablado con un chico para que vigile la máquina de coser esta noche —dijo Totio—. Nadie la robará.

Después no hubo más. Fernanda le acarició la mejilla a Sofía, Totio le tendió su arrugada pero fuerte mano, que ella aguantó mucho rato.

Sofía volvió a casa dando saltos con las muletas. Comprendió que les iba a echar mucho de menos.

Cuando hubieron cenado, Lydia se quedó sentada. Sofía supo que había algo de lo que quería hablar. El fuego llameaba y Sofía la miraba a la cara. Pensó que Lydia, que todavía era joven, parecía desgastada y cansada. Era como si ya se hubiera hecho mayor, a pesar de que aún pudiera parir muchos hijos más.

—No tengo demasiadas palabras —dijo—. Pero tengo muchos pensamientos. Cuando os vi a ti y a María allí en el camino creí que mi vida se había acabado. Todo me fue arrebatado, mi marido Hapakatanda, mi poblado, mis hijas. Pero tú sobreviviste y ahora tienes una casa y una máquina de coser. Tienes dos piernas nuevas y aquí en el poblado se habla de ti con respeto. Creo que tanto Hapakatanda como María te están viendo. Y están igual de orgullosos que yo.

—No olvides a Muazena —dijo Sofía.

—Era una bruja hechicera —dijo Lydia—. Me daba miedo.

—A mí no —dijo Sofía—. Y a María tampoco.

—De todos modos quiero que sepas que estoy orgullosa de ti —dijo

Lydia—. A través de ti he podido conservar parte de mi felicidad.

Sofía no había oído nunca antes a Lydia hablarle de ese modo. Le sonaba tan extraño como novedoso. Pero la puso contenta.

Lydia se fue a dormir. Como Sofía ya había recogido sus escasas pertenencias se quedó un rato junto al fuego. Enseguida oyó que Lydia se había dormido.

Sofía estaba sentada mirando las llamas. Y ahora aparecían todas las caras con claridad. Ahí estaba Hapakatanda. De pronto Sofía pudo verse a sí misma de muy pequeña. La levantaban muy alto por encima del suelo y Hapakatanda le enseñaba el sol. Ahí estaba Muazena, ahí estaba María. Sofía pensó que quizá no importaba mucho estar vivo o muerto. De todos modos pertenecías a la misma familia.

Ahora comprendía cuál era el secreto del fuego. Era en él donde podía encontrarse con todos los que le pertenecían. Ya estuviesen vivos o muertos, ya vivieran cerca o en algún lugar lejano. En el fuego todo quedaba guardado.

No sabía cuánto rato había permanecido junto al fuego. Pero había echado combustible varias veces para que las llamas se reavivaran. Era la última noche que estaba precisamente junto a este fuego. Al día siguiente se marcharía pronto. Y por la noche encendería su propio fuego por primera vez.

Era un gran momento, un momento importante.

Se miró las piernas, sus amigas. Tenía un largo camino que recorrer, durante muchos días, durante muchas lunas.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Lydia ya estaba despierta. Conmovidas se dijeron adiós delante de la choza.

—Vivimos en el mismo poblado —dijo Sofía—. No hay mucha distancia entre una y otra.

—Aun así siento en el corazón que nos dejas —dijo Lydia—. Necesito tiempo para acostumbrarme.

Como regalo de despedida le dio un cesto lleno de tomates.

Sofía iba con un fardo en la cabeza. Era difícil mantenerlo en equilibrio cuando al mismo tiempo tenía que mirar dónde ponía las mulas. Pero pudo hacerlo, a pesar del tiempo que le llevó.

Al llegar, lo primero que vio fue un cartel que estaba en el árbol junto a la choza. *Taller de costura. Propietaria: Sofía Alface.*

Tuvo que quitarse el fardo de la cabeza para mirar el cartel. Brillaba con la luz del sol.

«Sofía Alface», pensó. «Soy yo. Nadie más. Sólo yo.»

Un chico estaba sentado junto a la máquina de coser. Se acercó a Sofía y la ayudó con el fardo. Sofía entró en su nueva casa. Fernanda la había limpiado, todo estaba limpio y recién barrido. Sofía se sentó en la chirriante cama y miró a su alrededor. Aparte de la cama sólo había dos sillas y una mesa desvencijada. Pero el techo estaba entero, la lluvia no entraba. Y no haría falta arreglar las paredes de paja hasta el año siguiente.

«Ésta es la casa de Sofía Alface», pensó. «La que se ha hecho cargo de la máquina de coser de Totio.»

Salió y se sentó a la máquina. Levantó la tapa de madera. Después

sacó un carrete de hilo, lo puso en la canilla y lamió el hilo.

Ya en el primer intento logró pasar el hilo por el ojo de la aguja.

Por fin estaba lista. Ahora podía empezar a trabajar. Enseguida empezó a preocuparse por que no fueran a aparecer clientes.

Pero aparecieron. Y el primero fue José María.

Cuando Sofía lo vio en el camino casi se ruboriza. No sabía qué decirle. A lo mejor él creía que era muy joven para tener una máquina de coser propia.

Pero José María estaba como de costumbre. Se subió las gafas a la frente y la saludó con la cabeza.

—Tengo unos pantalones que necesitarían un arreglo —dijo—. Pero los necesito para mañana.

Le dio un paquete envuelto en papel de periódico. Sofía lo desenvolvió y estiró los pantalones negros. Vio que una costura se había roto. Era fácil de arreglar.

—Puedo hacerlo ahora mismo —dijo.

—Basta con que estén listos mañana —dijo José María—. ¿Soy tu primer cliente?

Sofía asintió y notó que se había puesto roja.

—Creo que te irá bien, Sofía —dijo—. Pero no olvides que debes continuar en la escuela. Al menos hasta que hayas aprendido a leer, a escribir y a contar. Hablaré con Filomena. Unas horas cada día.

En cuanto se hubo ido, Sofía le arregló los pantalones. Cuando iba a empezar a pedalear le entró miedo de que la máquina no fuera a obedecerla. Quizá añoraba a Totio. Pero nada ocurrió, el hilo corría y la

aguja pinchaba como debía. Después, cuando los pantalones de José María estuvieron listos, no pudo dejar de acariciar la máquina, tal como había visto hacer a Totio.

El chico que había vigilado la máquina durante la noche estaba ahora sentado a la sombra de un árbol. No dejaba de mirar a Sofía. Cuando ella lo miraba, él apartaba la vista.

—¿Quién eres? —preguntó Sofía cuando ya habían pasado unas horas.

—Fabiao —dijo el chico.

—¿Por qué estás ahí sentado sin hacer nada? —preguntó Sofía—. ¿Por qué no vas a la escuela? ¿Por qué no vigilas las cabras? ¿Por qué estás sólo ahí sentado?

Fabiao no contestó, sino que se encogió de hombros.

Sofía no le preguntó nada más. Al mismo tiempo llegó una mujer que quería coser de nuevo una falda.

—He engordado tanto —se quejaba—. Ya no me entra mi ropa. Mira la falda y verás lo delgada que estuve una vez.

Sofía comparó la falda con la mujer que tenía delante. De pronto tuvo dificultades para aguantar la risa. Tuvo que morderse la lengua con fuerza para aguantarse. La mujer la observaba sin comprender.

—¿No puedes contestar? —preguntó enfadada—. Si hubiese sido Totio ya habría empezado a trabajar con la falda. No entiendo cómo le ha podido dar su máquina a una cría.

—Sí, lo haré —dijo Sofía.

—Si no queda bien, no pienso pagar —dijo la señora.

—Quedará bien —dijo Sofía—. Mañana estará lista.

—No me lo creeré hasta que lo vea —dijo la mujer, y se marchó

balanceándose.

Cuando Sofía se hubo quedado sola no pudo parar de reír. Luego se puso a trabajar. El sol ya estaba en lo alto del cielo. Sofía empezó a extender la falda. El chico del árbol había desaparecido. Sofía trabajó una hora tras otra. A pesar de que le caía el sudor, apenas se permitía interrumpir la tarea para beber agua. El poblado dormitaba en el calor de la tarde. Pero Sofía trabajaba. La máquina de coser trotaba. El chico del árbol seguía desaparecido. Ya se estaba acercando el crepúsculo cuando Sofía vio claro que conseguiría aumentar la falda y hacerlo tan bien que incluso el estricto Totio habría aprobado el resultado. Decidió terminar la faena a la mañana siguiente, dobló el vestido y estiró la espalda. No había comido nada en todo el día. Entró en la choza y cogió algunos de los tomates que había llevado consigo por la mañana.

Cuando salió de la choza otra vez, el chico del árbol había vuelto. Estaba junto a la máquina de coser.

—No puedes tocarla —gritó Sofía.

—Tampoco iba a hacerlo —contestó el chico que se llamaba Fabiao—. Tengo algo para ti.

Sofía clavó fuerte las muletas en el suelo y fue saltando hasta el banco para sentarse.

El chico estaba delante de ella y sostenía un cesto en la mano.

—Es una chica que quiere que le cosas un vestido —dijo.

Le alcanzó el cesto.

En él había una gran tela blanca.

Sofía la tocó. Era suave, casi como seda.

—¿Quién es la que quiere un vestido? —preguntó.

—No dijo su nombre —contestó Fabiao—. Pero me dio dinero por adelantado.

Puso unos billetes sobre la mesa al lado de la máquina.

—Tengo que ver cómo es de grande la chica —dijo Sofía—. No puedo hacer un vestido sin saber qué tamaño debe tener.

—Tiene que irte bien a ti —dijo Fabiao—. Dijo que sois igual de grandes.

De pronto Sofía se sintió extraña. Volvió a meter la tela en el cesto.

—¿Quién es esa chica? —preguntó.

—No lo sé —dijo Fabiao—. Era una señora mayor quien me dio la tela y el dinero.

—¿Cuándo tiene que estar listo?

—Antes de la próxima luna llena.

Sofía se quedó mirando a Fabiao un buen rato antes de contestarle.

—Dile a la señora mayor que coseré un vestido blanco —dijo—. Un vestido blanco a mi medida.

Fabiao asintió y se fue corriendo de allí. Cayó el anochecer. Repleta de cavilaciones Sofía encendió un fuego. Estaba demasiado cansada como para comer. Sólo se sentó sobre su alfombra de rafia y se quedó observando las llamas. Le había puesto la tapa a la máquina de coser. Antes de acostarse la metería en la choza. Nadie podría robar la máquina de Totio.

En la cesta que había junto a ella estaba la tela blanca.

Ahora sabía que Muazena había vuelto. El vestido era para María. María, que estaba muerta pero que, aun así, seguía allí, en su interior, o en lo profundo del fuego, que llameaba delante de ella.

María, que siempre estaría allí.

«Coseré el vestido», pensó. «Lo haré lo más bonito que pueda. Y un día, cuando haya trabajado duro durante mucho tiempo y haya ganado suficiente dinero, me llevaré a Lydia y a Alfredo y a Faustino, y

volveremos al poblado que los bandidos quemaron aquella noche, hace ya tantas lunas. Quizá entonces también pueda volver a ver el mar.»

Estuvo mucho rato junto al fuego, totalmente sumida en las llamas. Se había quitado las piernas y las había dejado a su lado.

La noche tropical era tibia. Los saltamontes rechinaban, un perro ladraba a lo lejos. El cielo estrellado sobre su cabeza estaba lleno de preguntas por contestar.

Después arrastró la máquina y las piernas al interior de la choza, dejó caer otra vez la alfombra de rafia en el espacio de la puerta y se echó a dormir.

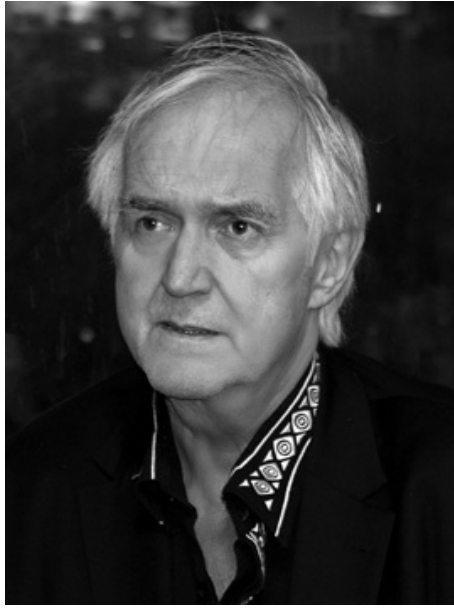
Fuera, el fuego se apagaba lentamente.

Las brasas se hacían cada vez más débiles.

Sofía dormía.

En sus sueños María corría por un camino a su encuentro.

Y la noche, la noche africana, estaba quieta.



HENNING MANKELL (Estocolmo, 3 de febrero de 1948). Dramaturgo sueco y autor de novelas policiacas famosas en todo el mundo, reconocido internacionalmente por su serie de novela negra sobre el inspector Wallander. También escribe libros juveniles. Actualmente vive entre Suecia y Mozambique, donde dirige el teatro nacional Avenida de Maputo. Está casado con Eva Bergman, hija del cineasta Ingmar Bergman.

En noviembre de 2006 fue galardonado con el Premio Pepe Carvalho, que reconoce a autores de prestigio y trayectoria reconocida en el ámbito de la novela negra y donde el jurado consideró que Mankell «comparte con Manuel Vázquez Montalbán la idea de utilizar la novela negra para abordar críticamente los retos de la sociedad actual».

Por su tetralogía *El perro que corría hacia una estrella* recibió numerosos premios.

Notas

[1] Instrumento africano que recuerda a un vibráfono. Está hecho de madera. <<

[2] Pedazos grandes de tela de colores que las mujeres se enrollan como faldas. <<

[3] *Alface* significa lechuga. <<

[4] Significa «corta» y «larga» en la lengua de Sofía. <<

[5] Autobuses y camiones que se usan para el transporte de personas. <<

[6] Conductor. <<

[7] Alcohol destilado casero. <<

[8] «Qué pájaros tan bonitos.» <<

[9] «Sí.» <<